

3/0560 - 96 Copias - SOLO X PEDIDO

Seminario Koutoudjian

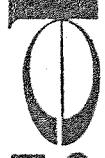
ESTRATEGIA Y POLITICA

RATZEL - KJELLEN - MACKINDER - HAUSHOFER

HILLION - WEIGERT - SPYKMAN

Atencio, Jorge E.	Qué es la geopolítica
Gral. Beaufré	Estrategia de la acción
Briano, J. P.	Geopolítica y geoestrategia americana
Celerier, P.	Geopolítica y geoestrategia
Chollet, E.	El arte militar de los Chinos
Hemming y Körholz	Introducción a la geopolítica
Kent, Sherman	Inteligencia estratégica
Luddele Hart, B. H.	Disuasión o defensa
Perón, J. D.	Política y estrategia
Rattenbach, B.	El sistema social militar en la sociedad moderna
Sanz, Pablo	El espacio argentino
Shils y otros	Los militares y los países en desarrollo
Valsalice, Luigi	Guerrilla y política
Villegas, Osiris G.	Políticas y estrategias para el desarrollo y la seguridad nacional
Von Clausewitz	De la guerra (2 tomos)
Von Ludendorff	La guerra total

ANTOLOGIA GEOPOLITICA

 editorial pleamar
buenos aires rep. argentina

PROLOGO

Traducciones:

Augusto B. Rattenbach
Ana María Uribe
Jorge E. Atencio
Marcela Bravo de Casanova
Fernando Valera

Toda antología significa una toma de posición y un riesgo. Con mayor razón, si ella se ocupa específicamente de materia tan controvertida, cual es la GEOPOLÍTICA.

La toma de posición, en este caso particular, tiene relación con los autores seleccionados, con las tendencias que representan, con los temas elegidos, tal como se detalla poco más adelante en el desarrollo de este mismo Proólogo.

Pero esta toma de posición va mucho más allá de lo enunciado: ella involucra a la misma materia GEOPOLÍTICA, sobre la cual existen todavía no pocas dudas como ciencia o aún como disciplina. Al materializar un trabajo de este tipo, se le otorga decididamente perspectiva científica, sin retaceo alguno, rechazando las opiniones en contrario que aún hoy le niegan todo o determinado grado de validez. Por su parte, el riesgo es inherente a la difícil responsabilidad de pretender interpretar el momento histórico que se vive y las consecuentes necesidades de todo orden que de él emanen. Entre ellas: la de bucear profundamente en las raíces del pensamiento universal más representativo en materia de geopolítica, lo que significa un retorno a sus orígenes, puesto que en la actualidad "se está de vuelta" de un largo proceso de exaltación y degradación que procura hallar su síntesis en una concepción equilibrada y desprovista de prejuicios.

Y así como toda antología obliga a tomar posiciones y a asumir determinados riesgos, un "Prologo a una antología" constituye —en la mayor parte de los casos— una suerte de explicación por el cri-

terio adoptado para seleccionar el material que se brinda, una cierta justificación por el dejado de lado y una especie de "mea culpa" anticipada frente al lector potencial.

Este Prólogo no será una excepción. Por el contrario, tendrá que subrayar esas características, para poder ubicar al estudioso de manera adecuada ante los fragmentos incluidos.

Ante todo, es necesario señalar que el lector encontrará conceptos unívocos materializados con vocablos diferentes. También hallará el caso inverso: una misma palabra asumiendo significados distintos. Frente a estos problemas se ha preferido aceptar el riesgo de la aparente confusión, antes que adulterar el pensamiento original de un autor determinado y su forma de expresarlo.

Tentado se estuvo de uniformar la nomenclatura, a la vista de la manifiesta diversidad que ella presenta, inclusive dentro de un mismo autor. Pero la tentación pronto cedió frente a la noción cabal de que las dificultades no sólo aparecen en el vocabulario, sino también en los conceptos, como consecuencia de la evolución natural que sufren las ciencias. Y no debe olvidarse que la GEOPOLÍTICA, no bien nacida, fue arrastrada por la creciente aceleración que desde el comienzo de nuestro siglo caracteriza a la evolución de todo conocimiento humano.

Un ejemplo será suficiente para ilustrar este aserio. Entre los primeros conceptos acerca del espacio, figura el de "ambiente geográfico y mundo circundante en que vive un estado"... Actualmente, algunos sostienen que el espacio es un *contenuto* dinámico "capaz de generar importantes interacciones respecto de los pueblos y sus formas de organización". El abismo entre ambos conceptos salta a la vista: y así ocurre con muchos otros casos.

Por eso, la presente "Antología Geopolítica" tiene por finalidad primaria proporcionar al estudio de esta materia (o al menosamente aficionado a la misma) una visión panorámica con rigor formal e histórico, a través de los principales autores en el orden mundial. Se trata así de una antología lineal que tiene la pretensión de brindar directamente —sin la usual intermedición interpretativa— el pensamiento original de los geopolíticos seleccionados, de manera que se pueda conocer "lo que efectivamente escribieron" y no "lo que quisieron decir".

La ventaja de semejante enfoque es obvia, desde el momento que es muy difícil para el lector hispanoamericano "recurrir directamente

a las fuentes, particularmente las de origen europeo y aún las de Estados Unidos de Norte América.

Alguno objetará que la sola circunstancia de presentar en esta selección fragmentos traducidos representa, de alguna manera, una adulteración, por aquello de "traduttore-traditore". A ello es necesario responder que tal limitación —que no se ignora— resulta ineludible y que vale la pena correr el abur de conocer (por ejemplo) un Ratzel de segunda mano, antes que una de tercera o cuarta.

Empero, ella no constituye la única limitación que afecta al pasado además por el cedazo de la interpretación. El espacio disponible posito enunciado para encarar este trabajo. El espacio disponible obliga a resstringir el muestrario antológico y cercena así también la posibilidad de un cateo profundo que ilustre suficientemente acerca del pensamiento de determinado autor.

Por ello se han seleccionado capítulos enteros o artículos completos que de por sí constituyen una unidad amplia y coherente como para contribuir a la finalidad enunciada.

Por otro lado, la imposibilidad de brindar más de un tema enfiado por una misma pluma resulta de igual manera una desventaja de la cual es necesario hacerse cargo.

Y siempre en tren de explicación, sigue ahora el criterio utilizado para esta "Antología Geopolítica" que se supone la primera (o de las primeras) en su género en Hispanoamérica.

Tres fueron las pautas utilizadas para la selección que aquí se presenta:

- nacionalidad de los autores;
- su ubicación en el tiempo;
- diversidad de temas y tendencias.

En cuanto a la nacionalidad de los autores, se ha tratado de diversificar al máximo el muestrario de los mismos, presentando autores alemanes, franceses, suecos, ingleses y estadounidenses. Se pretende haber elegido las mejores plumas pertenecientes al hemisferio Norte y, dentro de él a Europa occidental y a los Estados Unidos, áreas que mayor trascendencia han dado a la GEOPOLÍTICA, puesto que le dieron a luz o le hicieron dar los primeros pasos en su existencia.

Alemania aparece representada por dos nombres bien conocidos (Ratzel y Haushofer), al igual que Suecia por Kjellen, Gran Bretaña por el no menos famoso Mackinder, Francia por Hillion y los Estados Unidos por Weigert y Spykman.

Todos estos escritores cubren los primeros cincuenta años de vida

de la geopolítica con obras fundamentales que constituyen los verdaderos cimientos de esa disciplina. Como se podrá apreciar, a despecho de sus posiciones muchas veces encontradas, sus concepciones conforman un sistema suficientemente coherente como para dar base a una disciplina que ha demostrado poseer asombrosa vitalidad frente a un mundo científico muchas veces hostil y renuente a su aceptación.

Deliberadamente han sido omitidos autores publicados en idioma español o portugués, por la mayor facilidad de acceso a los mismos y porque ellos —por lo que se refiere a la traslación— no han adquirido la trascendencia internacional de los aquí seleccionados, aunque pudieran tener gran gravitación en el medio en el cual actuaron. Se hace aquí expressa referencia a los numerosos autores latinoamericanos cuya enorme preocupación por la problemática continental merece el más elogioso reconocimiento, pero que son impensables sin las bases geopolíticas que esta antología presenta a manera de mosaico retrospectivo.

En lo que hace a las tendencias, ellas resultan bien representadas a través de los siete autores elegidos.

Se tratará de sintetizarlas a continuación.

Ratzel, además de ser el iniciador, apunta con su obra a destacar las relaciones hombre-suelo y a involucrar al estado dentro de una concepción biológica, calificada por algunos de determinista. Kjellen, padre virtual del término GEOPOLÍTICA, pone el acento en lo político y por ello exalta el significado del "poder" como atributo más importante de un estado. Su obra, por ende, va en este sentido mucho más allá de la de Ratzel, a la cual perfecciona y desarrolla en mayor amplitud.

Mackinder, por su parte, tiene como punto de partida una concepción "geográfica" de la problemática geopolítica, exaltando la importancia del poder terrestre y de sus concomitancias históricas.

Haushofer, apoyado en los trabajos de Ratzel, Kjellen y Mackinder origina una geopolítica no de carácter universal, sino una puesta al servicio principal de la conducción de Alemania después de la Primera Guerra Mundial. Esta tendencia, juzgada por muchos como "poco científica" introduce una modalidad sectorial, adoptada luego por varios autores de diversa significación.

Hillion, como surge claramente de sus trabajos, pone el acento sobre el aspecto económico y en las relaciones que los grandes países económicos tienen con el progreso y el actionar humano.

Weigert, pese a su origen alemán, representa una de las visiones norteamericanas de la problemática geopolítica, a la que enfoca, en muchos casos, con un criterio opuesto al de la geopolítica formal, propiciando ampliamente las tendencias afines con la geografía política.

Spykman, finalmente, personifica una tendencia opuesta a la del autor anterior, ya que se aproxima a Haushofer y a los autores que propician la "geoestrategia", con un enfoque científico de los casos concretos.

En cuanto a los temas elegidos, se presentaba una doble opción:
— o presentar un solo tema (por ejemplo: el espacio) tratado por los diversos autores, para possibilitar un análisis comparativo;
— o diversificar los mismos, seleccionando de cada geopolítico el tema que mejor lo caracteriza y al cual él contribuye de manera decisiva.

Obviamente se adoptó el segundo de los criterios, en el afán de ofrecer al mismo tiempo un compendio de bases geopolíticas, salido de las mejores plumas en la materia. La diversidad de temas tiene, además, la ventaja de presentar aspectos que de todos modos resultan interrelacionados y que presentan facetas que posibilitan un determinado grado de comparación.

Coronel AUGUSTO BENJAMÍN RATTENBACH
Buenos Aires, 1975

FEDERICO RATZEL

Federico Ratzel nació en Karlruhe (Alemania) el 30 de agosto de 1844 y murió en Ammerland el 9 de agosto de 1904.

Es el verdadero precursor de la geopolítica; como profesor de geografía y de antropología dio los primeros pasos hacia una sistematización científica de la ubicación del hombre en el ambiente en que le toca actuar.

Entre sus principales obras cabe citar: *Prehistoria del hombre europeo* (1874), *Los Estados Unidos de Norteamérica* (1878-80), *Antropogeografía* (1891), *Geografía Política* (1897), *La Tierra Y la vida* (1901-02). Sus principales estudios trataron las causas de los asentamientos humanos, la estructura de los grupos sociales y sus relaciones con el medio físico que los cobija.

UBICACION Y ESPACIO

por Federico Ratzel

UBICACION

Qué es la ubicación geográfica

En la ubicación de un territorio se halla comprendida, por de pronto, la dimensión y la forma del mismo. Cuando digo extensión, me refiero también a magnitud de un territorio —es decir— a una ubicación de determinada dimensión y forma. La ubicación implica también pertenencia o vinculación. Cada parte de la Tierra otorga a los países y pueblos determinadas características y —de igual manera— cada parte de esa parte, según su ubicación. En ésta se halla incluido el clima, las plantas, la cultura y la situación política; en todos esos factores residen los efectos que se producen por pertenecer a un determinado continente, a parte de él, a un océano o por la vecindad de algún río o montaña.

La ubicación produce también un efecto reciproco. Nuestra concepción orgánica de los pueblos desaconseja visualizar a la ubicación como un concepto pasivo en cuanto a proximidad; por el contrario, comprende una dinámica entrega y recepción permanente. Desde el momento que China, Japón y Corea rodean al Mar del Japón, existe entre los tres países relaciones tan estrechas, que a sus respectivos pueblos sólo los podemos contemplar como miembros de un único

círculo cultural. Por analogía, en la antigüedad una sola comunidad cultural asoció a los pueblos del Mediterráneo. Pero no sólo debe pensarse en efectos positivos. Existen ubicaciones relativas, entre estados tan distintos, que producen un resultado negativo; así la católica Montenegro entre los pueblos eslavos de religión mahometana de Bosnia y Albania.

Por eso la ubicación constituye el concepto geográfico más rico en contenido. La mayor gravedad de la ubicación respecto de todos los demás factores que condicionan las relaciones de los pueblos, fuerza a considerarla con prioridad uno. Muchos engaños y desengaños sobre las consecuencias de ciertos requisitos geográficos se hubieran evitado si se hubiera tenido en cuenta lo afirmado. Por ejemplo: como desaparecen ciertas condiciones naturales de Grecia por su ubicación en el umbral hacia el Oriente.

Ante todo, el espacio —generalmente sobreestimado— debe ser colocado en segundo plano frente a la ubicación. Esta puede ser tan sólo un punto; sin embargo desde él pueden irradiarse efectos importantes. ¿Quién pregunta por el espacio cuando se refiere a Jerusalén, Atenas o Guanahani? La primacía de la ubicación sobre el espacio se mide en la importancia histórica de pueblos pequeños o en la insignificancia de igual género de pueblos grandes. Efectivamente: una gran parte de la antropogeografía está dedicada al estudio de las consecuencias de la ubicación.

Ubicación natural y vecindad

La movilidad de los pueblos determina su expansión hacia límites naturales o hasta límites impuestos por otros pueblos. De esa manera, su ubicación geográfica está determinada por la naturaleza o por los vecinos. Por ese motivo un pueblo tiene siempre una doble ubicación: una natural y otra impuesta por la vecindad. La primera corresponde a un determinado hemisferio, zona, continente, península, archipiélago, isla, oasis; la ubicación con respecto a un mar, lago, río, desierto, montaña, valle o cerro. Cuanto más fuerte resulta la ubicación natural, tanto más independiente es el pueblo que la ocupa. Los pueblos insulares o montañosos evidencian, en su carácter, la fortaleza del medio que los cobija. En cambio, cuanto más fuerte es la ubicación del vecino, tanto más dependiente es un determinado

pueblo de ese vecino y tanto más fuerte puede influir aquél. Las ubicaciones naturales son tratadas detalladamente en el quinto capítulo de este libro; en cambio, los diversos tipos de vecindades van a ser analizados en este capítulo, en el orden que se establece más abajo. El parrafo que sigue pondrá en evidencia que no es posible separar radicalmente la ubicación natural de la vecinal.

Nosotros distinguimos las siguientes ubicaciones vecinales:

I. Ubicación interrelacionada:

- a) Ubicación central. Por ejemplo: los magyares en la cuenca del Danubio; los makololo en el Sambesi central.
- b) Ubicación periférica. Por ejemplo: los griegos en Asia Menor, los vascos en el golfo de Vizcaya, los malayo-polinesios en las islas Melanesias.
- c) Ubicación lineal. Por ejemplo: lapones en las montañas escandinavas.
- d) Ubicación serial. Por ejemplo: los pueblos del Sudán Central entre los océanos Atlántico e Índico.

II. Ubicación dispersa,

por la cual se pierde la coherencia como consecuencia de la separación espacial. Los mejores ejemplos lo proporcionan en todos los países de la Tierra las razas dedicadas al comercio (judíos, armenios, árabes en África y otros) y los inmigrantes a América que conviven en singular mezcla con los aborígenes, y viceversa.

Grupos naturales de pueblos

La Historia enseña que los pueblos se pueden fusionar fácilmente entre sí por un acto de conquista, máxime si han sido vecinos. Pero esa fusión está totalmente condicionada por la naturaleza y por el grado de parentesco que liga a ambos pueblos.

Un pueblo ubicado entre otros dos, constituye —desde el punto de vista espacial— una transición y así actúa aun en el área cultural. Pero esa intermediación dependerá de las condiciones del pueblo que sirve de vehículo. Cuanto más parecidos sean los tres pueblos, tanto más fácil será esa intermediación; así ocurrió cuando los alemanes fueron durante largo tiempo intermediarios entre los pueblos europeos del sudeste y los del oeste. Aun cuando sólo haya identidad entre dos pueblos, la intermediación suele ser eficaz; tal el caso de

los ingleses en el siglo XVIII que intermediaron entre Europa y las manifestaciones espirituales de la India. Pero si el pueblo "vehículo" resulta totalmente distinto a los pueblos que lo encuadraron, entonces el resultado puede ser negativo. Tal fue el caso de los mongoles y turcos entre Persia y China.

Los conquistadores trascendentes de la antigüedad no tomaron rumbos "contra natura", aun cuando lo hicieron intuitivamente. El imperio asirio se extendía desde los límites con Persia hasta Egipto y Chipre. Cuando cayó bajo el dominio de Ciro, los persas aportaron su país y partes de la India. Y cuando Alejandro destruyó Persia la anexó a Grecia, formando una cadena de estados que se extendía desde el Adriático hasta el Indo, estado por demás heterogéneo, pero ubicado —en general— entre los 30° y 40° de latitud N, extendiéndose del NO al SE, limitado al N por desiertos, y en el S por el mar, salvo en un sector que corría por el desierto arábigo.

La cuna de todos los pueblos románicos es el Imperio Romano, favorecido por la fuerza unificadora de ese mar interno. Las analogías geográficas y las facilidades para las comunicaciones contribuyeron para que numerosos aunque diferentes pueblos se unificaran bajo el Imperio.

Otra forma de esa conexión entre pueblos es la que surge de los que son vecinos, están interrelacionados entre sí y tienen elementos vitales en común o complementarios. Numerosos pueblos costeros o lacustres, cazadores o agricultores del África mantienen estrechas relaciones, pues unos dependen de los otros. Una situación análoga tenía a la vista Leroy-Beaulieu cuando afirmaba de la pequeña y grande Rusia: "sus habitantes están unidos por la geografía, la que no habría tolerado las debilidades de una existencia aislada".

Nadie duda con qué otro estado podría asociarse Portugal, pues difícilmente existe una mayor unidad total como la que presenta la península Ibérica. Aún la pintoresca abundancia de pequeños estados en la península itálica antes de 1860 podía hacer dudar de la unidad de los italianos. Algo más difícil es el caso de Siria, cuando la contemplamos entre las individualidades tan marcadas como las que presentan Asia Menor y Egipto, y nos preguntamos a cuál de las dos pertenece. En realidad, a ninguno de los dos: constituye un territorio de por sí y es —a la vez— el borde mediterráneo de Arabia. Este caso nos recuerda a otras franjas costeras que, separadas de su "Inland", actúan como islas o penínsulas con significación polí-

tica. Semejantes sectores costeros tienen tales características natales que pueden desenvolverse fácilmente con total independencia. La pertenencia de Dalmacia a la península Balcanica occidental no puede ser puesta en duda, a pesar de los señores de las ciudades y los ocupantes de casas de departamento; y las provincias bálticas constituyían para Suecia una posesión de segundo orden, mientras que para Rusia eran indispensables desde el punto de vista geográfico. Tanto el Mediterráneo como el mar Báltico constituyen, por ser áreas de gran tránsito, puntos naturales de atracción y motivan, por tal razón, la formación de grupos políticogeográficos que se conocen como potencias mediterráneas o bálticas, aunque su mayor significado radique en las relaciones culturales que provocan.

Ubicación interrelacionada

Los pueblos siguen o procuran seguir leyes gravitacionales en lo social y político agrupándose alrededor de un punto central; o bien, de manera interrelacionada, con lo que aparecen expansiones interrelacionadas, centrales o periféricas. Estas tres formas, en cualesquiera de sus manifestaciones aparecen en los pueblos maduros o de gravedad histórica. Ellos procuran su seguridad y la satisfacción de sus necesidades de intercambio en la unión, y poseen fuerza suficiente como para mantenerse aglutinados o para expandirse de esa manera. En cambio, la ubicación lineal o la dispersa la encontramos en pueblos fragmentados, o en aquellos que están en plena evolución positiva o retrograda hacia la desaparición; frecuentemente —y con plena conciencia— se conforman con un mero ideal de unidad racial.

Naturalmente, juega en este proceso un importante papel el concepto espacial de cada grupo humano. Así, pueblos de horizontes estrechos se tranquilizan en situaciones difíciles cuando se encuentran ubicados en espacios restringidos. Una expansión carente de claros, capaz de ocupar todo un vasto territorio solo se da en los procesos culturales más elevados y se concreta solamente con pueblos de gran antigüedad histórica. Cuando la expansión se ha detenido, las áreas cubiertas se redondean, mientras que contornos quebrados indican —para una expansión en pleno desarrollo— el pasaje a fases de retroceso.

Expansión incompleta

Una expansión que afecta a un dilatado territorio sin cubrirlo totalmente representa, por parte de una cultura superior, un proceso histórico incompleto (Alemania Oriental, Austria, Hungría, Península Balcánica), aunque normalmente se da en estallos inferiores. Se ha llamado "expansión americana" a la forma en que los tupí abarcan desde el Paraguay hasta el Amazonas, o en la forma en que lo hicieron los crioles en el NE de Suramérica, los aimará en el Alto Perú y Bolivia, ocupando vastos territorios y siendo los únicos dueños de los mismos. Pero semejante forma de expansión pertenece a los estados culturales y no al terreno o a la raza. Es curioso destacar que los descubridores y conquistadores portugueses chocaron inicialmente sólo con los tupíes, por lo que su idioma sirvió de intercomunicador entre europeos e indígenas. El guaraní fue empleado en el Paraguay y en el sur de Brasil como lengua oficial y literaria. Investigaciones más precisas determinan que existían bajo los tupíes otras tribus y pequeñas agrupaciones humanas; y que tribus muy expandidas y que habían sido confundidas con otras razas pertenecían, efectivamente, a los tupíes.

Al norte del Amazonas encontramos una variación de esta expansión que, injustamente, ha sido ubicada en oposición a la descripción en el párrafo anterior. Se trata, en realidad, de una distinta etapa de evolución. Una extraordinaria cantidad de pequeñas hordas y tribus, con los más variados nombres, aparecen como si los grandes grupos humanos hubieran sido dispersados (por traslados, guerras y otras catástrofes desconocidas) en pequeñas y débiles fracciones. En esa zona existen grupos compuestos por una o pocas familias, totalmente apartadas de sus vecinos, ocultos en la oscuridad de la selva y que solo se dejan ver, presionados por acontecimientos exteriores. Se trata de la misma dispersión que Lauterbach comprobó en mucho mayor grado en la Guinea Alemana desde la base de las montañas Bismarck, como una de las características más salientes. "En uno de los grupos de esa gente se puede —junto a individuos delgados y gráciles— encontrar pesados, anchos de forma, con aluras que oscilan entre los 4 1/2 y 6 pies. El color de la piel marca también diversas gradaciones que van de un poco común tono bronce algo claro, hacia el más común marrón oscuro. Yo considero que estos aborígenes son mestizos debidos a la mezcla de los primitivos pobladores de la

montaña con las tribus costeras que penetraron a lo largo de los valles fluviales, no logrando constituir un tipo racial estable en sus conformaciones antropológicas."

Las ubicaciones central y periférica

Ambas ubicaciones se condicionan y se complementan. Un pueblo ocupa el interior de un continente o de una isla, cuyos bordes son utilizados por otros pueblos; o, en otra situación natural, totalmente rodeado por pueblos de otro tipo.

Se puede asignar a esta forma de ubicación un carácter totalmente pasivo, en la medida en que los pueblos implicados no se encuentren en avance. De todas maneras, las situaciones vecinales se hallan afectadas de falta de independencia. Dada la flexibilidad implícita en muchas características de determinados pueblos, no puede descartarse que vuelvan a resurgir; pero, normalmente, ello solo podrá ocurrir cuando se produzca la concentración de toda la fuerza disponible en una sola mano.

Un ejemplo de ubicación central de pequeños pueblos montañosos, lo proporcionan los reto-románicos en los Alpes europeos, con un alto grado de pasividad. Cuando se trata de pueblos más grandes con situación central, por lo común no puede saberse si se encuentran en expansión o en regresión. Ello nos recuerda a los tres grupos germánicos de Siebenbürgen, a los checos de Bohemia; inclusive a los magyares. Normalmente, el encierro de un pueblo en una situación central representa —al mismo tiempo— la declinación de su sentimiento nacional, como lo atestigua el ejemplo actual de Polonia y los escocheses en la antigüedad. A la inversa, resulta mucho más prometedor, cuando un pueblo consigue producir una brecha en el cinturón que lo rodea o cuando consigue manifestar alguna fuerza expansiva. No en balde fue durante un siglo el grito de "Al mar, magyares", uno de los estríbillos políticos de la nación húngara; de igual manera, los montenegrinos recién se pudieron considerar independizados cuando lograron salir de sus montañas y hacer pie en las costas marinas.

A la larga, la naturaleza no permite que un pueblo permanezca inmóvil; tiene que retroceder o avanzar. Esta última actividad apunta siempre al accidente geográfico importante más próximo: sea el mar, un río o una cadena montañosa que ofrezca protección.

La historia de los pueblos y la disseminación de los mismos evidencian gran cantidad de hechos, que pueden ser considerados como una consecuencia de la reacción de la periferia contra el centro. La historia de los descubrimientos nos muestra en África la famosa "mancha blanca" en la periferia de territorios conocidos; la historia de las colonias en zonas no europeas evidencia desde la época de los fenicios y griegos hasta la reciente crónica australiana y norteamericana, una expansión en la periferia de las islas y continentes, a la cual siguió recién un avance hacia el interior. La expansión geográfica de los pueblos distingue claramente los lacustres de los costeros. A pesar de que no en todas partes (como ocurre en el Archipiélago Malayo, África Occidental y Madagascar) se produce una diferenciación tan clara entre pueblos costeros y lacustres, debe considerarse como una expansión periférica a la de los griegos en la península Balcánica, y en Asia Menor, la de los normandos en Francia y Sicilia, y la de los moros en Francia meridional. Inclusive, la formación del Imperio Chino es, en alguna medida, el envolvimiento periférico de los pueblos montañosos del interior, cuya unificación y concentración fue una de las más importantes acciones de los últimos decenios del desarrollo interior del Imperio Celeste.

En la presión ejercida desde la periferia hacia el interior por pueblos venidos del mar, vemos la movilidad casi ilimitada que posibilita el mar y la disponibilidad de ricas posibilidades auxiliares que aporta la navegación. No es necesario pensar, en este caso, solamente en conquistas lanzadas desde el mar hacia el interior de un territorio. Puede tratarse también de procesos culturales de expansión, alimentados por la sensación de independencia y por las mayores posibilidades políticas y económicas que se dan en la frontera, especialmente si es marítima. Así vemos a los misioneros cristianos en África y Australia penetrar junto con las mercaderías europeas, mucho antes que la colonización y la formación de estados. Quizá la perspectiva más favorable nos resulta en la ubicación periférica de los estados gobernados despóticamente, en cuya capital reside un tirano, cuya maldad y arbitrariedad disminuyen a medida que uno se aleja de su asiento, y cuyo poder —afortunadamente— disminuye con la misma rapidez con que se approxima a la periferia. Casi todos los imperios africanos constituyen un ejemplo de este tipo; piénsese en los países como Luanza y Kasembe. También el Lejano Oriente es rico en tales ejemplos. A estos pueblos sojuzgados suele llegarles la salvación desde la periferia, donde existen comuni-

dades que se animan a respirar y, con el aire más puro de libertad, aspiran capacidad de resolución. En el Imperio Persa los levantamientos periféricos de los sátrapas, más de una vez cobraron importancia históricomundial. También la dinastía turco-persa de los Gashnavidas (siglos X y XI), a quien el Islam debió la firme anexión de Afganistán y Beluchistán y la profunda penetración hacia la India, se formó en Ghazna, sobre la frontera irano-india. Basta recordar, de paso, al Anábasis y al joven Ciro. En menor medida, la Europa del siglo XVIII tuvo un panorama similar. Por diversos motivos, resultó más eficaz hacer avanzar revoluciones desde "afuera" hacia "adentro"; de ahí que en épocas aciagas para Alemania, los estados fronterizos se convirtieron en asilo para héroes o perseguidos, adquiriendo esos países gran importancia —precisamente— por su posición periférica respecto de Alemania.

Sobre semejantes fenómenos, cada vez menos frecuentes, se destaca la nivelación de las desigualdades nacionales en las zonas frontizas y periféricas, aspecto que será tratado en el capítulo "Fronteras".

Expansión dispersa

Hemos visto en el capítulo dedicado a los movimientos históricos, cómo un pueblo puede colocarse en el centro de otro, produciendo una cuña en el ornra territorio cerrado. Así, por ejemplo, lograron los semitas cortar el territorio de los hamitas, partiendo desde Arabia del Sud. Con mayor frecuencia, un pueblo busca abrirse paso entre radicaciones de otros pueblos, procurando repetidas veces infiltrarse, hasta que —en el mejor de los casos— consigue pasar a la totalidad de sus miembros. Ocupa luego, en el interior, una serie de pequeños territorios que se comportan como un archipiélago y cuya coherencia dependerá de la mayor o menor resistencia del pueblo infiltrado.

Idénticas islas pueden formarse por la dispersión o fragmentación de un pueblo, al cual se le introduce otro más fuerte que se va abriendo camino. La diferencia entre uno y otro tipo de isla estará dada por los signos de una dinámica marcada por el segundo tipo.

Junker señaló la existencia de "extraños" agrupados en colonias,

en el territorio de otra tribu, tal como ocurre frecuentemente en el territorio de los sardes. Pobladores pertenecientes a los bambos y

pambio convivían con los sandeh, pero en condiciones de inferioridad, pobres y hambrientos. En los relativamente pequeños territorios de los palembatas, limitados al Sud por Ndruma, encontró también "la habitual mezcla de tribus dispersas y restos de otras agrupaciones humanas. Aquí se ubicaban, como sirvientes, las tribus de los amadi, baschir, augú y marango. A las órdenes de un cabecilla Robbia se había ubicado en su territorio toda una tribu de amadis. Por otra parte, estos han abandonado sus posesiones en el Este por problemas políticos y se han dispersado ampliamente en el Norte, entre los sandeh y al Sur de Nelle".

Desde el informe Stuhmann sobre los territorios al Este del Wa Hunia, sabemos de numerosas colonias que han emigrado desde las mesetas hacia occidente. En las orillas meridional y occidental del lago Alberto vivían independientes una serie de caciques Wa Nyoro, que en parte habían abandonado sus anteriores posesiones por luchas intestinas. Más hacia occidente había otros caciques de la misma tribu, aislados entre sí, pero ubicados en medio de otra, la de los Wa Ssongora, en la meseta de Melindwa. La relación con la "patria" sigue siendo tan fuerte que un cacique, llamado Kavali (hecho conocer por Stanley y Emin Pascha) y sus sucesores debían ser sepultados en los territorios de origen. Los restos del tal Kavali debieron ser transportados sobre el lago hasta Bagoma.

Más al Este colonizaron los Wa Nyamwesi. Oscar Baumann, quien los conoció en Ussandini y Umbugwe, los calificó de "portadores de cultura o, mejor, semiimportadores de cultura de primer orden". Los Nyamwesi tienen exceso de miembros, lo que los lleva a emigrar, dedicándose a la agricultura y al comercio (según el modelo árabe).

Expansión fragmentada

Otra fisonomía adopta la expansión fragmentada, que es la que le ocurre a un pueblo de bajo nivel cuando penetra en otro de alto nivel. El primero pasa a ocupar los lugares menos favorables del territorio común, lugares donde es arrinconado y donde pocas veces se concentra masivamente. En África ecatorial y meridional apenas si existe alguna tribu de gran magnitud que no albergue en su seno fragmentos dispersos de los wattwa, una pequeña tribu de cazadores. Precisamente, por esta atomización es que muchas tribus pasan

inadvertidas a los ojos de los exploradores. Los relatos de Hans Stadens acerca de los wayganna, una tribu de cazadores de las montañas orientales de Brasil, hablan de seres hábiles con el arco y las trampas que —temidos por las tribus más grandes— se ubican entre ellas, llegando la similitud con el caso africano hasta en las características antropológicas.

También los relatos de Martius refieren sobre un grupo humano menor (los mura) en Madeira y Solimoes, perseguido por todas las demás tribus. Lo que lo obliga a vagabundear al estilo de los gitanos. Los punan de Sarawak también se parecen mucho a los bosquianos africanos, como sólo se encuentran en Borneo septentrional; es decir, en permanente movimiento, viviendo de la caza y de los frutos de la selva, sin plantaciones, chozas o botes, temidos como excelentes guerreros y por conocedores de la selva. Naturalmente, deben ser contemplados como restos de los habitantes primitivos de Borneo; por sus formas precarias de vida también deben ser asimilados a los grupos africanos citados anteriormente.

La expansión fragmentada significa para los pueblos así atomizados una marcada diferenciación social y de trabajo muy singular. Por lo regular, ello ocurre con tribus de cazadores, pescadores o simples moradores de la selva que quedan dispersos y semisubordinados a los pueblos de agricultores o ganaderos que los superan en cantidad y en nivel económico y social.

Interior y exterior

La diferencia entre un desarrollo histórico polifacético y uno unilateral estriba en el contacto de un pueblo con su vecino. Resulta de gran importancia para la caracterización de la historia de un pueblo, determinar de qué lado de su frontera se desenvuelven los acontecimientos históricos-trascendentes; de esa manera, será posible comprobar cómo tales acontecimientos trascendentales coinciden con cambios en la situación del "lado histórico" de un determinado pueblo. El vecino más poderoso será el que condicione la situación de la frontera más importante e históricamente más eficaz, en una determinada época en la vida de un pueblo.

Además del vecino más poderoso, habrá siempre una influencia permanente, cual es la proveniente de la dirección adoptada por un

pueblo en procura de una cultura superior y de centros de poder económico, todo lo cual influiría decisivamente sobre un determinado sector del país. Tal ocurrió indudablemente con todos los países europeos con respecto al sector occidental de Europa, donde la coincidencia del mar con los centros culturales y económicos hizo de ese lado la parte más importante del continente. Que ello no siempre fue así lo enseña la historia a través de las relaciones entre alemanes e italianos, entre franceses y los pueblos mediterráneos. Hoy, por la presencia de Norteamérica, la importancia del sector occidental crece continuamente. En esta dirección tan gravitante hacia un determinado lado reside el germen de la dependencia, aspecto que resulta compensado, a la larga, por la multiplicidad de fronteras y por la propia magnitud de los países considerados.

Distinto resulta para pueblos ubicados unilateralmente, como el español, que para todos sus contactos con Europa continental debe hacerlo a través de Francia y sólo conoce "lo francés", lo que lo induce a transformarse política y culturalmente en satélite de Francia y de los franceses. La historia de naciones de ubicación "simple" resulta siempre impregnada con un cierto carácter unilateral. La historia de Grecia cae bajo el concepto greco-asiático, la de Roma corresponde al momento más rico en consecuencias para el área italo-africana, los daneses estuvieron largo tiempo bajo influencia alemana y lo mismo ocurrió con los ingleses respecto de los franceses.

Al analizar las principales direcciones de los movimientos históricos, hemos visto cómo el lado privilegiado de un pueblo se muestra de esa manera hasta en los detalles menores. Ello lo comprobaremos también al analizar la situación de los pueblos costeros, en la confrontación costero-lacústres. Ella influye también preponderantemente en la ubicación y conformación de las colonizaciones, donde la preferencia por determinadas direcciones cardinales surge con toda claridad. En las ciudades europeas, por razones climáticas, siempre se prefirió el lado Oeste; pero también los árabes y sirios esperan sus huéspedes desde esa dirección, inclusive a sus enemigos; de ahí que los campamentos se abran hacia esa dirección y que la carpa del sheik sea la más occidental.

Para grandes agrupamientos que rodean un territorio central irriadiante, tal como Asiria y Babilonia o el Mediterráneo o todo un continente, existe siempre un "interior" y un "exterior". Con respecto a los espacios ecuménicos podría también involucrar a los continentes en un lado interior y en otro exterior; pero allí es necesario

destacar de inmediato que tales conceptos están expuestos a los cambios que el tiempo impone. África occidental y ante todo África suroeste fue "lado exterior" mientras la historia se desenvolvió en el Mediterráneo y en el Océano Índico; pero se convertirá en "interior" y en mayor grado en cuanto se desarrolle una historia atlántica. Para todo el pasado, hasta donde llega nuestra visión y aún para un futuro bastante lejano todavía, semejante calificación vale para Sudáfrica y Australia, de cara al vacío. Los extremos australes de todos los continentes ubicados o que se extienden en el hemisferio Sur nunca tendrán resultados positivos con el intercambio con los pueblos ubicados enfrente, puesto que el campo de atracción de sus relaciones se encuentra a sus espaldas. Lo mismo ocurre con las tierras del hemisferio Norte que se aproximan al Polo Norte, bañadas por el Mar Ártico y que proporcionan el raro ejemplo de costas desiertas de gran magnitud. Pero aquí la situación queda compensada por la mayor amplitud de las masas continentales en el sentido Este-Oeste, lo que facilita las comunicaciones laterales.

Ubicación contrapuesta

En cada país, las mayores diferencias culturales y políticas se ubican en grandes áreas enfrentadas, las que se suman a las de carácter geográfico para subrayar tales diferencias. En Norteamérica, los negros se trasladan hacia el Sur y se concentran en los estados ubicados sobre el golfo de México; en áreas montañosas, los pueblos dependientes se repliegan hacia el interior, dejando las tierras bajas a los invasores triunfantes. Algunos colocan un brazo de mar entre la vieja y la nueva patria. Polonia contrapuesta recuerda al choque de dos corrientes eléctricas. Pero esta imagen no debe ser considerada como un enfoque preciso de las singulares manifestaciones que tienen las vidas de los pueblos. Existen corrientes de distinto signo; pero, en cambio, coexisten miles de fuerzas contrapuestas en los pueblos y en los estados. La diferencia entre Piemonte y Sicilia es sólo una de las muchas que actúan dentro del pueblo italiano; con todo, ella materializa las contradicciones más antiguas, grandes y eficaces, las que tienen fundamentos igualmente valederos en lo geográfico, etnográfico e histórico. No debe asombrar que por su potencia, las pequeñas diferencias sean absorbidas y oscurecidas de

tal manera que exista la tendencia a dividir a los italiani en "del Norte" o "del Sur" exclusivamente, con lo que resulta reforzada la diferencia entre ambas zonas. Es importante destacar que no siempre el espacio resulta suficiente en todas partes como para establecer una partición entre las diferencias. Entonces las diferencias étnicas se hallan tan próximas unas con otras y se radicalizan de tal manera que ya no pueden influirse recíprocamente.

De la misma manera que al sur del Río Negro y de Chiuque, las diferencias de las formaciones costeras y del suelo se aproximan, también se encuentran enfrontadas y próximas las diferencias antropogeográficas y etnográficas. Los pueblos pertenecen allí a las clases de cazadores o pescadores, que ya conocemos. El borde occidental pertenece a los pescadores, el Este a los cazadores. El territorio de estos últimos es mucho más extendido, pero —sin duda— con una mucha menor densidad de población que las islas y framjas costeras ocupadas por los que pescan.

Las formas del retroceso

Hay territorios cuya forma anticipa capacidad de crecimiento y expansión, mientras otros —desde la primera mirada— permiten reconocer una evolución negativa. Una fuerte capacidad de crecimiento, por parte de un pueblo, abarca todas las ventajas que se brindan en su área o evidencia el firme propósito de alcanzarlas. No todos los pueblos ven sus ventajas en los elementos positivos del área que lo rodea. Los europeos y los pueblos a que dieron origen procuraron alcanzar el mar y cuando lo han logrado, se lanzan fundamentalmente a navegarlo. Por tal motivo, la colonización de Europa occidental y central fue en sus comienzos una colonización costera, aunque no tan unilateral como la griega o la fenicia. Si los europeos se veían constreñidos a áreas lacustres, entonces procuraban abarcar los cursos de agua correspondientes (como los rusos en Siberia), apoyarse en cadenas montañosas para, finalmente, ocupar también las crestas de dichos obstáculos. Si las montañas contienen hierro, son abarcadas en su totalidad. Así permanece una tribu sobre el borde del desierto; luego avanza hasta el próximo oasis. Los egipcios se expandieron a lo largo del archipiélago de oasis que posee el desierto de Libia y los romanos hicieron otro tanto, avanzando desde Tripoli hasta Fessan.

A la inversa, un signo de retroceso está dado por la pérdida, para un pueblo, de los lugares que son especialmente valiosos para él. Una evidencia de la decadencia de los mongoles (en parte también de los kinguisos) se tiene en el hecho de haber sido desplazados de los mejores lugares de pastoreo que tenían en el desierto o en las partes semiáridas. Un síntoma similar está dado para los indios de Norteamérica por haber perdido sus áreas boscosas y praderas. En estos casos es necesario tener en cuenta las diferentes exigencias que cada pueblo plantea al suelo.

Sobre la costa o en las islas de un continente se considera que los pueblos allí estacionados han sido forzados a ello. Pues se piensa: pueblos dinámicos, disponiendo de áreas tan favorables, seguramente hubieran penetrado hacia el interior del continente. Pero, es necesario considerar que para un pueblo de pescadores, tales lugares son los más deseables. Por eso no puede tomarse como un signo de decadencia que los ingleses ocuparan solo las costas en los alrededores de la isla Terranova, mientras que los alemanes franceses ocupaban el interior de Quebec, Acadia, Nueva Escocia. Ambos pueblos se hallaban en avance; en retroceso sólo estaban los indios que habían sido desplazados, por los ingleses de los lugares de pesca y por los franceses de los de caza.

Los restos de idionas noarios de Europa (particularmente vasco y ligure en el sudoeste, etrusco en el sur, y finlandés en el norte) constituyen prueba evidente de que las sucesivas olas de inmigrantes penetraron desde el este a Europa, y que desplazaron o absorbieron a los ocupantes primitivos, hasta casi su total desaparición. Un idioma como el vascuence, que cubre una reducida área hoy (1899), formando una isla idiomática, como si fuera el pico más alto de una cadena montañosa hundida, necesariamente tiene que haber cubierto anteriormente una superficie mucho mayor. Sólo así se explica la gran cantidad de localidades y parajes españoles que aún hoy mantiene su denominación vasca. Conocida es la demostración realizada por W. von Humboldt acerca de la expansión de los vascos en Iberia, mientras que no pudo constatarse su afirmación de que ellos también hubieran abarcado Aquitania. El proceso fue concebido por analogía con lo ocurrido en Britannia; también es extensible a las migraciones continentales. Pero donde ello es inadmisible es en el Mediterráneo; basta con mirar en derredor para comprobar la expansión de pueblos activos a lo largo de las costas y de las islas.

O es suficiente con recordar a los griegos en la actualidad y a la expansión romana (y de los pueblos a que dio origen) desde la periferia del Mediterráneo hacia el interior del continente. Sin compartir las fantosas ideas de Sergis, consideramos como muy factible una interrelación de pueblos a través y alrededor del Mediterráneo, así como la de éstos chocando con los pueblos que provienen del este. La singular situación marginal de los celtas, oscuros y oprimidos, en Europa occidental y en sus islas escalonadas, no nos permite por ello deducir que se trata de uno de los pueblos más antiguos de Europa, cualquiera sea su origen: autóctono o inmigrado. Cuando contemplamos la singular área de expansión de los celtas recordamos un problema biogeográfico de Irlanda que nos dice que en sus zonas meridionales encontramos plantas y animales emparentados con similares de Europa sudoccidental.

Y cabe preguntarse al respecto: ¿se los encuentra en el sur de Irlanda porque emigraron desde el sureste? ¿O fue el avance de los hielos de Irlanda septentrional el que desplazó a esas especies hacia tales lugares? Qualquier que sea la respuesta que se enuncie habrá que admitir que entre la situación actual y aquella migración o desplazamiento tiene que haber habido una gran cantidad de trasformaciones que seguramente oscilarán entre la total desaparición de los inmigrantes entre la población autóctona y la vital propagación en terreno sumamente apto.

Cada territorio ocupado por un pueblo, que se distinga por ser angosto, fragmentado o marginal merece ser investigado si es así por retroceso, estrechamiento o atomización. Generalmente, tales suposiciones se aproximan bastante a la verdad. Por ejemplo: debido a que la Galia aparece como el territorio más cerrado de los celtas, en momentos en que éstos aparecen en la historia, esa región es considerada como el origen de los grupos célticos localizados en Bretaña, Iberia, en los Alpes o Italia septentrional. Aun un investigador tan cauto como Freemann consideró esta hipótesis como cierta. Pero, además, supone que los restos de grupos célticos fuera de la Galia provienen de los que emigraron hacia el oeste. Freemann no cree en un espacio mayor, fragmentado posteriormente.

La enorme cantidad de fragmentos y grupos menores de pueblos que pueden ser comparados con escollos marinos que apenas sobresalen del agua, proviene del hecho de que cuando un determinado territorio es reducido, no se contrae simplemente, sino que se fragmenta en islas u oasis que pierden dar la impresión de haber sido

instalados desde el territorio madre. En ello reside la diferencia entre islas de avance e islas de retroceso; estas últimas evidencian normalmente las huellas del angostamiento o fragmentación de un determinado territorio. Las islas idiomáticas alemanas en Moravia evindian, por su ubicación entre el compacto territorio alemán de Austria y Bohemia, a primera vista manifestaciones de retroceso. También donde el territorio de un pueblo presenta características de istmo, aparecen en su proximidad "islas".

Un pueblo que penetra en otro vive desperdigado en islas: las colonias europeas en Norteamérica de los siglos XVI y XVII tuvieron esa característica, aunque posteriormente se fundieron y se unieron para la expansión.

EL ESPACIO

El espacio, la vida y el desarrollo

El análisis espacial tiene que partir de los 510 millones de kilómetros cuadrados que posee la superficie terrestre. A pesar que buena parte no está habitada por el hombre y que 21 millones pertenecen a las desconocidas zonas polares, y que sólo el 28% es tierra habitable, sin embargo, a pesar de todo ello puede considerarse a la Tierra como el planeta del Hombre. Aquellos 510 millones de kilómetros cuadrados constituyen la máxima dimensión para la vida humana, para los desplazamientos de los pueblos y para la concepción espiritual. Los restantes cuerpos celestes pueden influir sobre nosotros por medio de la luz o del calor; pero aquí (en la Tierra) están las raíces de la vida y aquí las máximas posibilidades de expansión vital. Las expresiones más antiguas de vida dependen de este espacio, tanto como las formas nuevas; aquí cumplió su desarrollo el género humano. El espacio terrestre es la primera e inmodificable condición para la vida. Es posible imaginar a un pueblo en uno u otro lugar; pero para la Humanidad sólo hay un espacio posible.

La multiplicación de los habitantes de un país modifica su relación espacial; a medida que crece la cantidad, disminuye el espacio al que tiene derecho cada individuo y con ello se modifican las demás

condiciones de vida. Cada pueblo ha vivido este proceso y ha experimentado las mismas circunstancias. De igual manera, la Humanidad como suma de todos los pueblos, ha vivido un proceso similar y ha sufrido por ello las consiguientes modificaciones. Por eso es que las modificaciones espaciales constituyen importantes síntomas en la evolución de los pueblos y de la Humanidad.

El primero y más importante problema biogeográfico relacionado con el espacio es el que liga a la vida con el espacio terrestre. Espacios pequeños se aglomeran en el seno de uno mayor y se modifican en la misma relación en que el mayor permanece inalterado. Si contemplamos con perspectiva la vida de un determinado lugar, vemos que él ha sido distinto en momentos diferentes. Así, las zonas polares no siempre fueron desoladas y reducidas. La Tierra ha conocido mayores temperaturas en los polos, con una vegetación suficientemente importante como para formar carbón de piedra. También hay carbón en las islas Kerguelen, donde hoy la vida es menos que incipiente. En tales tiempos la Tierra ofreció mayor espacio a las manifestaciones de vida, de lo que lo hace hoy. Lo contrario lo brinda la historia de nuestro planeta durante las glaciaciones, las que obligaron a retroceder hasta el Ecuador a las manifestaciones vitales que habían avanzado hasta el Polo. Con ello fue disminuido el espacio disponible para la vida; la biosfera fue reducida a un cinturón.

La determinación del "lebensraum" que la Tierra ofrecía en un determinado momento, o su mera estimación, es vista como una importante tarea, no sólo porque de ese espacio depende la magnitud de vida posible, sino porque aparecen distintos motivos de diferenciación relacionados con su magnitud. El desarrollo de nuevas formas de vida siempre dependerá del espacio disponible (se coincide o no con Moritz Wagner en la dependencia de las especies naturales del tipo de espacio o se coincide con Darwin en atribuirle solamente una relativa influencia). El período de la historia de la Tierra durante el cual el espacio vital quedó reducido, vió el desarrollo de la vida operarse con mayor lentitud, por la necesidad de crear nuevas formas. Pero siendo la superficie terrestre siempre distinta, de acuerdo con los testimonios de geología (tanto en altura, como en conformación), resultan las ampliaciones del espacio vital como motivadoras de mayores diferencias frente a un mayor espectro de suelos disponibles.

Un espacio amplio acentúa estas diferencias, tanto desde el punto

de vista espacial cuanto geográfico. Basta pensar en Greenlandia libre de hielo, para imaginar cuánta y diferente vida podría contemplar; lo mismo respecto de la Antártida. Países plétoricos de vida, próximos a los polos, conservan (como lo hace Australia) formas arcaicas de vida o deben haber facilitado la propagación de formas nuevas a través de caminos naturales que hoy no existen.

El análisis del espacio no nos autoriza a ver en la creación una simple acumulación de hechos. Una forma de vida no desplaza simplemente a otra para luego desaparecer. Toda nueva forma necesita espacio para realizarse; más aún: para consolidar y propagar sus características. La creación se nos aparece como compuesta de hechos sucesivos; pero necesariamente tiene que haberse desarrollado en espacios vecinos, en cada etapa. La creación necesita espacio y la Tierra lo brinda de manera limitada. Cuvier pasó por alto esta dificultad al establecer un estricto orden cronológico de sucesivas creaciones. A la primera la hace aniquilar; a la segunda la hace aparecer sin problema de la nada, suponiendo un desarrollo a partir de cero. Cuando ésta sucumbe, aparece la tercera, y así sucesivamente. Cada creación encuentra así un espacio vacío. Nosotros no podemos tomar el espacio ni a su problemática de manera tan simple. En todo tiempo hay formación y destrucción. Aquí se produce vida; allí desaparece. Por todas partes conviven ejemplares jóvenes con viejos. Cada punto de la Tierra ha sido alguna vez origen de creaciones, dando lugar a formaciones que luego se esparcieron en mayor o menor espacio. Un nuevo producto convive con uno anterior. Cuantos pueden hacerlo depende del espacio disponible. Si en el territorio de un pueblo penetra uno más fuerte, entonces éste se apodera del territorio y lo presiona de tal manera que el primitivo ocupante pierde su agarre al terreno y desaparece (por ejemplo: los tasmanios, muchas tribus indígenas). La superioridad de un pueblo sobre otro se materializa en el espacio, al que rápidamente ocupa, explora, puebla, aprovecha, acelerando estos procesos; y como la superioridad siempre es privativa de las culturas superiores, estas desplazan a las inferiores. Por eso el ascenso y la desaparición no afectan solamente a los pueblos, sino que involucra también a las culturas y a las circunstancias espaciales, por lo que la problemática del espacio domina toda la historia.

El espacio y la Humanidad

El espacio abarcado por la Humanidad se llama ecuménico. El forma un cinturón que abraza la Tierra entre los polos, cubriendo las zonas templadas, subtropicales y tropicales, y parte de las frías. Cubre 5/6 parte de la superficie total de la Tierra. La parte conocida es más grande, por lo que hoy (1899) sólo restan 21 millones de kilómetros cuadrados como desconocidos (5 en el hemisferio norte y 16 en el opuesto). Expediciones exitosas al Polo Sur reducirán sensiblemente estas cifras, sin por ello acrecentar la parte habitable del planeta. Si consideramos al hombre como especie biológica y la comparámos con las plantas y los animales, comprobaremos cuán grande resulta el espacio que abarca. Algunos espacios de determinadas variedades vegetales o animales tienen una magnitud casi igual, debido a que se expandieron como acompañantes del hombre. Debemos suponer que primitivamente el espacio abarcado por el hombre fue reducido por la glaciarización, partida desde ambos polos. También debe contarse con que hubo épocas de mayor temperatura. En la actualidad, 125 millones de kilómetros cuadrados sirven de asiento de la Humanidad, y en ellos se desenvuelven los pueblos y los estados. Poco entenderemos a un pueblo si, además de su asiento físico, no tenemos en cuenta su área de influencia. Tampoco entenderíamos a la humanidad si sólo tuviéramos en cuenta el espacio habitado y no consideráramos que toda la tierra es su área de influencia. Hoy no puede imaginarse a un pueblo civilizado que no cubra al planeta en el orden cultural y económico.

Como todos los seres vivientes, también el Hombre procura expandirse. Cuanto más movilidad y capacidad de adaptación posea un organismo, tanto más lejos se expandirá y tanto más rápidamente desplazará a los débiles. Así puede apoderarse de toda la Tierra y no dar lugar a grupos que se repliegan. Entonces solo pueden producirse segregaciones superficiales por no haber espacio suficiente sobre la Tierra para desarrollos especiales. Por eso las diferencias grupales no residen en el acondicionamiento interior que influyen sobre el curso de la vida, sino en la misma piel, o sea, exactamente, en la superficie. Así se forman solamente razas; ni siquiera especies. Y tales razas son escasas en relación con la superficie terrestre. Nosotros vemos desaparecer a las tribus australianas, de la misma manera que ocurre con las norteamericanas; y cuando hayan desaparecido habrá desparecido también una diferencia humana sobrante.

De tal suerte avanza un proceso de igualación; aquí por simple desaparición y allá por mezcla e incorporación en la sangre más fuerte. Las nuevas formaciones, hay que destacarlo, reclaman cada vez mayores espacios para su desenvolvimiento.

El regeneramiento de una tribu por exogamia será factible en aquellos casos donde sea posible tomar mujeres de territorios distantes. En pequeños, en cambio, particularmente islas reducidas, no será posible aportar nueva sangre. Ello puede ser la causa de la retrogradación de un pueblo.

Los espacios naturales

El ámbito terrestre es dividido por el mar en espacios menores de magnitud variable, que surgen como islas de su seno. Las mayores de ellas son las islas mundiales de Eurasia (con África) de 83 millones de kilómetros cuadrados, América con 38 y Australia con 7,7. A partir de estas masas terrestres siguen las grandes islas propiamente dichas: Groenlandia (2,2), Nueva Guinea (0,8), Madagascar (0,6), las islas del Japón (excluyendo Formosa, Liukiu y otras) 378.000, Gran Bretaña e Irlanda (314.000), Nueva Zelanda (268.000), hasta llegar a las más pequeñas como Ascensión (88 km cuadrados), o aun Helgoland (0,6) que puede ser contemplada como un pequeño espacio independiente, restando infinitud de islotes deshabitados. Aunque la magnitud de las islas no es un índice definitivo para las condiciones de vida en ellas, es, sin embargo, un condicionante de la cantidad de población que puede contener. Así viven sobre la mayor isla mundial (Eurasia-Africa) cerca de 1350 millones de seres, 130 en América, 5 en Australia, 3,5 en Madagascar, 0,5 en Nueva Zelanda, mientras que en Ascensión sólo hay 140 habitantes y en Tristan da Cunha, 97.

La pertenencia a un continente como Europa o Australia no permite a los pueblos una expansión tan grande como la de continentes mayores; pero, en cambio, le permite gozar de una mayor diversidad de situaciones geográficas cuyas condiciones naturales no pueden repetirse tan frecuentemente; así como una mayor participación de los países en las áreas periféricas. De ahí que en continentes menores las regiones centrales casi desaparezcan; razón por la cual en Europa no puede haber una zona central como la tienen Asia y África.

Todas las expansiones son influidas por la naturaleza del suelo que utilizan. Ellas pueden avanzar rápidamente en amplios espacios donde no hay obstáculos y se ubican seguras en áreas reducidas, donde la naturaleza ha colocado obstáculos de protección. Esa es la razón por la cual numerosos pueblos pequeños se ubicaron inicialmente en islas, valles, bosques intransitables, etcétera. Los grandes espacios abiertos son ocupados, en cambio, por pueblos de magnitud o por países integrados por varias agrupaciones humanas menores.

Las masas continentales de Eurasia y Norteamérica, ubicadas con relativa proximidad, constituyen los mayores territorios disponibles para el hombre. Europa septentrional, Asia central y del norte y América están ocupados por mongoloides, mientras que las áreas meridionales muy separadas entre sí están pobladas por negros oscuros y claros, australianos, tasmanos y americanos.

De las razas humanas, es la mongoloide la que mayor expansión ha tenido. Ella cubría antiguamente Eurasia septentrional desde el Atlántico al Pacífico, además de Asia central, oriental y sudoriental, toda América y la mayor parte de las islas del Océano Pacífico. Por los vastos territorios abarcados, es la raza que mayores diversidades presenta; cubre desde las culturas de Asia oriental, hasta los esquimales y ocupantes de Tierra del Fuego y no hay forma o nivel de cultura que no haya sido asumido por ella. El espacio cubierto habla también del espectro de situaciones culturales abarcado. A la inversa, el ámbito abarcado por los negros es más reducido y, por ende, más uniforme; abarca casi exclusivamente el cinturón tropical. Por ese motivo la cultura de los negros se apoya principalmente en los cultivos tropicales. El territorio de la raza blanca fue originariamente Europa, ubicado totalmente en la zona templada; sólo algunos grupos blancos se radicaron en los trópicos, en África septentrional y en Asia Menor. Esta raza tuvo, junto a grupos culturales significativos, también grupos nomades y de cazadores. Hoy se ha constituido en su totalidad en portadora de la cultura. Finalmente, la raza australiana vive sólo en Australia en un territorio en parte estepa pobre, en parte con características tropicales, y tiene manifestaciones culturales muy primitivas.

La clasificación antropológica, subrayada por la dimensión espacial, corresponde a las diferenciaciones fisiogeográficas de los continentes, las islas, los océanos y de los mares secundarios, los que también influyen por sus dimensiones. En cualquier caso, existe una relación directa entre la magnitud y la independencia, la duración,

el efecto y —al mismo tiempo— la diversidad. Las razas australiana y negra presentan caracteres diferenciales más acentuados que la mongólica; pero como ésta abarca un espacio diez veces mayor que la australiana, ofrece mayores modificaciones y ha alcanzado en la evolución cultural una mayor riqueza.

Proceso de crecimiento

El crecimiento de los territorios ocupados por los pueblos no ocurre por simple yuxtaposición y posterior integración de pequeños espacios, los cuales —de esta manera— se agrandan por un proceso mecánico. El fenómeno ocurre por el desarrollo de espacios mayores que, al crecer, absorben los territorios menores y los penetra por tener una evolución mucho más rápida; los pueblos jóvenes penetran a los viejos y las viejas formas y estructuras son reemplazadas por otras más nuevas. Los nómadas desbordan a los agricultores, los marineros a los pueblos terrestres, los más avanzados culturalmente a los más primitivos, las ciudades al campo. De igual manera, los espacios políticos penetran los espacios idiomáticos y éstos, a su vez, en los espacios raciales. Con independencia de la potencia de crecimiento de un pueblo, existe en todas partes de la Tierra una cierta relación entre espacio y durabilidad y entre espacio e independencia. Cuanto más grande es el espacio, con tanta mayor libertad se desenvuelve en él una parte de la humanidad y menor peligro corre de ser presionado desde afuera; pero mayores son las motivaciones para establecer contactos con otros grupos. Eurasia es el continente más grande y al mismo tiempo el más rico en contactos, y relaciones entre los pueblos.

Con el crecimiento mismo se modifica su propio proceso y su condicionamiento: muy distinto es un desarrollo en un territorio nuevo, sin barreras, a tener que efectuarlo de manera penosa en Europa central, donde cada palmo de terreno costó sangre y el esfuerzo de sucesivas generaciones para poder mantenerlo.

El progreso de los pequeños espacios hacia los grandes.

No es posible afirmar hoy de la Humanidad que su origen radica en tal o cual lugar, como puede hacerse de determinadas plantas o animales. La Humanidad constituye una mezcla de descendientes

de diversos tipos, cuyas diferencias se han ido limando como consecuencia de los cambios exteriores, los desplazamientos y mezclas. Los pequeños espacios de desarrollo se han separado entre sí; pero en cuanto empiezan a crecer, se superponen, se desplazan reciprocamiente y las diferencias comienzan a desaparecer. No existe, empero, ninguna duda que cada raza o cada pueblo ha partido de un área, restringida y que se fue expandiendo hasta que un obstáculo natural o la resistencia de otro grupo humano se le opuso. Este proceso fue seguido por un retroceso que llegó —en muchos casos— hasta la desaparición. Este avance de áreas reducidas hacia otras mayores lo evidencia cualquiera de las grandes razas que hoy pueblan la Tierra, ocupando la mayor parte de las tierras habitables. Todos los grandes agrupamientos humanos fueron, en su origen, de reducida magnitud. El área de Roma, sobre el Tíber inferior, que originariamente no sobrepasaba algunos kilómetros cuadrados, hoy (1899) alcanza más de un millón y medio de kilómetros cuadrados de Europa, cubriendolas con su idioma, costumbres, criterios y sangre latinas. Esta expansión fue precedida, por una ampliación del área de influencia hasta Britania meridional, África y Asia Menor. Desde los chinos, pasando por los alemanes o ingleses, vale la regla, que si exploramos en su antigüedad nos encontraremos siempre con espacios cada vez más reducidos. Por ello la expansión territorial constituye la materialización más evidente y concreta del éxito histórico. Esta afirmación no vale solamente para las distintas razas sino también para las manifestaciones espirituales o materiales de la Humanidad. Aún en los primeros estadios de las ideas religiosas el dimensionamiento espacial es reducido, limitado al horizonte y —al final— por la pequeñaza de la Tierra. En general, a un mayor dimensionamiento corresponde una mayor antigüedad. Todos los pueblos que permanecen en las manifestaciones culturales más primitivas tienen, al mismo tiempo, un dimensionamiento espacial reducido: pequeñas áreas habitacionales, pequeña área de influencia y horizonte limitado. Al estudiar un determinado pueblo hay que tener en cuenta que son de especial valor todas las características que lo impulsan a la formación de grandes espacios de manera permanente.

Los estadios inferiores de índole cultural nos muestran pueblos cuyo número crece lentamente o permanece estable y ubicados en espacios pequeños pero amplios en relación con ese número. De ahí nace la tendencia a la asociación de pequeños espacios débilmente ocupados. Su magnitud depende de los medios de subsistencia, que

ofrezcan; de ahí que pueblos pequeños se vean obligados a una mayor expansión debido a climas rigurosos y tierras improductivas. En Norteamérica, por ejemplo, a medida que se avanza hacia el Norte, los indios ocupaban mayores espacios cada vez con menor número de cabezas. Al crecimiento del espacio abarcado le precedía siempre el del área de influencia y éste —a su vez— era precedido por el crecimiento del horizonte. Un espacio, una vez conocido, originariamente sólo se lo conocía espiritualmente o se lo intuía, tarde o temprano tenía que ser dominado y ocupado.

La ampliación del horizonte no consiste solamente en el descubrimiento de comarcas desconocidas, sino también en el conocimiento exhaustivo de las ya conocidas. En ello estriba todo el progreso ocurrido acerca del conocimiento del mundo. Por ello, esto no sólo significa para los pueblos en movimiento objetivos más lejanos, sino también mejores caminos, audacia, movimientos sin límites, etc. La movilidad estuvo restringida allí donde los estados pequeños quedaron aislados del resto del mundo por obstáculos difíciles de salvar, o escondidos en áreas inaccesibles. Alrededor de las pequeñas ciudades quedaba "todo el mundo". El crecimiento de la población, el comercio y aún las guerras rompieron las fronteras naturales y abrieron camino para avances más lejanos. Seguramente habrá pesado en estos desplazamientos la atracción de suelos ancestrales o la existencia de antepasados.

A la luz de este desarrollo se nos aparece la autoeducación de la Humanidad como las ramas y los brotes de un árbol, cuyo tronco crece lentamente en altura, mientras su copa se densifica paulatinamente. También en el árbol de la Humanidad brotaban —con cada primavera histórica— hojas nuevas que acrecentaban su vitalidad.

El crecimiento de los pueblos y los estados

Las reglas que determinan el crecimiento espacial de los pueblos son, en general, las mismas que rigen para el crecimiento espacial de los estados, que ya he desarrollado en la tercera parte de la Geografía Política. La diferencia fundamental reside en que el crecimiento de los pueblos depende de su capacidad de multiplicación, mientras que el de los estados está condicionado a la voluntad de un conquistador de llevar su dominio mucho más allá de sus fron-

ters, (cuando no ocurre exactamente lo contrario). Por lo dicho, el crecimiento poblacional será siempre más lento que el espacial; de ahí surge la importante ley, según la cual un estado es tanto más fuerte y duradero, cuanto más armónico haya sido el crecimiento del binomio pueblo-estado, y cuanta más correspondencia haya existido entre su territorio político y el ocupado por su población.

Una mayor diferenciación exterior se nota en las fronteras dentro de las cuales se enquisa un estado, mientras que la expansión de un pueblo en crecimiento no conoce ese tipo de limitación, ni tampoco la tiene en cuenta. Una frontera podrá circunscribir a un pueblo a una determinada área por decenios o aún siglos; pero, cuando llega el momento histórico, su desarrollo hace quebrar esas barreras. El mayor ejemplo de un caso así lo brinda Japón, país que permaneció artificialmente encapsulado en sí mismo desde 1634 hasta 1854.

Sin embargo, y pese a la presión exterior de los pueblos occidentales, su natural desarrollo llevó al Japón a buscar nuevos lugares de colonización —o sea, espacios para el crecimiento— tal como lo evidencian sus tendencias más recientes.

A pesar de que algunas fronteras pueden restringir el crecimiento de un pueblo, hay que considerar que el crecimiento como pueblo; recordado no es más que un recurso de su crecimiento como pueblo; recurso que se utiliza para hacer frente a los obstáculos que se presentan al desarrollo. El estado conduce y facilita los impulsos que parten de los pueblos. Todo progreso que acusa una estructura estatal, lo es también para el pueblo al cual sirve. El mayor dimensionamiento espacial de un estado, el consiguiente aumento del tráfico, así como el cultivo de las áreas limítrofes incultas, han favorecido la comunicación de los vecinos.

Esta relación entre el desarrollo espacial de los pueblos y el dimensionamiento de los estados, es general. Ella aparece con mayor claridad en los países negros. Los pequeños estados de la zona del Niilo y de Uelleson, al mismo tiempo, la mayor área de dispersión poblacional. Aquí jamás hubo un estado poderoso que unificara todos los agrupamientos humanos. Los pequeños estados no sólo se caracterizan por una enorme dispersión, sino también por haber impregnado de esa característica a las tribus que se han mezclado con ellos, como los Momfú. En Mangballe ha comprobado Junker "una tribu no muy numerosa al Sur de Uelle, pero totalmente dispersa". En la época de Junker, estas tribus —por imposición de una guerra— habían sido arrinconadas contra la margen

Norte del río, entre Sandeh y Amadi, para luego desplazarse nuevamente hacia el Sur. El cacique Mambangá unificó al Sur de Uelle, en su pequeño territorio, junto con su tribu original (los Mangbattu Barnibó) a los Sandé (provenientes del Norte) y a los Bissanga (originarios de Uelle-Bomokandi). Un área idiomática en Nueva Guinea alemana tiene una dimensión de unos 15 km costeros como promedio; ya 25 km resultan demasiado. El territorio de Tanna, con 7.000 habitantes tiene según Campbell 6 idiomas, según otros, tan sólo 3.

El espacio y la cultura

Ch

El desarrollo de una cultura puede ser gestado en un territorio pequeño, para después crecer hasta ser gran potencia. Pero un desarrollo de esta naturaleza no podrá permanecer en estrecho espacio por tanto tiempo como puede soportarlo un desarrollo político. Grecia, por ejemplo, solo pudo brindar a la cultura oriental un lugar de paso y un área de inserción; pero no territorios de magnitud estable. Un historiador de la capacidad de Ranke observó la importante circunstancia histórica de que Grecia nunca estuvo en condiciones de desarrollar ciudades de gravedad mundial como lo habían logrado Asia Menor, África o Italia. Ello no impidió a la cultura griega abrirse camino en el mundo, de una manera tan rápida y eficaz como ninguna otra antes. El reducido espacio griego condicionó favorablemente esta proyección, obligándola a anticípase; en cambio, perjudicó desde el punto de vista de la potencia política. Los portadores de la expansión cultural fueron numerosos grupos pequeños que ya no constituyan una unidad racial.

A la larga, la cultura no puede ser patrimonio de un solo pueblo ni puede estar circunscripta a un espacio reducido. En su naturaleza misma hay una tendencia a la propagación, puesto que sus portadores son seres que se desplazan; además, porque ejerce su dominio también sobre seres que nunca son tan negados, que no sean capaces de utilizar su dominio, aunque más no sea circunstancialmente. Aún en aquellos lugares —como la India— donde la diferencia entre dominador y siervos es muy grande, los segundos procuran asimilar los niveles culturales del primero, procurando conocer e imitar los motivos de semejante poder.

Ahí donde las circunstancias son particularmente favorables, la propagación cultural se produce de manera muy rápida, como ocurrió con muchos de los pueblos sojuzgados por Roma.

En relación con lo afirmado al final del capítulo quinto acerca de la persistencia y parcial reforzamiento de las condiciones natales que reclama un desarrollo cultural, queremos destacar brevemente la creciente importancia de los intereses económicos (particularmente los del intercambio comercial) en detrimento de las diferencias nacionales basadas exclusivamente en razones idiomáticas. Con ello se devuelve, a la par, una mayor influencia de las condiciones naturales en la formación de los estados, concediéndoles superior importancia de la que se les quería atribuir, especialmente en áreas como Europa Central y Oriental, donde las distinciones territoriales son decididamente anti-nacionales.

El espacio en el desarrollo de los pueblos

En todas las investigaciones destinadas a determinar el origen de los pueblos, el espacio debe ser tenido particularmente en cuenta, pues sin él la vida no puede desarrollarse. Cuantas más diferencias presentaba un determinado espacio vital, tanto más espacio requería para establecer y mantener tales diferencias. Con excesiva frecuencia se ha ignorado que el desarrollo de un determinado grupo idiomático constituye un hecho estrechamente geográfico, desde el momento que requiere espacio para desenvolverse. Un sólo idioma puede mantenerse y aún desarrollarse parcialmente en espacio restringido; pero será análogo a una planta bajo una cámpora de vidrio. Para que alcance su desarrollo natural, tiene que romper las barreras que se oponen a él. Si no lo logra, morirá rápidamente por ahogo y sofocamiento. Porque también con las lenguas se cumple la regla de que lo que no avance, de hecho, retrocede. Cada idioma es como una ramificación singular de un desarrollo que posee otras ramas; por ello, la primera, sólo es explicable dentro de un marco de conjunto y no como un producto aislado. Los idiomas indogermanicos tuvieron, para su desarrollo, un área mucho mayor que el Indu-Koh o "territorios de origen" similares. Cuanto más antiguos son los rasgos característicos de un pueblo, tanto mayor profundidad alcanzan y, normalmente, tanto mayor di-

misión han tenido. De ahí que los rasgos raciales abarquen territorios más dilatados que los rasgos idiomáticos. Por la manera en que se diseminaron las razas y los pueblos, puede afirmarse que los que abarcaron grandes áreas continentales o marítimas presentaron una problemática racial, mientras los que lo hicieron en espacios reducidos enfrentaron cuestiones idiomáticas. Frente al problema del negro empañidecen los peores procesos de consolidación de las nacionalidades en Europa; ante los millones de mestizos y mulatos que habitan Centro y Sudamérica pierde sentido el hablar de una unidad americana. Porque, a pesar de que el continente es uno solo, las diferencias raciales presentan abismos insalvables. En medio de las mayores posibilidades de expansión y comunicación que pueda presentar el continente, los diferentes pueblos presentan exclusiones raciales. Esta verdad inquestionable suele ser omitida, cuando solo se estudia el espacio.

La formación de pueblos ocupantes de grandes espacios solo pudo ser posible por la unión de diferentes razas ocupantes de distintas áreas. Dado que semejante asociación no es posible pensarla sin fusión de razas, (aún cuando una muy débil sea absorbida o eliminada), resultan los mayores estados o territorios de pueblos, los medios más favorables para la igualación de las diferencias raciales. Las colonias españolas y las rusas brindan los mejores ejemplos.

Si se tienen en cuenta las características de ocupación de espacios por parte de los grandes y pequeños agrupamientos humanos, se comprobará de inmediato las consecuencias de la miopía lingüística en la limitación de la búsqueda del origen de la raza blanca restringiéndola a los pueblos indogermanicos. Muchos parecen haber olvidado que África septentrional posee indicios de importantes componentes de la raza blanca, tanto por su antigüedad como por su significado histórico. Aun los pueblos de origen distinto al indogermanico, tanto europeos como asiáticos (los vascos, por ejemplo) quieren ser tenidos en cuenta. Los semitas han sido considerados de vez en cuando; pero más en contraposición con los indogermanos que en función de una hermandad racial. Sólo así se explica que el gran problema de las razas haya quedado relegado detrás del pequeño que originan los grupos idiomáticos.

La lucha por el espacio

La consideración de que todo desarrollo de los pueblos y de los estados (y con ellos, del progreso) sólo es posible sobre el suelo; y la certeza de que todo progreso radica en la apropiación de nuevos territorios, podría haber anulado desde un comienzo muchas teorías acerca del progreso histórico.

Únicamente porque se ha tomado a la Historia como un desarrollo sin suelo, completamente en el aire, podía discutirse si el desarrollo ha sido continuo, discontinuo, lineal, quebrado, en forma de ola o de espiral. La realidad geográfica hace que los movimientos históricos constituyan un continuo desplazamiento hacia nuevos espacios, un avance de un lugar a otro, estirándose o también intruyendo los invisibles hilos que mantienen el enlace con el territorio original. De un proceso semejante se forma, con el tiempo estados-hijos o colonias que posteriormente se independizan de la madre-patria. Inclusive el pueblo que crece, gana con esta expansión. Por ejemplo: la rama aria de los romanos, con el crecimiento del Imperio Romano ganó espacio y fuerza vital, así como ocurrió con los anglo-celtas, pues su rápido desarrollo (a pesar de la independencia de las colonias norteamericanas) logró sobreponer a los teutones.

Cuanto mayor es el espacio, tanto mayores son los contactos que pueden evitar el estancamiento. Los pueblos más expandidos son los que tienen las relaciones más variadas. Si el suelo del territorio que ocupan es favorable para el desarrollo, entonces éste pasa a ser manifestamente preponderante, asumiendo distintas formas y características. Ello constituye una regla de vida muy generalizada. Así como el espacio acrecienta el poder de los pueblos en crecimiento, así ocurre en el campo de la biogeografía que la fauna septentrional desplaza a la meridional por la mayor disponibilidad de espacio; de igual manera, las razas del hemisferio Norte se expanden a costa de las del hemisferio opuesto.

Cuando dos territorios de desigual magnitud se hallan juntos, el mayor de ellos prepondera sobre el más pequeño, como expresión de poder. El área templada norteamericana va a ser siempre más poderosa que la correspondiente de Sudamérica, pues la primera se extiende a lo ancho de la zona templada, mientras que la segunda tiende a disminuir en dirección al Polo Sur. Por lo tanto, Norteamérica posee, en mayor medida, condiciones más favorables que

Sudamérica como son las proporcionadas por una mayor disponibilidad de áreas templadas. El predominio de los alemanes del Sur radica más en la expansión territorial que en la idiomática de la lengua alemana del Norte. Similar es el predominio de los franceses septentrionales en su país, de los ingleses en todo el archipiélago británico, y de los estavos septentrionales dentro de toda la familia eslava. De los grupos humanos radicados en penínsulas, suele tener preponderancia los que se encuentran más próximos a la amplia base contigua al continente: disponen de mayor espacio como para adquirir gravitación. También es posible comparar a los italianos del Norte con los que ocupan el centro de la península, a los eslavos y rumanos de la parte septentrional de los Balcanes con los griegos y ocupantes de Albania, o Rumania con Grecia. La circunstancia de que el territorio ocupado por el pueblo alemán sea el doble del de los franceses, tendrá su efecto cultural y económico, al que se agregarán, alguna vez, el político, a pesar de que Francia —por disponer de menor espacio— tuvo inicialmente un desarrollo más acelerado.

Otra ventaja que deriva de la lucha por el espacio lo proporciona la disminución de las fricciones anteriores. Al ampliarse las zonas de lucha por el progreso cultural, según la ley del crecimiento de los pueblos y los estados, entonces las áreas de lucha son llevadas cada vez "más afuera", los combatientes son separados y su cantidad, disminuida paulatinamente. En el territorio norteamericano, donde hace 400 años pululaban las luchas entre pequeñas tribus, hoy solo existe el enfrentamiento pacífico de dos estados —hijos de países europeos que se han repartido el continente entre sí. La transitoriedad de los grandes imperios constituye una de las grandes enseñanzas de la Historia. Ellos se derrumbaron al perder el asidero con el espacio que —precisamente— les otorga la mayor parte de su poderío. La Historia también nos enseña de la transitoriedad de los grandes pueblos. También ellos desaparecen al perder territorio. Por ello vemos desaparecer con mayor velocidad a aquellos grupos humanos a quienes la naturaleza misma les niega posibilidades de expansión: pueblos insulares o aquéllos que se conformaron con pequeños territorios, (por ejemplo: los fenicios costeros) o, finalmente, agrupaciones humanas reducidas que abarcan amplios espacios sin explotarlos, totalmente (índios americanos, australianos y grupos de Asia septentrional). En cambio, en la competencia de pueblos que han alcanzado los mismos niveles cultu-

rales y similares estadios de expansión, las influencias espaciales no son tan determinantes.

Espacio habitacional y área de influencia

No hay que confundir el espacio habitacional con el correspondiente ocupado por un pueblo. En ello habría una contradicción con la naturaleza móvil y de acción lejana propia de los agrupamientos humanos. Además, con ello restringiríamos el concepto de espacio habitacional. Este constituye una manifestación pasajera. Aún hoy vemos como se amplía el espacio disponible para la Humanidad por nuevos descubrimientos; de igual manera se ampliaron los territorios de pueblos dinámicos a costa de otros menos emprendedores. Tales desplazamientos están tan generalizados y ocurren en tantas partes, que es difícil dar con toda precisión el espacio habitacional de cierto pueblo en un momento determinado. Cada cambio de ubicación, cada desplazamiento, genera cambios. Por eso sólo se pueden materializar fronteras generales para los espacios habitacionales y las áreas de influencia. Por ejemplo: los 31.000 km² de islas ubicadas entre Nueva Zelanda y Hawái y entre Palau y las Islas de Pascua constituyen el territorio de los malayos y polinesios; sin embargo, sus continuos desplazamientos por guerras o en la paz, para colonizar, procurarse alimentos o para robar cubren un área doscientas veces mayor, que involucra más de un tercio del Océano Pacífico.

68.000 km² frente a los 7,6 millones de km² de Australia continental, o sea ciento doce veces mayor. Eran dos territorios desiguales, pero con idéntica densidad de población; el ocupante del mayor de ellos tuvo la capacidad de supervivencia equivalente al de una gran masa poblacional.

La capacidad de absorción de las grandes masas actúa de manera natural. Darío evidenció buen golpe de vista cuando se negó a trasladar su residencia desde las inhóspitas mesetas persas hacia la ciudad de Babilonia, recién conquistada. Su pueblo se hubiera perdido entre las masas de habitantes babilónicos. No se trata aquí, naturalmente, de grupos de magnitud absoluta. Por el contrario, el concepto tiene valor relativo. A pesar del largo dominio que los vikingos noruegos ejercieron sobre las Hébridas, el elemento germánico surgió ante el galés, porque sus colonizadores eran pocos y las mujeres extranjeras también escaseaban. Recién a través de los ingleses pudo volver a surgir. Por siglos, la immigración germana hacia Irlanda se perdió en el predominio numérico de los céltas. El destino de los compañeros de Colón en Haití, después de su primer viaje es uno de los tantos ejemplos que presenta la colonización de territorios recién descubiertos. Existen en la Humanidad suficientes restos donde se corren los flujos de pueblos que otra vez debieron ser de mayor magnitud.

En todos los espacios, la seguridad se acrecienta para los pueblos que los ocupan de manera densa y uniforme, aferados mejor a ellos, que si los ocuparan de manera irregular y poco densa.

Pueblos de grandes y pequeños espacios

El espacio como protección

Los amplios espacios otorgan a las distintas formas de vida que los utilizan para expandirse, de la protección que dan las grandes distancias, (al dificultar la agresión de otros entes y al facilitar la defensa. Por eso vemos que la competencia entre pueblos fuertes y débiles se resuelve más rápidamente en espacios pequeños, porque ellos no proporcionan posibilidad de eludir una decisión. Los Tasmania no eran mucho más atrasados que los australianos. Sin embargo, los primeros han desaparecido, mientras que los segundos pudieron repliegarse hacia el Norte y Este. Tasmania tiene solo

La magnitud del horizonte geográfico influye sobre el criterio y la voluntad de los pueblos, al conformar pautas acordes con los espacios que serán abarcados. En todos los estadios de la cultura observamos cierto disgusto de los pueblos en sobrepassar sus fronteras, las ventajas de los espacios pequeños fueron formuladas hasta filosóficamente por los antiguos griegos, quienes —por sus extraordinarios logros en el campo cultural— parecen que no necesitaron de grandeza política por no haber sabido independizarse de la pequeñaza del territorio que les sirvió de cuna. Mayor pequeñez territorial evidencian los pueblos naturales que se encierran en pequeños

espacios y en organizaciones tribales o familiares, con horizontes geográficos que no exceden un par de días de marcha. Como consecuencia de ello, tienen un cabal concepto acerca de su magnitud y poder; pero ningún entendimiento para un gobierno unitario de un territorio mayor. Con tales condiciones de aislamiento, apenas aparecen otras relaciones que un comercio autoctono, y contactos que no sean los familiares.

El temor ante el invasor o intruso separa en el orden moral tanto como las fronteras separan en cuanto a espacio. Al penetrar el comercio a cargo de extranjeros en esas islas, destruye infaliblemente su consistencia. Lakengo fue suficientemente astuto cuando se aseguró las ventajas del comercio con mercados fronterizos, sin dejar por ello penetrar en su país a los comerciantes extranjeros. Por lo general, los extraños solo entran como huéspedes de los príncipes, no sin recurrir al consejo de los más ancianos. Nosotros consideramos que esas medidas de protección son necesarias en espacios tan reducidos. Se mezcla con estas consideraciones un motivo profundo, que actúa de manera poderosa e instintiva a la vez. En estadios inferiores de cultura los pueblos procura aislarse para formar su personalidad, ya que las corrientes interiores que más tarde darán origen a las nacionalidades, no poseen fuerza suficiente. Los pueblos primitivos necesitan de espacios reducidos para encerrarse en ellos y dominarlos, para tener conciencia de sí mismos y para poder continuar de esa manera. Ellos sienten instintivamente que si modifican las áreas que ocupan, penetran, en su agrupamiento humano elementos nocivos con consecuencias imprevisibles pero siempre negativas. Un pueblo montañés no podrá anexar un territorio llano sin sufrir perjuicio, así como un pueblo originario de bosques no puede salir a campo abierto sin debilitarse en la fuerza natural que la montaña o el bosque otorgaron, respectivamente.

El espacio naturalmente pequeño tiene la ventaja que el pueblo que lo ocupa lo conoce temprano en toda su magnitud, lo asume totalmente, explota todos sus recursos y por esos motivos se identifica plenamente con él. Además, los pequeños espacios densifican la población, ponen anticipadamente en contacto a los seres, los fuerzan a la cooperación y a la coordinación de sus elementos culturales, todo lo cual genera una anticipada madurez de esa cultura, que puede luego proyectarse exteriormente con gran fuerza. El poder político involucrado en el mismo proceso apoya esa expansión y

así venimos en islas, oasis, franjas costeras, y valles a pequeños pueblos crecer con plena conciencia tribal o nacional que, cuando las condiciones se presentan favorables, se proyectan sobre espacios mayores. Si a esta madurez sigue un proceso de decadencia, manifiesta en suero la conciencia tribal fundada sobre elementos geográficos y su capacidad de renovación, como ha sido demostrado por los italianos, griegos modernos y daneses. A pesar de muchos años de dominación extranjera, Italia mantuvo firmemente su idea de unidad a lo largo de siglos.

Una forma común de expansión menor la constituye la fundación de ciudades, las que —bajo la protección de sus murallas y pueras, frecuentemente en combinación con obstáculos naturales— formaban centros de colonización en territorios extraños. Precisamente, la protección que brinda la concentración impide dimensionar a las ciudades más allá de ciertas magnitudes. Por eso la presencia de alemanes en la mayor parte de los países del Este europeo se limitó a pequeñas localidades, frecuentemente dispersas. Un anillo de ciudades alemanas como el que conjugan Olmütz, Brünn, Igau y Budweiss no es lo normal. Efectivamente: ciudades alemanas aisladas en Bohemia pagaron su tributo ya durante las guerras husitas. Sobre la importancia histórica y las características políticas de las ciudades, ver en la Geografía Política el capítulo "La ciudad-estado y la ciudad en el estado".

El espacio en el espíritu de los pueblos

Todos los pueblos que se autoimpusieron la misión de expandirse en grandes espacios, tuvieron —en su lucha por impedir la disminución de su poder como consecuencia del aumento de las distancias— una idea amplia del espacio en su concepción espiritual. Esto vale tanto para los pueblos pastores que inundaron amplios territorios, como para los modernos pueblos colonizadores que en pocos decenios hicieron sentir en medio mundo la presencia del arado, la locomotora y el buque a vapor. Esta gran concepción espacial, que entre los pastores nómades es sólo una fuerza primitiva, facilitada por su mayor movilidad debida a la crianza de ganado, cobra entre los representantes de las culturas superiores el carácter de síntesis de todas las conquistas científicas y técnicas; inclusive, entre pueblos ubicados a la fuerza en espacios estrechos, esa síntesis constituye una característica ineludible del nivel cultural.

Los norteamericanos y australianos de origen germano-céltico poseen el tipo de los pueblos conquistadores de grandes espacios en una magnitud nunca conocida. Cuando Ralph Waldo Emerson se jacta de la magnitud de Norteamérica y de las consiguientes motivaciones que genera, no sólo se refiere a la grandeza de los proyectos políticos que por vez primera transforman a todo un continente en una unidad política, o a la sobresaliente capacidad económica; se refiere también a la total concepción y ordenamiento de la vida, particularmente a las leyes (de las cuales espera grandes objetivos y concepciones) en oposición a Europa, con sus numerosas barreras políticas y nacionales que generan frecuentes contradicciones internas, motivadoras de fricciones y desgastes. De todas maneras, el amplio y nuevo espacio motiva una renovación que pueblos más antiguos no pueden permitirse. El trabajo espiritual que significa vencer la resistencia que ofrecen los grandes espacios tanto en tiempo como en distancias, se materializa en los rendimientos del tráfico, y en detalles tales como la fabricación de locomotoras pesadas y enormes vagones (con capacidades de carga tres o cuatro veces superiores a los alemanes) debidos a los grandes rendimientos de la industria siderúrgica norteamericana. La cantidad de recursos naturales que invitan a su explotación, impregnan a

semejante pueblo de un sentido muy pragmático. Los problemas económicos preocupan a todos los espíritus. También a los rusos se les atribuye la virtud de ver en cada cosa la utilidad inmediata y la realidad de la vida. Los pueblos conquistadores se caracterizan siempre por su permanente espíritu inventivo, por un lado y por la adoración del dinero, en el otro.

Hasta donde llega la Historia escrita, nunca se produjo la colonización de todo un continente bajo conducción unitaria. Siempre se trató de la colonización de pequeñas partes de esas grandes superficies que llamamos continentes. No pueden generalizarse los procesos, al punto de considerar a las guerras entre griegos y persas como luchas entre Asia y Europa, o a las guerras púnicas como conflictos europeo-africanos. Se trata de pequeñas acciones que involucran sólo a una parte de la humanidad de África o Asia y a fragmentos de humanidad europea. Distinta será la perspectiva y los efectos si toda Norteamérica (unificada por un idioma, ciertas costumbres, una concepción y un gobierno) aparece sobre el escenario mundial, lo mismo que Australia, Rusia asiática y aún Sudamérica. Ese sería el caso que R. W. Emerson tenía en mente cuan-

do dijo: "La Geografía de América da la sensación que nosotros interviniémos en el juego (político) con gran ventaja, y que aquí y no allá (en Europa) estará el asiento y el centro de la raza británica".

Las jóvenes sociedades de origen anglosajón-céltico y teutónico en EE.UU. y de Australia están muy separadas en el sentido espacial; pero están muy unidas por su criterio espacial amplio. Su origen solamente no explica su aproximación; más bien ella radica en la comunidad de intereses. La problemática territorial, racial, migratoria, de la especialización de mano de obra, junto con la acumulación de capitales y latifundios, mueve a ambos estados por igual. Resulta muy atractivo contemplar como los jóvenes y móviles semiescudados de Australia bajo la protección de una cierta irresponsabilidad, tratan los grandes problemas, mientras los maduros y responsables Estados Unidos los siguen con menor velocidad. Naturalmente que la política de los norteamericanos destinada a monopolizar el continente encuentra su eco en Australia, que tratan de evitar toda presencia extraña en su propia área.

Determinación de la magnitud de los territorios de los pueblos

Para la determinación de la magnitud de los territorios de los pueblos sólo hay pautas cuando éstos coinciden con la división política. Pero ello ocurre ocasionalmente y sólo con territorios pequeños. No hay en toda Europa un territorio étnico que sea, a la vez, un estado.

Una visión meramente superficial nos hace ver en Italia, como estado nacional, incluir a 120.000 franceses, 70-80.000 albaneses, 15.000 griegos, casi 20.000 alemanes, unos 40.000 eslavos y otros tantos judíos, los que no pueden modificar el carácter nacional italiano frente a 31 millones con esa nacionalidad. Una visión más desarrollada nos permitirá comprobar que aún países tan pequeños como Montenegro carecen de unidad étnica. Si, además, se tienen en cuenta los 850.000 italianos radicados en Austria-Hungría y Suiza, se comprobará que el contorno de un territorio político resulta arbitrario freno al correspondiente de orden étnico.

La comprobación de la magnitud de un territorio correspondiente a un determinado pueblo se ve dificultada por la dispersión y los

complejos desplazamientos del mismo. Sólo un estado fuerte, como Francia, pudo lograr tener unidad idiomática en su territorio, con la ventaja de tener por vecino a Alemania, país que le permite establecer una clara separación cultural a ambos lados de las fronteras comunes. Sin embargo, Francia no alcanzó plenamente ese objetivo; sabido es que Alsacia y Lorena constituyen zonas de transición. Semejante propósito es, en realidad, inalcanzable. Lo normal es la mezcla más diversa de pueblos, la que suele extenderse hasta los caseríos más ínfimos, en las mismas casas, chozas y aún muebles. Comparar, en este sentido, el capítulo "La ubicación".

RUDOLF KJELLEN

Rudolf Kjellen nació en 1864 en Suecia y falleció en 1922. Fue profesor de derecho político en la Universidad de Gotemburgo, donde desarrolló y continuó la concepción de Federico Ratzel, en relación con el estado y el poder. Sus trabajos ejercieron gran influencia en Alemania, especialmente a través de *El estado como una forma de vida*, publicado en 1918. En él condensa su pensamiento y teorías acerca de la vida política de los pueblos y estados. Se lo considera el creador del término "geopolítica" en su afán de llevar el estudio del estado del campo legal al campo de las ciencias socio-geográficas. Consideraba al estado como un ser vivo que crecía, se desarrollaba y moría, y cuyo principal atributo es el poder.

AUTARQUIA

por Rudolf Kjellen

El peligro de la dependencia económica

El Estado es el hogar de sus ciudadanos. En él deben tratar de satisfacer todas sus necesidades materiales, y el país debe estar organizado con el fin de servir este propósito. Si embargo, a veces las necesidades de la población superan al Estado; entonces debe tratar de satisfacerlas de otra forma, fuera de sus límites. En este aspecto, atendiendo a las necesidades materiales de la población y al sistema económico establecido, el Estado actúa como un organismo económico o como una comunidad. La doctrina del Estado como una comunidad es la que recibe el nombre de política económica.

Una de las principales misiones que corresponden a una política económica es la de observar los movimientos de la producción y del capital entre los estados. El estado que tiene que vender algo, debe hacerlo por medio de la exportación, ya se trate de mercaderías, materias primas, de productos terminados o simplemente de capital. Aquí nace la diferencia fundamental entre los estados acreedores y los estados deudores; las relaciones entre los Estados Unidos e Inglaterra en lo que se refiere a las materias primas, y entre Francia y Rusia en cuanto al capital, son ejemplos históricos y mundiales. Revelan cómo las necesidades de las comunidades crean vínculos políticos.

Las consecuencias de esto son de gran alcance, tanto que, en

realidad, pueden llegar a dictar la política de un país. El país que tiene un excedente debe utilizarlo para alimentar a todas sus bocas con los beneficios que produce. Inglaterra, que posee una cantidad de habitantes tres veces superior a la que puede alimentar con sus propios recursos, depende de sus exportaciones. No necesitamos ahondar más en esta situación bien conocida, pero podemos prestar atención a algunas de las consecuencias políticas que ocasiona. Inglaterra debe ejercer el libre comercio, en parte por su propia conveniencia, a fin de que los precios de la materias primas que tiene que importar no se eleven, y en parte por la conveniencia de los demás, para que sus propios productos lleguen a los mercados extranjeros. Con este último fin Lauzó, alrededor del año 1890, el lema de la "puerta abierta" destinado principalmente a los países de ultramar. Inglaterra también depende del libre acceso a esos territorios extranjeros. En consecuencia, debe mantener el dominio del mar, y para conservarlo eliminar a todos los competidores. Es evidente que al mismo tiempo tiene muchas razones para asegurar su dominio sobre esas tierras extranjeras, por medio de la colonización. Advertimos así que todo el problema político de Inglaterra es más que nada de carácter económico.

Todos los demás estados occidentales se enfrentan más o menos con el mismo problema, cuya importancia depende de lo que hayan avanzado por el camino del imperialismo. Francia, con su excedente de capital, y los Estados Unidos, con su gigantesca superproducción, reclaman similares derechos a la expansión, aunque las cifras de su población en ningún modo justifican la expansión territorial. En consecuencia, los períodos en que las naciones están superpobladas y poco pobladas, no siempre coinciden con períodos de superproducción y de baja producción, o de excesiva y escasa capitalización. No obstante, la política de todos los estados está determinada por el predominio de una u otra circunstancia.

La economía de Inglaterra se caracteriza por la abrumadora importancia del comercio que regula la corriente de las mercaderías, en el que los productos terminados representan la principal exportación y las materias primas la principal importación, del mismo modo que las venas y las arterias regulan la circulación de la sangre. La economía de Rusia es diametralmente opuesta a la de Inglaterra —es del tipo de comunidad y su centro de gravedad se halla en sus necesidades alimenticias primarias. Es puramente agraria. Como a la industria, al comercio le corresponde allí un papel

secundario; Rusia exporta principalmente materias primas, importando los productos industriales. Aunque su balanza comercial es activa, su balanza de pagos es pasiva, como consecuencia de los préstamos que el Estado ha necesitado para atender a sus necesidades financieras. Rusia es una nación deudora, a pesar del importante volumen de sus exportaciones.

Observando el pasado de las naciones más civilizadas, hallamos similares condiciones primitivas en sus comienzos económicos. Por lo tanto, el contraste entre los tipos colonial y civilizado, representa simplemente etapas del mismo desarrollo. La experiencia nos ha demostrado que la industrialización es un proceso general que afecta más o menos a todas las naciones europeas, y que lentamente va extendiéndose también hacia el Oriente. Pero también advertimos que esta evolución lleva, al final, a una dependencia de los países extranjeros que es tan poco satisfactoria como el estado retrogrado e imperfecto de las colonias. En la cima de un glorioso e imponente desarrollo, Inglaterra encuentra que tiene las manos más atadas que cualquier otra gran potencia. Nunca podrá ir a la guerra contra los Estados Unidos: sería literalmente un suicidio porque —en el actual estado de cosas— con ello privaría a su industria del principal mercado de materias primas, y a su población de su fuente principales de abastecimiento. Este es un caso en el que las necesidades vitales impiden que se haga una política independiente.

Autarquía

En consecuencia, el sistema económico ideal no debe buscarse en ningún extremo, sino en un justo término medio. La solución del problema económico general, el equilibrio entre el superdesarrollo y el desarrollo colonial, se llama autarquía. Busca satisfacer las más importantes necesidades del país dentro de su propio territorio, y a éste lo consigue con una producción y un consumo perfectamente engranados que, si fuera necesario, pueda existir por sí mismo completamente aislado. Este sistema económico no toleraría un predominio absorbente de la industria y del comercio, con su secuela de dependencia de las naciones extranjeras, ni un predominio de la agricultura, a expensas de un mayor desarrollo cultural. Más bien, procuraría un armonioso intercambio y una complementación de

las diferentes ramas de la actividad económica, de manera que las diversas necesidades de un pueblo que tenga un elevado grado de desarrollo cultural puedan ser satisfechas dentro de sus propios límites.

La autarquía, por lo tanto, no es más que la individualidad económica del Estado, del mismo modo que su territorio físico es su individualidad geográfica, y su nacionalidad su individualidad étnica. La política económica se convierte en un sinónimo de la geopolítica y también coincide con la europolítica, que exige una población homogénea. Las economías autárquicas difieren nacional y geográficamente. Así, de acuerdo con la ley de la vida totalmente organizada, la personalidad del Estado se refleja en sus diversos aspectos.

Lo primero que nos llama la atención cuando aplicamos esta ley general es su reacción contra el tipo industrial del siglo XIX. Este era fundamentalmente cosmopolita; en nombre del libre comercio exponía a las naciones a competir en el mercado mundial, donde el fuerte siempre ha conseguido dominar al débil. Sufrió su primer revés cuando se adoptó el sistema protectionista durante la segunda mitad del siglo. En este caso, el Estado actúa en defensa de su propia comunidad. Cierra el camino a los conquistadores extranjeros, por medio de tarifas, detrás de las cuales puede prosperar la economía nacional, del mismo modo que una planta en un vivero.

Pero el principio autárquico no se limita a esterilizar a la nación detrás de barreras de tarifas. Crea un vasto sistema, que reemplaza a las "puertas abiertas" por "esferas de interés cerradas" (Dix). Nada demuestra la superioridad victoriosa de este principio mejor que el hecho de que la propia Inglaterra lo haya adoptado; sus pactos más recientes —partiendo del convenio francés de 1904— tienden claramente hacia este objetivo. Procura Inglaterra el establecimiento de los mercados reservados en vez de la competencia en los mercados libres. El programa de José Chamberlain de "unión comercial" con las colonias autónomas —que, después de considerables dificultades, parece hallarse ahora en camino, en vista de la experiencia de la Primera Guerra Mundial—, no es más que un cierre de la esfera económica de interés, en favor de la nación inglesa. El hecho de que el libre comercio ha de ser sacrificado a este objetivo revela más claramente el poder de esta nueva tendencia.

El problema de Alemania es en realidad el mismo de Inglaterra. También ella debe asegurarse un mercado para la compra de mate-

rias primas y la venta de productos terminados. Trata de solucionarlo asegurándose una especial esfera de influencia. Solamente diríen los caminos por los cuales ha de alcanzarse: Inglaterra ya lo posee en un vasto imperio, y lo único que tiene que hacer es cerrarlo a los competidores extranjeros. Alemania, por el contrario, antes tiene que crear esa esfera. En tanto que Inglaterra obtiene su propósito mediante la concentración, Alemania solo podrá alcanzarlo mediante la expansión. Aquí hallamos el programa "Berlín a Bagdad" y una esfera centroeuropea de influencia, cuya base es una libre federación de los distintos estados interesados. En otras palabras, consideramos a la economía primaria —agrícola— del Levante como un complemento de la industria alemana.

El problema de la Europa central, en sus distintas fases, es entonces de carácter económico. La Guerra Mundial, que casi asistió a las potencias centrales de los demás mercados del mundo, ha dado a este programa una especial importancia, y asimismo hizo que el último Tercer incrédulo que entre ellos había, se convenciese de la necesidad de la auto-suficiencia. Hace ya tiempo que hubieran tenido que asentir, si en su hora de necesidad no hubieran podido transformarse casi por completo en el Estado comercial exclusivo que Fichte preveía ya en 1800, y que es sólo otro nombre de la esfera de influencia aislada y autosuficiente.

Hasta aquí hemos examinado el problema solamente desde un lado —el del estado industrializado. Desde el punto de vista del Estado agrario la necesidad es inversa; en este caso el objetivo es la creación de una industria independiente, con el fin de que las exportaciones y las importaciones puedan ser reemplazadas por la distribución interna. Este era el fin que perseguía el "sistema Witte", en Rusia, a fines del siglo, el cual consideraba que los pactos de comercio rusogermanos que estaban en vigor, eran obstáculos para la liberación económica de Rusia. Por lo tanto, el fin perseguido es el mismo que en el primer caso —un exacto equilibrio entre las necesidades económicas primarias y secundarias. Una de las medidas con que se llega a alcanzar esto, es siempre la misma: un sistema de tarifas, que es doblemente necesario cuando una industria debe ser construida desde sus cimientos debido a su reducido espacio, para Rusia lo mejor es la concentración —en curiosa coincidencia con Inglaterra— de acuerdo con la ley de que los extremos se tocan. Solo en un punto la marcha de Rusia hacia la auto-suficiencia está acompañada por ambiciones expansionistas,

Busca una salida natural para su producción a través de los Dardanelos. *Límites de la autarquía*. El principio de la auto-suficiencia actúa en distintas formas en los estados que nos rodean. Pero aquí corresponde una palabra de aviso. Este principio no debe convertirse en un fetiche cuyos adoradores dejan de reconocer la importancia y la necesidad de un intercambio internacional de mercaderías.

El Este de Asia, con sus estados estancados detrás de sus pueras herméticamente cerradas (China, Corea, Japón ; Sic!) ha sido hasta hace poco un ejemplo alegreñador. Tal sistema obstaculiza el desarrollo natural y, por lo tanto, frustra sus propios fines. La auto-suficiencia económica no debe echarse a expensas del crecimiento de la nación; éste depende del comercio normal con otros estados y naciones.

El sistema del Estado futuro, en consecuencia, ha de mantener un intercambio de mercaderías entre las distintas comunidades. En la distinción entre los distintos grados de crecimiento ha de conservarse un elemento de "división internacional del trabajo", un sistema de equilibrio entre los estados que son principalmente agrícolas y los que son principalmente industriales. Las importantes variantes de los tipos de cultura superior y de cultura colonial deben ajustarse entre sí hasta el mismo punto en que la comunidad obtiene su independencia autárquica, para favorecer a un sistema que intercambia materias primas por materias primas, y productos industriales por otros productos industriales.

Ya en 1902 formuló Pohle esta ley de un intercambio natural de productos, y en 1916 Harms lo señaló como una definida tendencia de la economía nacional de la época. Otro corolario del desarrollo autárquico es el fortalecimiento del comercio interno a expensas del comercio extranjero.

Este principio también arroja luz sobre la importante cuestión de la política económica, que se refiere a la orientación internacional o a la "diferenciación territorial" (Harms) del comercio. Sus cifras escuetas revelan todos los grados de dependencia e independencia. Sabemos que el vasallaje de Portugal con respecto a Inglaterra se inició en 1703 por un tratado comercial; aún se refleja en sus exportaciones, de las cuales un 40% va a Inglaterra. Sin embargo, su dependencia es relativamente reducida si se compara con la de México hacia los Estados Unidos: un 50% de las importaciones y el 66% de las exportaciones. El peligro que corre el control de Inglaterra sobre el Canadá está, también, expresado en el balance del comercio

de la colonia con los Estados Unidos: el 60% de todas las importaciones. La superioridad económica de Alemania sobre Rusia queda evidenciada por cifras similares: la mitad de las importaciones de Rusia vienen del Reich y un tercio de las exportaciones se dirigen a él. Por otra parte, vemos una sólida base para una Europa Central unida en aquellas estadísticas comerciales que, aún antes de la Primera Guerra Mundial, mostraban una participación alemana del 40% en el intercambio total de Austria-Hungría. El comercio insinuante que se realizaba entre Suecia y Noruega oficialmente facilitó la disolución de su unión.

En su legislación comercial, el Estado tiene numerosas posibilidades de regular las relaciones comerciales con otras potencias. La derogación de la "Ley Internacional" sueco-noruega, en el año 1897, fue en realidad un presagio de la disolución de su unión, en tanto que la introducción de tarifas preferenciales por parte de las colonias inglesas sirvió sólo para fortalecer los lazos con la madre patria. En este último sistema —el de las tarifas diferenciales— el Estado moderno tiene un poderoso instrumento para perseguir fines puramente políticos. También se ha utilizado en el intercambio entre estados independientes, como los Estados Unidos y el Brasil (para el maíz del primero y el café del segundo), y en el futuro puede representar un papel cada vez más importante en la formación de grupos de naciones.

Es evidente que el cuidado de su propia independencia induce, a los pequeños estados, a actuar con precauciones antes de acercarse demasiado a un estado grande por medio del intercambio comercial. Una consecuencia de esto fue la oposición que en 1906 y en 1911 llevó en Suecia el tratado comercial alemán. Es preferible una distribución uniforme entre los distintos clientes; la producción también debe ser distribuida uniformemente. El concepto de la auto-suficiencia prohíbe la adopción de la tendencia unilateral llamada "monocultivo". Grecia, con su predominante producción de pasas de Corinto, que provoca constantes crisis económicas, puede servir como ejemplo alegreñador.

Por el contrario, la misión de todo estadista debiera ser la de desarrollar las potencialidades de su país en las distintas direcciones que permita su naturaleza, de acuerdo con acertados principios económicos. Cada victoria que se obtenga en esta tarea no sólo representa un riesgo menor en épocas de crisis, sino también un beneficio neto para la economía nacional, que puede así votar una partida de gastos

en su balance comercial. Cuando Suecia comenzó hace medio siglo a satisfacer sus necesidades de azúcar por medio de la producción nacional, eliminó sus importantes importaciones de caña de azúcar. Y si pronto podemos, como esperamos, hacer frente a nuestras necesidades de energía eléctrica, utilizando los saltos de agua y la producción de turba, en vez del carbón inglés importado, no sólo evitaremos un gasto anual de 100 millones de coronas, sino que también nos independizaremos de la presión política inglesa. La Primera Guerra Mundial ha demostrado lo poderosa que puede ser esa presión: arrastró al conflicto tanto a Italia como a Grecia. Por otra parte, los inventos alemanes, que han remplazado en el Reich al ácido nítrico y al cancho, muestran la forma en que la política económica, como instrumento directo de la defensa nacional, puede ser de vital importancia para la vida del Estado mismo. Una política económica perspicaz es un eslabón de la lucha del Estado por la supervivencia. Nunca lo ha sido tanto como en nuestro tiempo, en que se advierte una preponderancia de intereses puramente materiales. Este imperativo crea en todo momento incontables problemas que el arte del gobierno debe resolver. Son distintos en todos los países, variando de acuerdo con su estructura especial, pero en todos converge la necesidad de la autarquía como solución común. Cuanto más se considere a la autarquía como la base de la autoconservación de un Estado, más clara aparecerá la exacta solución de toda cuestión que se presente. Finalmente, no debemos descuidar el hecho de que una justa autoridad representa la mayor salvaguardia para el desarrollo de la verdadera solidaridad en la vida económica del Estado. Cuando esta solidaridad desaparece ante la competencia entre el productor y el consumidor, pueden producirse conflictos de gran alcance que debilitan el país. Los aumentos de precios registrados durante la Guerra Mundial son ejemplos adecuados, pero esto ya es cuestión que más corresponde a la política social que a la política económica.

HALFORD JOHN MACKINDER

Sir Halford John Mackinder nació el 15 de febrero de 1861 en Gainsborough, Lincolnshire, Inglaterra, y murió en el mismo país el 6 de marzo de 1947 en Parkstone, Dorset. Fue profesor de geografía en la Universidad de Londres y miembro del Parlamento Británico de 1910 a 1922. Después de la Primera Guerra Mundial desarrolló sus conceptos fundamentales de geografía política, los que sirvieron de base para las recomendaciones para una paz duradera contenidas en *Ideales y realidad democrática*, publicado en 1919. En 1943 publicó *El mundo redondo y la conquista de la paz*.

En su concepción, el mundo está dividido en dos áreas básicas, una de las cuales es Eurasia o el "heartland" que gradualmente prepondera sobre el poder marítimo del resto del globo, incluyendo los continentes no involucrados en Eurasia. Con sus trajes bajos, de neto corte pro-imperialista, pretendió establecer una "nueva geografía" que sirviera de puente entre las ciencias naturales y las humanísticas.

EL PIVOTE GEOGRAFICO DE LA HISTORIA

Por Halford J. Mackinder¹

Cuando en un futuro lejano se dediquen los historiadores a estudiar estos siglos que hoy vivimos, y los vean a grandes rasgos, como ahora se nos aparece la época de las dinastías egipcias, es muy posible que consideren a los últimos 400 años como la época colombina, y que digan de ésta que finalizó poco después del año 1900. Ultimamente ha sido un lugar común el considerar a la exploración geográfica como casi terminada, y se reconoce que la Geografía debe seguir otro camino tomando como propósitos el estudio intensivo y la síntesis filosófica. En 400 años se ha completado el contorno del mapa con una exactitud aproximada, y hasta en las regiones polares los viajes de Nansen y de Scott han limitado muchísimo las últimas posibilidades de hacer descubrimientos sensacionales.

Pero el comienzo del siglo XX es apropiado para considerarlo como el fin de una gran época histórica, no sólo a causa de este hecho, por importante que sea. El misionero, el conquistador, el agricultor, el minero y, hace poco, el ingeniero, han seguido tan de cerca las huellas del viajero, que el mundo, en sus límites más remotos, apenas ha sido descubierto cuando ya debemos informar de su conquista política virtualmente absoluta. En Europa, América del Norte, América del Sur, África y Australia, apenas se encuentra una región sobre la que

¹ Conferencia pronunciada ante la Sociedad Geográfica Real (Londres), el 25 de enero de 1904; reproducida en *The Geographical Journal*, vol. XXIII, p. 421 y ss.

se pueda hacer valer una pretensión de posesión, a no ser como resultado de una guerra entre potencias civilizadas o semicivilizadas. Hasta en Asia, estamos probablemente asistiendo a las últimas jugadas de la partida comenzada por los jinetes de Yermak el Cosaco y los marineros de Vasco de Gama. Hablando en términos generales, podemos establecer un contraste entre la época colombina y la precedente, estableciendo como característica esencial de la primera la expansión de Europa, contra una resistencia casi despreciable, mientras que la Cristiandad medieval estaba acorralada en una pequeña región y se hallaba amenazada por la barbarie externa. De aquí en adelante, en la era poscolombina, nuevamente nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados. Es muy distinto el efecto que causa una granada que cae en un terraplén y el de otra que cae en medio de los limitados espacios de la rígida armazón de un gran edificio o de un buque. Probablemente, es una semiconciencia de este hecho la que hace que una gran parte de la atención de los estadistas de todo el mundo se traslade de la expansión territorial a la lucha por una relativa eficiencia.

Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa, de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas. Por primera vez podemos percibir algo de las verdaderas proporciones que tienen los acontecimientos y las características cuando se muestran en el escenario de todo el mundo y podemos buscar una fórmula que expresará, hasta cierto punto, algunos aspectos de la causalidad geográfica en la historia universal. Si la suerte nos acompaña, esa fórmula tendrá un valor práctico al hacernos ver en perspectiva algunas de las fuerzas que compiten en la actual política internacional. La conocida frase sobre la marcha del imperio hacia el Oeste es una tentativa empírica y fragmentaria. Esta noche me propongo describir las características físicas del mundo que, a mi parecer, han sido más coercitivas para la acción de Londres y presentar algunas de las principales fases de la historia en una relación orgánica con ellas aun en que la geografía

las conozca. Mi propósito no será el de discutir la influencia de esta o aquella clase de características o hacer un estudio de geografía regional, sino más bien el de mostrar la historia humana como una parte del organismo mundial. Reconozco que sólo puedo alcanzar un aspecto de la verdad, no tengo ningún deseo de desviarme hacia un materialismo excesivo. Es el hombre y no la naturaleza quien inicia, pero es la naturaleza quien dirige en gran parte. Estoy más interesado en el control físico general que en las causas de la historia universal. Es evidente que sólo puede esperarse una primera aproximación a la verdad. Seré humilde ante mis críticos.

El desaparecido profesor Freeman sosténía que la única historia que tiene importancia es la de las razas mediterráneas y europeas. En cierto sentido, por supuesto, esto es cierto, porque fue entre esas razas donde se crearon las ideas que han hecho dueños del mundo a los herederos de Grecia y Roma. En otro sentido, y muy importante, esta limitación tiende a sujetar el pensamiento. Las ideas que van a formar una nación en oposición a un simple amontonamiento de animales humanos, generalmente han sido aceptadas bajo la presión de una tribulación común, o ante la común necesidad de oponer una resistencia a una fuerza externa. La idea de Inglaterra fue forjada en la heptarquía por los conquistadores daneses y normandos; la idea de Francia fue creada por los hunos en Chalons, compitiendo con los irancos, los godos y los romanos, y durante la guerra de los cien años contra Inglaterra; la idea de la cristianidad nació en las persecuciones romanas, siendo madurada por las cruzadas; la idea de los Estados Unidos no fue aceptada, desapareciendo el patriotismo colonial y localista hasta que se produjo la larga guerra de la independencia; la idea del imperio alemán sólo fue aceptada a disgusto por la Alemania del Sur, después de una guerra contra Francia en unión de la Alemania del Norte. Lo que yo puedo describir como la concepción literaria de la historia concentrando la atención sobre las ideas y sobre la civilización, que es su producto, nos haría perder de vista los movimientos más elementales cuya presión es por lo común la causa de que existan los esfuerzos en que se nutren las grandes ideas. Una personalidad repulsiva cumple una valiosa función social al unir a sus enemigos y precisamente a causa de la presión que ejercía la barbarie externa obtuvo Europa su actual civilización. Os pido, por lo tanto, que por un momento miréis a Europa y a la historia europea como subordinadas a Asia y a la historia asiática, porque la civiliza-

ción europea es, en un sentido muy real, el producto de la lucha secular contra la invasión asiática.

El contraste más notable que muestra el mapa político de la Europa moderna es el que presenta la vasta zona de Rusia que ocupa la mitad del continente y los reducidos territorios que ocupan las potencias occidentales. Desde el punto de vista físico hay, por supuesto, un contraste semejante entre las interrumpidas tierras bajas del Este y el rico complejo de montañas y valles, islas y penínsulas que forman el resto de esta parte del mundo. A primera vista parecería que en estos conocidos hechos hallamos una correlación entre el medio natural y las organizaciones políticas, tan evidente que apenas valdría la pena de hacer una descripción especialmente cuando advertimos que en toda la llanura rusa un invierno helado se opone a un cálido verano, lo que hace que las condiciones de la existencia humana sean todavía más uniformes. Sin embargo, una serie de mapas históricos como los que contiene el Atlas Oxford, revelarán el hecho de que esa coincidencia aproximada en la Rusia europea con la llanura oriental de Europa no es simplemente propia de los últimos cien años, sino que en los últimos tiempos hubo una reafirmación de una tendencia completamente distinta en el agrupamiento político. Dos grupos de estados generalmente dividían el país en sistemas políticos meridional y septentrional. La realidad es que el mapa orográfico no expresa el particular contraste físico que hasta hace poco tiempo determinaba el establecimiento y el movimiento humano en Rusia. Cuando la corriente de la nieve invernal se desvanece hacia el norte en la vasta extensión de la llanura, es seguida por lluvias que llegan al máximo en mayo y junio en las cercanías del Mar Negro, pero que se retrasan hasta julio y agosto cerca de los mares Báltico y Blanco. En el sur, el final del verano produce un período de sequía. Como consecuencia de este régimen climático, el norte y el noroeste estaban cubiertos de bosques que solamente se veían interrumpidos por pantanos mientras que en el sur y en el sureste había ilimitadas estepas herbaceas en las que sólo se hallaban árboles a lo largo de los ríos. La línea que separaba las dos regiones corría diagonalmente hacia el noreste, desde el extremo norte de los Cárpatos hasta un punto de los Urales, situado más cerca de la extremidad meridional que de la septentrional. Moscú se halla situado un poco al norte de esta línea o, en otras palabras, en el lado de los bosques. Fuera de Rusia, el límite de los grandes bosques corre hacia el oeste casi exactamente a través del istmo europeo, que tiene 1.200 kilómetros de ancho sobre los mares Báltico

y Negro. Además de esto, en la Europa peninsular, los bosques se extienden por el norte por las llanuras de Alemania, en tanto que las tierras de la estepa han contorneado en el sur el bastión transilvano de los Cárpatos, y se extendieron por el Danubio por los actuales triges de Rumania hasta la Puerta de Hierro. Una zona aislada de estepas, conocida localmente por el nombre de Puszta ahora muy cultivada, ocupa la llanura húngara rodeada por un borde cubierto de bosques, formado por las montañas de los Cárpatos y de los Alpes. En todo el oeste de Rusia, excepto muy al norte, la poda de los bosques, el drenaje de los pantanos y el cultivo de las estepas, han unificado recientemente el carácter del paisaje y, en gran medida, destruyeron una distinción que antigüamente ejercía un gran efecto sobre los hombres.

Las antiguas Rusia y Polonia estaban establecidas exclusivamente en los claros de las selvas. Por el contrario, a través de la estepa, y pasando por la puerta que forman los montes Urales y el Mar Caspio, en todas las épocas transcurridas entre los siglos V y XII, de los lugares apartados y desconocidos de Asia llegó una notable sucesión de pueblos tudáneos, nómadas-hunos, ávaros, búlgaros, magyares, kazaras, y rumanos mongoles, y kalmucos. Los hunos, a las órdenes de Atila, se establecieron en la parte central de la Puszta, en la más extrema de las estepas secundarias danubianas, y desde allí lanzaron sus ataques hacia el norte, este y sur, contra los pueblos establecidos en Europa. Una gran parte de la historia moderna podría escribirse como un comentario de las modificaciones a que, directa o indirectamente, dieron lugar estos ataques. Es muy posible que los anglos y los sajones se vieran entonces obligados a cruzar el mar y fundaron Inglaterra en las islas británicas. Los franceses, los godos y los provinciales romanos se vieron obligados por primera vez, a luchar hombre a hombre en Chalons, haciendo causa común contra los asiáticos, que inconscientemente estaban forjando la moderna Francia. Venecia se fundó a raíz de la destrucción de Aquileya y Patua; y hasta el Papado debió un prestigio decisivo a la afortunada mediación del Papa León ante Atila, que tuvo lugar en Milán. Este fue el resultado que produjo una nube de jinetes crueles y carentes de ideales que barrían las llanuras; venía a ser un golpe de enorme martillo asiático que golpeaba libremente en los espacios vacíos. Los hunos fueron seguidos por los ávaros. Con el objeto de crear una frontera contra éstos, se fundó Austria, y se fortificó Viena, como resultado de las campañas de Carlomagno. Luego vinieron los magyares, que haciendo constan-

tes incursiones desde su base de Hungría, aumentaron el significado de la avanzada austriaca, extendiendo así el foco político de Alemania hacia el este, hasta el límite del país. Los búlgaros establecieron al sur del Danubio una casta dominante, habiendo dejado su nombre en el mapa, aunque su idioma se ha rendido ante sus subditos eslovenos. Quizá haya sido la de los kazares la más duradera y efectiva de las ocupaciones de la estepa rusa propiamente dicha. Fue contemporánea del gran movimiento sarraceno: los geógrafos árabes conocían al mar Caspio por el nombre de mar de los Kazares. Sin embargo, finalmente llegaron otras hordas que procedían de Mongolia y durante dos siglos la Rusia de los bosques septentrionales fue tributaria de los kanes mongólicos de Kipchard, o "la Estepa", y de esta forma la evolución de Rusia se vio retrasada y desviada en un momento en que el resto de Europa avanzaba rápidamente.

Es de hacer notar que los ríos que corren desde el "Bosque" hasta los mares Negro y Caspio cruzan a lo ancho toda la ruta que por la estepa siguieron los nómadas, y que de vez en cuando se produjeron movimientos transitorios a lo largo del curso de estos ríos, en ángulo recto con respecto al despazamiento de los jinetes. Los misioneros de la cristianidad griega ascendieron a lo largo del Dnieper hasta Kiev, del mismo modo que previamente los varangios de Escandinavia habían descendido por el mismo río hasta Constantinopla. Antes de que esto ocurriera, los godos tentónicos habían aparecido momentáneamente en el Dniester, habiendo cruzado Europa desde las costas del Báltico en la misma dirección sureste. Pero éstos son episodios pasajeros que no invalidan la generalización. Durante alrededor de 1000 años, una serie de pueblos de jinetes que salieron de Asia a través de la abertura que hay entre los Montes Urales y el mar Caspio marchó por los espacios de la Rusia Meridional y penetró hacia Hungría, en pleno corazón de la península europea, moldeando al propio tiempo la historia de los grandes pueblos inmediatos, que se veían en la necesidad de hacerle frente: los rusos, los alemanes, los franceses, los italianos y los griegos bizantinos. Que hayan estimulado una reacción saludable y poderosa, en vez de aplastar a la oposición mediante el despotismo, se debe al hecho de que la movilidad de su poder estaba condicionada por las estepas y, necesariamente, cesaban en los bosques y montañas circundantes.

Una movilidad de poder rival era la de los vikingos en sus embarcaciones. Descendiendo de Escandinavia hacia las costas de Europa, tanto septentrionales como meridionales penetraron tierra adentro por

los ríos. Pero el alcance de su acción era limitado, hablando en términos generales, porque su poder era sólo efectivo en las proximidades del agua. De esta forma, los pueblos establecidos en Europa se hallaban encerrados entre dos presiones —la de los nómadas asiáticos desde el este y la de los piratas marítimos desde los otros tres puntos cardinales. Por su propia nomenclatura, ninguna de las dos presiones eran agobiantes y ambas, en consecuencia, representaron su estímulo. Vale la pena indicar que la influencia formativa de los escandinavos sólo cede en importancia a la de los nómadas, pues a causa de sus ataques tanto Inglaterra como Francia avanzaron mucho en su camino hacia la unidad, mientras que la unidad de Italia se vio rota por ellos. Anteriormente Roma había movilizado el poder de los pueblos establecidos en la península gracias a los caminos, pero éstos poco a poco se destruyeron y no fueron remplazados hasta el siglo XVIII.

Es probable que la invasión de los hunos no haya sido en modo alguno la primera de la serie asiática. Los escitas, bebedores de leche de yegua, que figuran en los relatos de Homero y Herodoto, evidentemente seguían las mismas normas de vida, y eran probablemente de la misma raza que los posteriores habitantes de la estepa. El elemento celta que se halla en el nombre de los ríos Don, Donets, Dnieper, Dniester y Dniubio pueden ser probablemente una muestra del paso de pueblos de costumbres similares, aunque no de la misma raza, pero no es inverosímil que los celtas provinieran simplemente de los bosques septentrionales como los posteriores godos y varangos. Sin embargo, la gran cuña de población que los antropólogos caracterizan como bracuicéfalos, y que se dirigió hacia el oeste, desde el Asia bracuicéfala hasta Francia a través de la Europa Central, aparece como una intrusa ante las poblaciones dolicocefalas del norte, oeste y sur, y muy probablemente procede de Asia.

Sin embargo, no puede apreciarse todo el significado de la influencia asiática sobre Europa hasta que lleguemos a las invasiones mongólicas del siglo xv; pero, antes de que analicemos los hechos esenciales que a ella se refieren, es conveniente que traslademos de Europa nuestro punto de vista geográfico, a fin de poder considerar al Viejo Mundo en su totalidad. Es evidente que, como las lluvias se derivan del mar, el corazón de la mayor de las masas terrestres ha de ser relativamente seco. No nos sorprende, por lo tanto, el hecho de que las dos terceras partes de la población del mundo se hallen concentradas en zonas relativamente pequeñas, situadas en los márgenes del

gran continente. En Europa, al lado del Océano Atlántico; en las Indias y en China, al lado de los océanos Índico y Pacífico. Una amplia faja de tierra poco menos que deshabitada, a causa de la ausencia casi absoluta de lluvias, se extiende —como el Sahara— a través del norte de África— en Arabia. El África central y meridional estuvo durante una gran parte de la historia prácticamente tan separada de Europa y de Asia como lo estaban América y Australia. En realidad, el límite sur de Europa ha sido y es el Sahara y no el Mediterráneo, ya que es el desierto el que separa al hombre blanco del negro. La masa terrestre de Eurasia así comprendida entre el océano y el desierto tiene 21 millones de millas cuadradas (54,4 millones de kilómetros cuadrados) o sea la mitad de la extensión de las tierras del globo, si excluimos del cálculo a los desiertos del Sahara y de Arabia. Hay muchos desiertos aislados diseminados por el Asia, desde Siria y el Irán hasta la Manchuria, pero ninguno llega a constituir un vacío comparable al Sahara. Por el contrario, Eurasia se caracteriza por una notable distribución de sus cursos de agua. Entre toda una enorme zona del centro y del norte, los ríos han sido prácticamente inútiles para las comunicaciones humanas con el mundo exterior. El Volga, el Amu-Daria y el Syr-Daria desaguan en lagos salados, y el Obi y el Yenisei y el Lena en las aguas heladas del norte. Estos seis ríos están entre los más grandes del mundo. En la misma región hay muchos más pequeños, pero no por ello de poca importancia, como el Tarim y el Nehrund, que tampoco llegan al océano. Así, el corazón de Eurasia, aunque se halla salpicado de zonas desérticas, es en conjunto una estepa que proporciona grandes extensiones de pastos, si bien a menudo son insuficientes, y en la que hay pocas zonas regadas por ríos, si bien no la atraviesa ningún curso de agua que llegue hasta el océano. En otras palabras, en esta immense zona tenemos todas las condiciones para el mantenimiento de una población rala, pero considerable en su totalidad, compuesta por nomades que montan en caballos y camellos. Su dominios están limitados en el norte por una ancha faja de bosques y pantanos subárticos, en la que el clima es excesivamente riguroso para el desarrollo de los establecimientos agrícolas, exceptuando las extremidades oriental y occidental. En el este, los bosques se extienden hacia el sur hasta la costa del Pacífico, en las tierras del Amur y de Manchuria. Similares en el oeste, en la Europa prehistórica era el bosque la vegetación que predominaba. Así encuadrada por el noreste, norte y noroeste, las estepas se despliegan en una extensión de 6000 kilómetros

desde la Puszta de Hungría hasta el pequeño Gobi de Manchuria y, excepto en su extremidad más occidental, no las atraviesa ningún río que desemboque en un océano accesible, ya que no podemos tomar en cuenta las recientes tentativas de comerciar en las desembocaduras de los ríos Obi y Yenisei; en Europa, la Siberia occidental y el Turquestán occidental, las tierras de las estepas son bajas, llegando en algunos sitios a estar debajo del nivel del mar. Más al este, en Mongolia se extiende sobre mesetas, pero el paso de uno a otro nivel presenta pocas dificultades.

Las hordas en el último término cayeron sobre Europa, a mediados del siglo XIV, reunieron sus fuerzas a unos 4500 kilómetros de distancia, en las altas estepas de Mongolia. Los estragos causados durante algunos años en Polonia, Silesia, Moravia, Hungría, Croacia y Serbia no eran, sin embargo, sino el resultado más temprano y transitorio de la gran agitación de los nómadas del este que estaban asociados al nombre de Gengis Kan. Mientras la horde dorada ocupaba la estepa de Kijchak, desde el Mar de Aial, a través del espacio que hay entre los montes Urales y el mar Caspio hasta el pie de los Cárpatos, otra horde descendió hacia el sur entre el mar Caspio y el Hindu Kush, penetró en el Irán y la Mesopotamia, y llegó a Siria fundando el dominio del Ilkan. Una tercera penetró en la China septentrional, conquistando Catay. La India y Mangi, o sea la China meridional, fueron protegidas durante algún tiempo por la incomparable barrera del Tibet, cuya eficacia como tal quizás no tenga igual en el mundo, a no ser el desierto del Sahara y los hielos polares. Pero posteriormente, en los días de Marco Polo en el caso de Mangi, y en los de Tamerlán en el de la India, el obstáculo fue rebasado. De este modo fue como todos los bordes del Viejo Mundo llegaron a experimentar, antes o después, la fuerza expansiva del poder móvil originado en la estepa. Rusia, el Irán, la India y la China fueron convertidos en tributarios o recibieron dinastías mongoles. Hasta el incipiente poder de los turcos en el Asia Menor se vio subyugado durante medio siglo.

Como en el caso de Europa, en otras tierras marginales de Eurasia hay constancias de antiguas invasiones. China tuvo que someterse más de una vez a las invasiones que provenían del norte; y la India sufrió variadas invasiones que tenían su origen en el noroeste. En el caso de Persia, sin embargo, por lo menos una de las antiguas invasiones tiene un especial significado para la historia de la civilización occidental. Tres o cuatro siglos antes que los mongoles, los turcos seljuks que procedían del Asia Central, invadieron por este camino una

inmensa región, que podemos denominar de los cinco mares, Caspio, Negro, Mediterráneo, Rojo y Pérsico. Se establecieron en Kermán, en Hamadán y en el Asia Menor, y vencieron al dominio de los sarracenos en Bagdad y Damasco. Cuando la cristianidad emprendió la serie de campañas que se conocen por el nombre colectivo de las Cruzadas, su propósito aparente era el de castigarlos por los tratos que daban en Jerusalén a los peregrinos cristianos. Aunque estas campañas no alcanzaron su objeto inmediato, excitaron y unieron en tal forma a Europa, que podemos considerarla como el comienzo de la historia moderna —otro notable ejemplo de un avance europeo estimulado por la necesidad de reaccionar contra una presión procedente del corazón de Asia.

La concepción de Eurasia a que llegamos de esta forma, es la de una tierra continua, rodeada por hielos en el norte y por agua en las otras partes, que mide 21 millones de millas cuadradas (54,4 millones de kilómetros cuadrados), o sea más de tres veces la extensión de América del Norte, y cuyo centro y norte, que miden alrededor de 9 millones de millas cuadradas (23,3 millones de kilómetros cuadrados), o sea más de dos veces la extensión de Europa, no tienen ningún curso de agua que llegue al océano, pero, por otra parte, y exceptuando la zona de los bosques subárticos, son generalmente favorables para la movilidad de los hombres que montan en caballos o en camellos. En el este, sur y oeste de este corazón terrestre se hallan las regiones marginales, en forma de amplios semícírculos, que son accesibles a los navegantes. De acuerdo con su conformación física, estas regiones son cuatro, y no es extraordinario que en general coincidan con las esferas de acción de las cuatro grandes religiones: budismo, brahmanismo, mahometismo y cristianismo. Las dos primeras regiones comprenden los países monzonicos, volcada una de ellas hacia el Pacífico y la otra hacia el Océano Índico. La cuarta región es Europa, regada por las lluvias occidentales que proceden del Atlántico. Estas tres regiones juntas, que miden menos de 7 millones de millas cuadradas (18,1 millones de kilómetros cuadrados), cuentan con una población de más de 1000 millones de habitantes, o sea las dos terceras partes de la población del globo. La tercera región, que coincide con la tierra de los cinco mares o, como se la denomina más a menudo, el Cercano Oriente, está privada de humedad en sumo grado, a causa de la proximidad de África. En consecuencia, excepto en los oasis, se halla escasamente poblada. Hasta cierto punto comparte las características de la faja marginal y de la zona central de Eurasia. Está en su mayor

parte desprovista de bosques, está salpicada de desiertos y se adapta, por lo tanto, a la acción de los nómades. Sin embargo, tiene principalmente un carácter marginal, debido a que los golfo y los ríos oceánicos la ponen al alcance del poder marítimo y permiten que se ejerza ese poder desde ella. Como una consecuencia de esto, periódicamente a través de la historia ha habido en ella imperios que pertenecieron esencialmente a dos regiones marginales: Babilonia y Egipto, los que contaban con una libre comunicación acuática con los mundos civilizados del Mediterráneo y de las Indias pero, como podía esperarse, estos imperios se han visto sometidos a una serie inigualada de revoluciones, originadas unas por las incursiones de los escitas, turcos y mongoles que provenían del Asia Central, y otras, por los esfuerzos de los pueblos mediterráneos para conquistar las vías terrestres que conducen desde el océano occidental hasta el oriental. Es éste el punto más débil de la faja de las civilizaciones primitivas, porque el istmo de Suez dividió el poder marítimo en oriental y occidental y los áridos desiertos de Persia, que avanzaban desde el Asia Central hasta el golfo Pérsico ofrecían constantemente al poder nómada la oportunidad de llegar a la orilla del océano que separaba a la India y a la China por un lado, y al mundo mediterráneo por el otro. Mientras eran débiles zonas de Siria, Babilonia y Egipto, los pueblos de la estepa podían considerar a las altiplanicies abiertas del Irán y del Asia Menor como los puestos avanzados desde los cuales podían atacar a la India a través del Punjab, a Egipto a través de Siria, y a Hungría pasando por el puente roto del Bósforo y los Dardanelos. Viena se hallaba en la puerta de la Europa interior, sufriendo los ataques de los nómadas, tanto de los que llegaban por el camino directo a través de la estepa rusa, como de los que daban un rodeo pasando por el sur de los mares Negro y Caspio.

Aquí hemos visto las diferencias esenciales que presentan los dominios sarracenos y turco sobre el Cercano Oriente. Los sarracenos eran una rama de la raza semítica, esencialmente pueblo del Eufrates y del Nilo y de los más pequeños oasis del Asia inferior. Crearon un gran imperio utilizando los dos medios de movilidad que su tierra les permitía: el del caballo y el camello por un lado, y el del barco por otro. En diferentes épocas, sus flotas controlaron el Mediterráneo hasta España, y el Océano Índico hasta las islas de Malaca. Desde su posición estratégicamente central entre los océanos oriental y occidental, trataban de conquistar todas las tierras marginales del Viejo Mundo, a imitación de Alejandro y anticipándose a Napoleón. Hasta podían

llegar a amenazar las tierras de la estepa. Los turanos paganos provenientes del cerrado corazón de Asia —los turcos que destruyeron la civilización sarracena—, eran completamente distintos de Arabia, así como de Europa, de la India y de la China.

La movilidad sobre el océano es el rival natural de la movilidad sobre el caballo y el camello en el corazón del continente. El período fluvial de las civilizaciones tuvo como base la navegación por los ríos oceánicos; por el Yangtsé la de la China, por el Ganges la de la India, por el Eufrates la de Babilonia, y por el Nilo la de Egipto. Lo que se ha descrito como el período marítimo de la civilización, de la época de los griegos y de los romanos, se basaba esencialmente en la navegación por el Mediterráneo. Los sarracenos y los vikingos apoyaban su dominio en la navegación por las costas oceánicas.

El resultado más destacado del descubrimiento de la ruta que, pasando por el cabo de Buena Esperanza, conducía hasta la India, fue que unió las navegaciones costaneras oriental y occidental de Eurasia, aun cuando fueran por un camino tortuoso, y en cierta medida neutralizó las ventajas estratégicas de la posición central que mantenían los nómadas de la estepa, presionando sobre ellos por su retaguardia. La revolución comenzada por los grandes marinos de la generación colombina dotó a la cristiandad de la movilidad de poder más amplia que se conoce, si se exceptúa la movilidad de las alas. El océano, único y continuo, que envuelve las tierras divididas e insulares es, por supuesto, la condición geográfica fundamental de unión para el comando del mar, y para todas las teorías de la moderna estrategia y política navales, tal como las exponen escritores como el capitán Mahan y el Sr. Spencer Wilkison. El enorme efecto político que esto produjo, se reflejó en la modificación radical de las relaciones entre Europa y Asia, porque en la Edad Media se hallaba Europa encerrada entre un desierto impasable por el sur, un océano desconocido por el oeste, enormes zonas heladas o cubiertas de bosques por el norte y el noreste, y por el este y el sureste la constante amenaza de la movilidad superior de los nómadas que montaban en caballos o camellos. Apareció entonces en el mundo en posición dominante, multiplicando más de treinta veces la superficie del mar y de las tierras costeras a que tenían acceso, y envolviendo con su influencia al poder terrestre europeo que hasta entonces había amenizado su propia existencia. Se crearon nuevas Europas en las tierras desocupadas descubiertas en medio de los mares, y lo que con respecto a Europa eran Inglaterra y Escandinavia en los primeros tiempos, con

respecto a Eurasia son ahora América y Australia, y hasta el África transahariana. Inglaterra, Canadá, los Estados Unidos, Sudáfrica, Australia y Japón constituyen ahora un anillo de bases exteriores e insulares para el poder marítimo y el comercio, que son inaccesibles para el poder terrestre de Eurasia.

Pero el poder terrestre todavía existe, y recientes acontecimientos han aumentado su significado. Mientras los pueblos marítimos de la Europa Occidental han cubierto el océano con sus flotas, han poblado los continentes exteriores, y en grado variable, han convertido en tributarios a los bordes oceánicos de Asia. Rusia ha organizado a los cosacos y, surgiendo de sus bosques septentrionales, ha controlado la estepa haciendo que sus propios nómadas enfrentaran a los nómadas tátaros. El siglo de los Tudor, que vió la expansión de la Europa Occidental sobre el mar, vió también al poder ruso que se extendía, desde Moscú, a través de la Siberia. Este ataque hacia el oeste a través de Asia, llevado a cabo por los jinetes, fue un acontecimiento casi tan fértil en consecuencias políticas como lo fue el rodeo del Cabo de Buena Esperanza, aunque ambos movimientos se mantuvieron separados durante largo tiempo.

Probablemente sea una de las más notables coincidencias de la historia el hecho de que la expansión de Europa hacia la tierra y hacia el mar haya continuado, en cierto sentido, la antigua oposición entre los romanos y los griegos. Pocos fracasos han tenido mayores consecuencias que el sufrido por Roma al intentar latinizar a Grecia. Los teutones fueron civilizados y cristianizados por los romanos, y los eslavos principalmente por los griegos. Fueron los romano-teutones los que en las épocas recientes navegaron por el océano, fueron los greco-eslavos los que cabalgaron por las estepas conquistando a los turanos. Advertimos así que el moderno poder terrestre difiere del poder marítimo no menos en la fuente de sus ideales que en las condiciones materiales de su movilidad.

Detrás del cosaco, Rusia ha surgido felizmente de su anterior aislamiento en los bosques septentrionales. Es probable que el cambio de mayor importancia intrínseca que se ha producido en Europa durante el siglo pasado haya sido la emigración de los campesinos rusos hacia el sur. Anteriormente la población agrícola terminaba en los límites de los bosques, pero esta emigración hizo que el centro de la población de la Rusia Europea se halle ahora al sur de dicho límite, en medio de los trigos que han reemplazado a las estepas

riás occidentales. Odessa ha evolucionado aquí con un ritmo semejante al de una ciudad norteamericana.

Durante la generación anterior, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado corazón terrestre de Eurasia, vastas regiones en las que no se dispone de madera ni de piedra para la construcción de carreteras. Los ferrocarriles tienen un papel muy destacado en la estepa, porque remplazan directamente a la movilidad del caballo y del carro, habiéndose pasado por alto el período de la carretera.

En lo que se refiere al comercio no debe olvidarse que el transporte oceánico, si bien relativamente barato, exige por lo general cuatro manipulaciones de las mercaderías: en la fábrica de origen, en el muelle de exportación, en el muelle de importación y en el almacén de destino para la distribución a la venta al por menor; en cambio, el furgón del ferrocarril continental puede recorrer directamente la distancia que separa a la fábrica exportadora del almacén importador. El comercio marginal que se mantiene a través del océano tiende a formar alrededor de los continentes una zona de penetración, cuyo límite interior está marcado aproximadamente por la línea a lo largo de la cual el costo total de las cuatro manipulaciones del flete marítimo y del flete ferroviario desde la costa, es equivalente al de las dos manipulaciones y el flete del ferrocarril continental. Se dice que es de este carácter la competencia que en Lombardía libran los carbones inglés y alemán.

El ferrocarril ruso tiene un recorrido de 6000 millas (9600 kilómetros) desde Wriballen en el oeste hasta Vladivostok en el este; el ejército ruso que se halla en Manchuria es un ejemplo tan significativo del poder terrestre móvil como el ejército inglés establecido en Sudáfrica lo era del poder marítimo. Es cierto que el ferrocarril transiberiano es todavía solamente una línea de comunicación única y precaria, pero no habrá transcurrido una gran parte del siglo antes de que Asia esté cubierta de ferrocarriles. Los espacios comprendidos por el Imperio Soviético y la Mongolia son tan extensos, y son hasta tal punto incalculables sus potencialidades en cuanto a población, trigo, algodón, combustibles y metales, que es inevitable que allí se

desarrolle un gran mundo económico, más o menos aislado, que será inaccesible al comercio oceánico.

A medida que consideramos esta rápida revisión de las más importantes corrientes históricas, ¿no se hace evidente una cierta persistencia de la relación geográfica? ¿No es la región pivote de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas, y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles? Han existido y existen en esa zona las condiciones de una movilidad de poder militar y económico que tiene un carácter trascendente, y sin embargo limitado. Rusia remplaza al imperio mongol. Su presión sobre Finlandia, Escandinavia, Polonia, Turquía, Persia, la India y la China remplaza a los ataques centrífugos de los hombres de la estepa. Ocupa en el mundo la misma posición estratégica central que ocupa Alemania en Europa. Puede atacar por todos lados, y puede también ser atacada por todos lados, excepto por el norte. El completo desarrollo de su moderna movilidad ferroviaria es simplemente una cuestión de tiempo. Tampoco es probable que una posible revolución social altere sus relaciones esenciales con los grandes límites geográficos de su existencia. Reconociendo acertadamente los límites fundamentales de su poder, sus dirigentes se han deshecho de Alaska; se debe esto a que no poseer nada sobre el mar es para la política rusa una ley tan fundamental como para Inglaterra es mantener el dominio del océano.

Fuera de la zona pivote, en un gran arco interior, se hallan Alemania, Austria, Turquía, la India y la China y en un arco exterior, Inglaterra, Sudáfrica, Australia, los Estados Unidos, Canadá y el Japón. En las actuales circunstancias del equilibrio del poder, el estado pivote, Rusia, no es equivalente a los periféricos, y podría crearse un contrapeso en Francia. Los Estados Unidos se han convertido hace poco en una potencia oriental, no afectando directamente el equilibrio europeo, sino a través de Rusia, y construirán el Canal de Panamá a fin de poder disponer en el Pacífico de sus recursos del Misisipi y del Atlántico. Desde este punto de vista, la verdadera división entre el Oriente y el Occidente debe buscarse en el Océano Atlántico.

El vuelco del equilibrio de poder en favor del estado pivote, como un resultado de su expansión por las tierras marginales de Eurasia, permitiría la utilización de los amplios recursos continentales para la construcción de una flota, y el imperio del mundo estaría a la vista.

Esto podría ocurrir si Alemania se aliará con Rusia. La amenaza que este hecho encerraría, induciría a Francia a una alianza con las potencias marítimas, y Francia, Italia, Egipto, la India y Corea se concentrarían en otras tantas cabeceras de puentes donde las armadas exteriores podrían apoyar a sus ejércitos, para obligar a los aliados de las zonas pivotes a desplegar sus ejércitos terrestres, evitando así que se concentrara en las flotas todo su poder. En menor escala, esto fue lo que hizo Wellington en su base marítima de Torres Vedras durante la guerra Peninsular. En definitiva, ¿no puede resultar ésta la función estratégica que le cabe a la India dentro del sistema imperial británico? ¿No es ésta la idea que sirve de base a la concepción de Averny de que el frente militar inglés se extiende desde el Cabo hasta el Japón, pasando por la India?

El desarrollo de las grandes potencialidades de América del Sur puede tener una influencia decisiva en el sistema. Pueden fortalecer a los Estados Unidos o, por el contrario, si Alemania pudiera desafiar con éxito a la doctrina de Monroe, podría separar a Berlín de lo que quizás puedo describir como una política de pivote. Las particulares combinaciones de poder que se hallan en equilibrio no son sustanciales; mi argumento es que desde un punto de vista geográfico probablemente han de girar alrededor del estado pivote, que probablemente ha de ser siempre grande, pero con una movilidad limitada si se compara con la de las potencias marginales e insulares que lo rodean.

He hablado como un geógrafo. El equilibrio real del poder político en un momento dado es, por supuesto, el producto de condiciones geográficas, tanto económicas como estratégicas, por una parte, y del número relativo, la virilidad, los equipos y la organización de los pueblos competidores, por la otra. En la misma proporción en que se hayan calculado acertadamente estas cantidades, tendremos probabilidades de arreglar las diferencias sin tener que acudir al brutal recorso de las armas. Y en estos cálculos las cantidades geográficas son más fácilmente mensurables y más próximas a ser constantes que las humanas. En consecuencia, podemos esperar que nuestra fórmula sea igualmente aplicable a la Historia pasada y a la política actual.

Los movimientos sociales de todos los tiempos se han desarrollado esencialmente alrededor de las mismas características físicas, porque yo tengo dudas acerca de si la progresiva desecación de Asia y África, aun cuando fuera comprobada, ha alterado vitalmente el medio humano en las épocas históricas. Considero que la marcha del Imperio

hacia el oeste ha sido una pequeña rotación del poder marginal alrededor del borde suroeste, y oeste de la zona pivote. Las cuestiones del Cercano, Medio y Lejano Oriente están relacionadas con el equilibrio inestable de las potencias interiores y exteriores en aquellas partes del arco marginal en que el poder local es en la actualidad más o menos insignificante.

Como conclusión, no estaría fuera de lugar indicar expresamente que la implantación de algún nuevo control en la zona interior, en sustitución del de Rusia, no tendería a reducir la significación geográfica de la posición pivote. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses llegaran a vencer al imperio ruso y conquistar sus territorios, podrían representar un peligro amarillo para la libertad del mundo, pero simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la región pivote.

KARL HAUSHOFER

Karl Haushofer nació el 27 de agosto de 1869 en Munich, Alemania. En 1908 es enviado al Japón, oportunidad que aprovechó para visitar India, Birmania, Corea, China. Durante ese periodo aprendió no sólo el idioma japonés, sino también chino, coreano, ruso, francés, etcétera. En 1912 regresa a Alemania con el rango de coronel y escribe dos libros sobre Japón y el Pacífico. Poco después egresa de la Universidad de Munich con los títulos de doctor en geografía, geología e historia.

Después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial se dedicó a analizar las causas que llevaron al derrumbe alemán, retirándose en 1919 con la jerarquía de mayor general. En este lapso toma contacto con Hitler y con el grupo formador del partido nazi, sobre los cuales ejerció una influencia aún no determinada con precisión.

En 1924 fundó la *Revista de Geopolítica* y recién en 1933 (después del ascenso de Hitler al gobierno) fundó el Instituto Geopolítico, que condeñó en poco tiempo el mayor conocimiento informativo y estadístico de todo el mundo. Sus publicaciones influyeron en diversos grados sobre la clase dirigente de la Alemania nazi. Sus principales publicaciones son: *La importancia geográfica y política de las fronteras* (1927-1939), *Geoestrategia* (1932), *Poder y mundo* (1934) y *Política mundial de hoy* (1934).

PODER Y ESPACIO

por Karl Haushofer

Espacio y política mundial

El mayor drama de la historia del mundo se convierte en una comedia si el villano, en el momento culminante, da un tropezón contra uno de los decorados. Tampoco puede tomar el curso adecuado si el héroe, precipitándose en escena prematuramente, se cae por un escotillón. Conocedor de la disposición de los decorados del teatro, debía haber sabido como evitar ese contratiempo. Por lo menos, esperar que le avisaran antes de salir a escena.

Lo que es verdad en el mundo ficticio del teatro tiene aún mejor aplicación en el mundo real. Las estructuras de poder suben y caen mientras sigue representándose la interminable obra de la política mundial. En este drama los pueblos tienen a su cargo el papel de héroe, en tanto piensen en función del espacio. Cuando desatiendan la importancia del espacio, son relegados al último plano.

El espacio rige la historia de la humanidad. No obstante eso, ¿cuántas naciones se dan realmente cuenta de la importancia que tiene un planeamiento adecuado en materia de espacio? ¿Cuántas adaptan su política a las necesidades del espacio? Hay demasiadas que prefieren las pequeñas comodidades de un rincón seguro y acogedor a las dificultades que ocasiona la vida en amplias zonas, en llanuras o en el mar. La mayoría pocas veces considera el problema de si vive en territorios que están o no de acuerdo con su carácter. No

obstante, sólo una nación cuyo espacio se ajusta a sus necesidades, tanto espirituales como materiales, puede tener esperanza de alcanzar verdadera grandeza.

Cada uno de nosotros es, en cierto modo, un factor que representa su papel en la escena de la política mundial. Aun en el lugar más humilde, como seguidores voluntarios de un jefe enviado por Dios, ayudamos a moldear el futuro de nuestro pueblo, aunque no sea más que por la repercusión adecuada en el momento y sitio que corresponde. Esta es una misión de la que nadie puede relevarnos. Sin embargo, para llevarla a cabo correctamente debemos tener un conocimiento básico de la política mundial. Debemos por sobre todo, comprender la importancia fundamental del espacio político y examinar constantemente la relación con nuestro destino en materia de espacio.

Presión del espacio y de la población

Puesto que el espacio es el factor más decisivo en la política mundial, un análisis sobre la situación actual del mundo debe basarse en la distribución del espacio vital disponible en la Tierra. Veámos por tanto las divisiones políticas del mapa.

Advertimos dos contrastes importantes. Nuestro mapa no sólo revela: uno absoluto, entre las grandes y pequeñas potencias, sino también otro relativo, entre las potencias que cuentan con grandes reservas de espacio y experimentan por tanto escasa presión de población (como ocurre en el caso de Rusia y los Estados Unidos), y las que cuentan con perniciosos espacios y pequeñas reservas (como el Japón), o las que no tienen reserva alguna, como Alemania. Mientras la población de Australia es de 1 habitante, o algo menos, por kilómetro cuadrado, es de 5,7 en Rusia, 9 en Bélgica y Francia, 12 en el imperio británico, 15 en los Estados Unidos, 16 en Italia y 20 en Holanda, Japón y Alemania deben mantener de 140 a 150 personas en cada kilómetro cuadrado de su territorio. Esta cifra sube hasta 1000 en algunas partes de estos dos países. Además, si tenemos en cuenta el hecho de que sólo una parte del Japón es terreno cultivable para la agricultura y, por tanto, relacionamos su población con las secciones fértilles, encontramos que éstas deben alimentar a 960 habitantes por kilómetro cuadrado. La desesperada situación de Alemania también se advierte claramente en todo su carácter trágico si tenemos presente que la zona

de Europa situada al norte de los Alpes solo puede alimentar a unas 100 personas por kilómetro cuadrado.

Advertimos así que las potencias del mundo quedan divididas en dos grupos fundamentalmente distintos: por una parte, aquellas que tienen mucho más espacio del que alguna vez podrían dominar y, por otra, aquéllas que cuentan con menos espacio que el que debieran tener para alimentar en forma adecuada a su población actual.

El significado del dominio del espacio

Por supuesto, hay una serie de gradaciones entre estos extremos y se puede discernir ciertas diferencias básicas entre los mismos. Entre las potencias que cuentan con grandes espacios hay algunas que podrían integrar, si no desarrollar, y ocupar por entero sus territorios, ya sea inmediatamente o en un futuro próximo. Otros siempre serán incapaces de dominarlos. Esto se aplica a extensas zonas de Suramérica, África y Asia. Australia también tiene grandes zonas des pobladas. De acuerdo con diversos cálculos, podría alimentar de 170 a 450 millones de habitantes, mientras que en la actualidad sólo viven en ella 6 ó 7 millones. En lo que se refiere a los Estados Unidos y a la Unión Soviética, sus espacios están completamente integrados, por lo menos administrativamente.

Por otra parte, el Imperio Británico, que ha creado el mayor espacio político del mundo, es mucho menos sólido en su estructura. Su dominio del espacio está disputado. Ya ha tenido que conceder, por cuestión de principios, el derecho de secesión a uno de los estados que la componen: Sud África; e Irlanda ha amenazado con hacer uso de ese mismo derecho. Tardó o temprano, probablemente una vez que se haya acordado la autonomía a la India. Con sus 353 millones de habitantes, este derecho se concederá expresamente a los Dominios. Es decir, que un imperio mundial que parecía haber llegado a la cima de su poder después de la Primera Guerra Mundial, y que por sí solo controla el tercer mar del mundo (el Océano Índico), se ha convertido en una de las estructuras políticas más problemáticas de nuestro tiempo. Antes de la Primera Guerra Mundial, este imperio miraba despectivamente al "imperio desvinculado" de la monarquía de los Habsburgo, la más débil de las potencias de la época anterior a la guerra. Hoy, la solidez de su espacio es igualmente dudosa.

No es difícil hallar las razones de esta decadencia. Hasta fines del siglo XIX, Gran Bretaña era "el imperio isleño" y, como tal, la única potencia oceánica digna de tal nombre. Su armada era dueña indiscutida de los siete mares. Sin embargo, después de la guerra chino-japonesa de 1894-1895, apareció un serio rival, el Japón.

En la actualidad, además de Inglaterra, Japón, los Estados Unidos y Holanda (quien con sus posesiones en Indonesia está a nivel de las grandes potencias), deben ser considerados como estados oceánicos. Lo mismo ocurre con Australia y Nueva Zelanda, quienes están intensificando su independencia.

Hay un ejemplo poco advertido en la historia del mundo que puede proporcionar valiosas enseñanzas en lo que se refiere a la posible desintegración del Imperio Británico. Este ejemplo es la decadencia que sufrieron los imperios portugués y español cuando perdieron sus territorios y su poder. También en este caso la incapacidad para dominar el espacio condujo finalmente a la dispersión de ambos imperios. Con una población de sólo cuatro millones, la península ibérica fue incapaz de proveer las suficientes reservas de potencial humano que hacían falta para la enorme extensión de su espacio. Era desangrada por una continua emigración que no era suficiente para poblar debidamente las colonias y por tanto se vio obligada a contar con la admisión de razas extranjeras con las que se mezclaron sus colonos.

La carencia de dominio del espacio fue una de las desafortunadas herencias que los estados sudamericanos recibieron de la madre patria. Esta carencia es aún hoy la causante de muchos rozamientos que se producen en la América Latina. Hizo que Bolivia tuviera que ceder al Brasil el rico territorio de Acre, productor de caucho (1903); ocasionó la eterna cuestión de límites entre Bolivia y Paraguay por la parte norte del Chaco; produjo la guerra del Pacífico (1879-1884) y el subsequente conflicto de Tacna y Arica entre Chile y Perú. La carencia de dominio del espacio dio lugar a constantes conflictos limítrofes entre Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, y redujo al Paraguay a un pequeño país, después de haber estado a la par de las primeras potencias sudamericanas. El problema de las emigraciones alemana, italiana y japonesa en el Brasil es, en último análisis, el corolario de la falta de dominio del espacio.

Conceptos de espacio

Los conceptos de espacio varían en todo el mundo. Ratzel advirtió la diferencia que existe entre los conceptos de espacio de los estadistas asiáticos y americanos, que están acostumbrados a pensar en grandes zonas, y los de los europeos, que son históricamente diferentes, más arraigados y más estrechos. Estaba muy acertado cuando ponía en guardia contra una intervención de los primeros en nuestro continente.

Efectivamente, siempre que intervinieron causaron perjuicios inacabables. Dividieron la Alta Silesia en dos partes, una de las cuales quedó en poder de Alemania y la otra en poder de Polonia. Otros territorios fueron arrancados en forma similar a un país y entregados a otro, como si fueran regiones deshabitadas y carentes de historia, como ocurre en el Gran Chaco o en la Mongolia Exterior. El derecho a la intervención exterior llegó a perpetuarse en el Pacto de la Sociedad de las Naciones. De acuerdo con él mismo, veintún estados sudamericanos, China y otros estados no europeos pueden aplicar sus concepciones particulares del espacio a las condiciones muy distintas que imperan en Europa.

Podemos así comprender por qué las espaciosas uniones de la Rusia Soviética, los Estados Unidos y el Brasil se mantuvieron apartadas de la Sociedad de las Naciones. Acostumbrados a pensar en grandes espacios, no se amoldaban al estrecho marco de la Sociedad de las Naciones. Son también comprensibles las repetidas amenazas de abandonar la Sociedad de las Naciones que hacen Australia y China. A orillas del Pacífico, sus conceptos de espacio también difieren mucho de los conceptos de los miembros europeos de la Sociedad. Tampoco es una casualidad que algunos estados del Pacífico (Méjico) nunca hayan ingresado a la Sociedad de las Naciones, o se hayan retirado (Japón) de la misma. En la actualidad, casi ninguna de las grandes potencias del Pacífico pertenece a este organismo mundial.

Modificaciones en la distribución del espacio

"El espacio amplio conserva la vida." Esta opinión biológica del Estado, expresada por Ratzel con brevedad clásica, no sólo se adapta a las grandes potencias mundiales, muchas de las cuales sufren de abundancia de espacio, sino que también debe ser el principio que

guíe a países que, como Japón, Italia o Alemania carecen de él o fueron despojados del escaso espacio que habían podido obtener. Algunas observaciones generales pueden servir como hitos del camino que debe seguirse.

Las modificaciones de espacio en gran escala pueden hacerse mucho más fácilmente en los grandes territorios que en los pequeños. Poco trabajo le costó a Rusia conseguir que la Mongolia Exterior y Tannu Tuva pasaran de la estera de influencia de China a la suya. No fueron mayores las dificultades con que tropezó Inglaterra para apartarse de Birmania y de la península de Malaca, ni las que hallaron Japón en Manchuria y Corea, Francia en Indochina e Italia en Etiopía. En cambio, la separación de pequeñas fajas de territorio alemán, la desintegración de la monarquía del Danubio, y la creación de un cinturón aislante de seguridad, formado por pequeños estados situados alrededor de Alemania, tuvieron repercusiones que convorrieron al mundo.

Seguramente si es lo bastante fuerte, el simple deseo de conquistar espacio por parte de un individuo destacado o de un grupo, y ocasionalmente de todo un pueblo, puede producir enormes cambios en los espacios políticos del mundo, desatendiendo todas las leyes geopolíticas. Alejandro Magno ocasionó estos trastornos durante breve tiempo, mientras que la política de César con respecto al Rhin y las conquistas territoriales del Emperador Chino, Shi Hwang Ti, dejaron huellas que duraron cientos de años. Sin embargo, nunca debemos olvidar que estas obras tenían una sólida base de espacio. Fue la extensión relativamente grande de Macedonia la que permitió a Alejandro avanzar contra el Danubio y el mar Egeo y dominar el decadente imperio persa. Pero fue el territorio extranjero del Punjab el que finalmente lo obligó a retirarse. César basaba su campaña contra las Galias en la fuerza de la Alta Italia. De modo semejante, el imperio mongol derivó su potencia conquistadora del amplio espacio de los valles del Amur y del Angara. Finalmente, fue la unión de Castilla y Aragón y la derrota del imperio musulmán, lo que dio a la corona española la potencia derivada del espacio que le era necesario para construir un imperio en el que, al menos durante algún tiempo, no se ponía el sol.

El espacio como factor militar

Hasta ahora hemos considerado el espacio como factor político y económico; sin embargo, tiene también gran importancia militar. La profundidad de su espacio, permite hoy a la Rusia soviética trasladar sus industrias hacia el Este, fuera del radio de acción de los bombarderos enemigos. Poderosos por su espacio y por las reservas de espacio de que todavía disponen, los Estados Unidos pueden seguir una política fuerte, que supone una estricta no intervención en su territorio, pero reclama el derecho a intervenir en los asuntos de otras naciones del mundo.

Fue espacio, así como la inmunidad a los ataques de la armada inglesa, han hecho a Rusia y los Estados Unidos inexpugnables para Inglaterra. Su fuerza creciente, en cambio, ha debilitado al imperio británico, de manera tal que el suyo es un problema de espacio no dominado.

“El espacio amplio conserva la vida”. El imperio insular japonés comprendió enteramente la verdad de este axioma. En una desesperada aventura ensanchó el cuerpo de su imperio, que entre Osaká-Nagoya y Tsurugá tiene una anchura inferior a 100 kilómetros creando un imperio alrededor del mar del Japón. Apoderándose de las materias primas de Manchuria y extendiéndose al interior del territorio de Asia, se adaptó a sus vecinos, poderosos en espacio. Si no hubiera sido por la profundidad de su espacio, China habría sucumbido hace tiempo a su agonizadora guerra civil, que hasta ahora (1936) tiene una duración de 25 años. Solamente la profundidad de su espacio y sus condiciones especiales geográfico-guerreras han conservado a los estados libres del Cercano Oriente y del Asia Central —Irán y Afganistán. Y fue también la profundidad de su espacio lo que salvó a Etiopía, el único estado autónomo de África, hasta que en 1935 fue absorbida por una potencia más fuerte.

Espacio para Alemania

Expresamente hemos colocado la fuerza política del espacio al principio de este manual de política mundial. Para nosotros, los alemanes, es de la mayor importancia que comprendamos que carecemos hasta del más mínimo espacio vital. La educación política mundial de Alemania debe, por tanto, hacer comprender incansablemente

que la utilización de nuestro territorio nacional es intolerable. Nada es más peligroso que resignarse a una pérdida que no es el resultado de una necesidad natural, sino que obedece a una ley artificial y arbitraria, como son muchas de las formaciones de espacio que registra la historia del mundo.

Lo que las manos han construido, las manos pueden también destruir. Este hogar de libertad, Dios lo ha construido para nosotros.

Guillermo Tell, desafía así al Castillo de Uri, el poderoso símbolo del poder de Austria. Pero para proteger al hogar de libertad todos deben estar dispuestos a ayudar a defendarlo. La exacta valúación política-universal del espacio dirá dónde y cuándo hay que prestar la ayuda.

Las fronteras como materia de la política mundial Importancia de los conflictos de límites

Es un grave error, en términos de la política mundial, considerar las fronteras como líneas rígidas e immutables. Las fronteras podrán ser lo que se quiera, menos elementos muertos; son organismos vivos que se extienden y se contraen, del mismo modo que la piel y otros órganos protectores del cuerpo humano.

Si consideramos las fronteras como zonas de batalla de la interminable lucha de la política mundial, los mapas político-geográficos de viejo estilo pierden su rigidez cadavérica. Las líneas carentes de vida que separan a los diversos espacios políticos, repentinamente se nos aparecen vivas, como una parte del organismo dinámico que vive dentro de ellas. Así transformado, nuestro mapa nos revela ahora, con la claridad de una radiografía, los lugares en que el esqueleto que sirve de sostén se halla demasiado cerca de la piel, dónde ofrecen una protección afectiva las fuertes formaciones musculares y dónde pueden las glándulas activas disolver o absorber cuerpos extraños invasores o veneno.

Usamos deliberadamente analogías biológicas, porque las fronteras son organismos biológicos del Estado. En realidad, las modificaciones fronterizas pueden ser comprendidas más fácilmente si se comparan con determinados fenómenos físicos naturales. Por supuesto, es el imperio británico el más rico en variaciones de tipos de fronteras. Una simple ojeada a la carrera de Lord Kitch-

ner, de sir Ian Hamilton, nos revela la gran experiencia de fronteras que alquieron en el curso de sus vidas. No puede atribuirse esto simplemente a que el amor a la aventura los llevara hasta las regiones de las posesiones inglesas en que hubiera conflictos fronterizos. La carrera de muchos oficiales o funcionarios ingleses abunda tanto en trabajos de cuestiones fronterizas como la de los dos antecitados.

Kitchener se ocupó de problemas fronterizos en todos los lugares en que estuvo. En el Cercano Oriente tuvo que afrontar regiones costaneras superpobladas que absorbían la población de las áridas regiones interiores. En Chipre halló una isla cuyo interior nunca había sido nubeado. En el valle del Nilo encaró el calidoscopio de los límites políticos, que mantenía constantemente en guardia a Egipto, Turquía, Inglaterra, Francia, Italia y Etiopía. En Sud África y en la provincia del Noroeste de la India, las regiones fronterizas tenían que ser protegidas de los nativos rebeldes. Muchos oficiales y funcionarios franceses, particularmente en Marruecos, tuvieron que hacer frente a problemas similares. Obtuvieron de esta forma valiosas experiencias que les ayudaron a resolver los problemas de límites que se planteaban en otras zonas del imperio francés.

El problema de fronteras de Alemania

Los dirigentes políticos y militares de Alemania, por otro lado, nunca comprendieron la importancia político-mundial de los problemas de límites. Durante doscientos años turvimos el problema de una frontera alpina pero sin embargo hasta el momento no hemos desarrollado una política general de fronteras con respecto a los Alpes. En consecuencia, constantemente se nos separa de ellos. Actualmente la frontera italiana ha sido adelantada hasta la cima de los Alpes, avance que coloca a Munich dentro del alcance de los cañones de Italia. En Estiria, así como en Valais, Alemania pierde terreno constantemente. Y en Carintia puede mantenerse sólo a costa de grandes esfuerzos. Tal es la actitud alemana con respecto a problemas de fronteras que son claramente visibles. Huelga decir que es todavía mayor nuestra indiferencia con respecto a otros, sobre fronteras náuticas, que aún no se han desarrollado.

Con todo, Alemania, más que cualquier otro país, anhela una revisión de sus fronteras. Con su territorio natural mutilado y sus límites indefensos a causa de la neutralización, muchos de sus hijos viven en lo que es ahora suelo extranjero. Francia ha incorporado a su territorio —con Alsacia— grandes poblados alemanes. Checoslo伐quia y Polonia tienen cientos de miles de alemanes dentro de sus fronteras. Estas condiciones han de conducir necesariamente a rozamientos políticos-mundiales.

Los límites de Europa

Pero no son los de Alemania los únicos problemas fronterizos de Europa. Italia, en ciertos sectores de las provincias fronterizas del noreste, penetra en los territorios de Alemania y Yugoslavia, mientras que Francia lo hace en territorio de Italia en la frontera noroeste de ese país. Como dijo Mussolini en 1934, Italia también está mostrada por sus problemas de límites en el Mediterráneo. Las zonas de habla italiana de Malta y Túnez, con sus 60.000 italianos son constantes fuentes de tensión. Y la propia Italia aumentó sus preocupaciones reteniendo suelo ajeno en las islas griegas del Dodecaneso, y tratando de obtener un acceso al territorio yugoslavo.

Los problemas de límites de la Europa central y oriental son mucho más numerosos. Polonia y Lituania están separados por una frontera tensa por el odio nacionalista desde la incorporación de Vilma al territorio polaco. La Rusia soviética, a pesar de todos los pactos de no agresión, constantemente mira con avidez hacia las costas del Báltico, su territorio de Rusia Blanca dominado por Polonia, y hacia la Besarabia, tomada por Rumania.

Dondequier que miremos, hallamos fronteras que laten dolorosamente, sometidas a la acción de violentas tensiones.

Un estudio de los actuales conflictos de límites

Aunque los conflictos de límites frecuentemente pueden resolverse en forma pacífica, la actual situación del mundo experimenta la tensión ocasionada por ellos; en un momento dado, pueden explotar en una guerra abierta. De estos conflictos uno de los más peligrosos

es el que ha causado durante largo tiempo la tiranía que existe en las relaciones entre Rusia y Japón. Ambas potencias discuten constantemente con respecto a los derechos de pesca en la isla Sachalin y en el mar de Ochotsk. China sostiene discusiones similares con Japón y otras naciones con respecto a los estrechos de Formosa y a la parte norte del Mediterráneo asiático-australiano. En este caso, además, el conflicto de límites oceánicos va más allá de rozamientos locales y se convierte en un enfrentamiento racial sumamente peligroso.

Los límites de Sudamérica carecen de estabilidad y soa el escenario de incessantes luchas fronterizas. Lo mismo ocurre, debido a su expediente situación, con la frontera noroeste de la India. Los límites africanos han sido trazados a menudo desatendiendo por completo las necesidades raciales y geopolíticas. Realmente, hoy su arbitrariedad, muchas de las regiones fronterizas de África se parecen a las de Sud América en la época del dominio español. Entonces se trataban los límites ignorando por completo las necesidades económicas. Las colonias del Río de la Plata, por ejemplo, estaban obligadas a hacer su comercio con Europa por la vía del Perú y el Istmo de Panamá. Este estado de cosas condice necesariamente a la rebelión. África puede eventualmente recurrir a tal solución de sus problemas fronterizos. En la Europa Central y del Sudeste también dejaron despreocupadamente de lado las trágicas experiencias de España en Sud América. En menor escala, los autores del tratado de Versalles repitieron errores que habían provocado la ruina del imperio español. Estados como Yugoslavia y Bulgaria, ambos al alcance del mar Egeo, vieron cerrada su salida. En consecuencia, ambos países planean y proyectan constantemente cómo obtener acceso a ese mar. Se crearon otros puntos de rozamiento en Memel y Vilma, que fueron asignados a espacios extraños. Danzig y Austria fueron obligadas a una independencia que no deseaban y en la cual no podían vivir ni morir. Hungría siente hoy un inmenso odio por la mutilación de sus límites, y en el mismo caso se halla Macedonia que, privada de sus derechos para obtener la categoría de Estado, fue dividida entre Yugoslavia y Grecia.

Este no es más que un breve estudio de los problemas de límites que hoy acosan al mundo. Por ser uno de los campos más fructíferos de la auto-educación política, todos los que estudian la política mundial deberían seguir sus propias investigaciones de acuerdo con las indicaciones anteriores.

ANDRE HILLION

André Hillion nació el 28 de marzo de 1905 en Saint Leu La Forst en Francia. Egresó de la Facultad de Derecho de París como licenciado en derecho y luego actuó en diversos círculos diplomáticos, científicos y pedagógicos relacionados con la geopolítica.

El centró sus investigaciones en el campo económico, dedicándose especialmente a los transportes, los sistemas de planificación y los grandes espacios económicos. Conoce profundamente Latinoamérica; por ese motivo ha analizado su integración y ha actuado como consejero y profesor en el Instituto de Estudios Políticos para América Latina (IEPAL). Desde 1949 reside permanentemente en Montevideo, Uruguay.

LOS GRANDES ESPACIOS ECONÓMICOS

por André Hillien

Vamos a plantear el problema de los *Grandes Espacios Económicos*. Es un tema muy vasto y no se puede pretender encarar todos sus aspectos en dos o tres exposiciones.

Pero parece mucho más importante, y principalmente mucho más provechoso, intentar hacer unas aproximaciones y analizar ciertas nociones que se han establecido desde hace unos veinte años sobre la cuestión de los "Especios Económicos".

La economía política de hoy está obligada a elaborar nuevos instrumentos de análisis para llegar a abarcar las realidades económicas de complejidad creciente.

El *Espacio Económico* es uno de estos nuevos instrumentos. En efecto, es durante la última guerra mundial que nació la noción de los espacios económicos tanto como la idea de darles cierta clasificación. El profesor francés François Perroux estableció la primera doctrina coherente, basada sobre la distinción entre el espacio territorial y el espacio funcional y las consecuencias de su dualidad, principalmente en materia de desarrollo o de estancamiento.

Es cierto que el Espacio Económico, como el Desarrollo que es a la vez su motor y su resultado, son tan viejos como el mundo. Desde que éste ha conocido un principio de organización, desde que se hizo un primer hogar y se le puso orden, hemos tenido al mismo tiempo un principio de economía, y también el propio sentido etimológico de la economía. Se ha establecido al mismo tiempo un "espacio" y se ha iniciado un proceso de "desarrollo".

Pero la enorme importancia que han tomado hoy estas nociones es el resultado de un *fenómeno de aceleración* extraordinario desde hace cincuenta años, como consecuencia del progreso técnico; tanto, que se necesitó una revisión de las normas existentes de la Economía clásica y neo-clásica.

Estas economías asentadas sobre bases territoriales bien delimitadas, no plantean problemas mayores para su control. Las "Civitates" de los Romanos o los "Municipios" feudales fueron los polos muy simples de una economía de subsistencia. La suma de estas células de base del espacio nacional daba la medida de la potencia económica del Príncipe, quien con la guerra como solución arriesgaba aumentar o reducir su patrimonio según la suerte de las armas. Tenía mos ya lo que llamamos hoy un "*espacio homogéneo*". No por eso integrado, pero sí "*homogéneo*" porque dependía de una autoridad, de *un único poder de decisión*.

Con el progreso técnico y la multiplicación de los medios de transporte subsiguiente, comenzó la *polarización* de los espacios económicos, fuente de las primeras "desarticulaciones" (según palabras del profesor A. Sauvy).

A este propósito se debe recalcgar una observación, que parece muy importante, del profesor Sauvy sobre los orígenes de las revoluciones del siglo XVIII. Según Sauvy, las causas fueron menos los abusos de las clases privilegiadas que la tensión creada por los progresos desiguales sucedidos poco a poco en las sociedades, consecuencia de las desarticulaciones internas acumuladas durante siglos. Esta observación es de gran interés, pues estamos en un momento de la Historia en que nuevas tensiones se encuentran acumuladas por las dislocaciones causadas por un progreso técnico cada vez más acelerado.

El problema, pues, es hoy no dejarse sorprender ni dominar por los acontecimientos, y es aquí donde incide una tercera noción de Espacio Económico que llamaremos *Espacio de Programa*, o Espacio-Plan.

Como lo observa de manera muy acertada el profesor Jacques Boudeville, "el espacio homogéneo y el espacio polarizado tienen sólo como último interés el de explorar una política, y ayudar a establecer un espacio planificado lo mejor posible".

En efecto, si nos limitamos únicamente a *registrar y prever* no contemplamos totalmente la noción económica del territorio. Tal limitación sería olvidar uno de los aspectos más modernos de la ciencia:

cía contemporánea: la *Prospectiva*. La ciencia es también un instrumento que debe permitir alcanzar lo más económicamente posible un objetivo determinado. La Prospectiva está directamente vinculada con el aspecto operacional de la investigación y de la ciencia, y permite determinar y delimitar un territorio-programa.

Se puede decir con Gaston Berger, el padre mismo de la Prospectiva:

"Antayer, seguíamos ciegamente lo que llamamos la Naturaleza. Ayer, nos conformábamos a esta Naturaleza con conciencia y aplicación. Hoy, nos corresponde, a veces proteger la Naturaleza, a veces orientarla hacia el rumbo que nos parece más favorable. En cierta manera, somos responsables de la evolución."

Ahora ya se puede intentar una definición de lo que debe ser un espacio-programa.

Se podría decir que se trata de un espacio cuyas partes constituyentes dependen de una misma decisión, como las filiales dependen de una misma casa matriz, esté o no el centro de decisión localizado en el territorio. Al mismo tiempo se trata de la elección de los medios geográficos disponibles para realizar un objetivo determinado en un plazo también determinado. Se trata de alcanzar el máximo de eficiencia en la elaboración de los programas regionales, estos mismos incluidos en un plan global de desarrollo.

Según Boudeville, conviene calificar los tres tipos de territorios económicos de la manera siguiente:

- el espacio homogéneo, de inspiración agraria;
- el espacio polarizado, de inspiración industrial y comercial;
- el espacio programa, de inspiración prospectiva.

Los dos primeros son instrumentos estáticos de análisis a la disposición del tercero, se trate de la empresa buscando un rendimiento máximo a costo mínimo en una coyuntura de competición — se trate de la autoridad pública buscando un crecimiento armonizado de los diversos recursos regionales y nacionales.

Conviene resaltar que no hay necesariamente coincidencia entre los diversos tipos de regiones. Acontece a menudo lo contrario. Por ejemplo, el espacio programa tiene como meta la creación de territorios polarizados nuevos de un rendimiento económico superior a los anteriores.

Dualismos entre los diversos espacios

Se intentará ahora una aproximación a otro aspecto del problema: las tensiones que proceden de cada tipo de espacio y los dualismos, a menudo bastante agudos, que resultan de esas tensiones.

Ciertos economistas estiman, no sin razón, que el desarrollo es la superación del dualismo de los elementos estructurales los cuales vienen de dos sistemas económicos y sociales completamente distintos y que interactúan al mismo tiempo.

El profesor Gannagé analizó estos dualismos que caracterizan a los países de desarrollo más o menos atrasado. Se estima en general que el grado de atraso es proporcional a la intensidad de los dualismos. Según Gannagé el dualismo es *territorial, financiero y social*.

El dualismo territorial

El dualismo territorial, dentro de una nación o de un grupo de naciones, es la diferencia de desarrollo entre las diversas zonas constituyentes, cuando algunas de ellas no llegan tan siquiera a alcanzar el "take off" a partir del cual empieza el proceso de crecimiento. En general este dualismo se manifiesta por cierto pluralismo regional cuyo esquema es más o menos el siguiente:

- a) zonas marítimas, donde se juntan con preferencia las firmas extranjeras, interesadas en la compra de materias primas y en la venta de productos elaborados;
- b) zonas de minas, donde están concentradas las industrias extractivas;
- c) zonas agropecuarias de grandes rendimientos relativos (grandes en razón de sus extensiones lo cual les da un carácter relativo). Estas zonas forman como "isotes" separados entre sí por territorios más o menos extensos de economía estancada, a menudo hasta regresiva.

Para el conjunto del territorio estas zonas de crecimiento pueden actuar como traba o, al contrario, facilitar el arranque. Entre los efectos de traba se pueden anotar principalmente: la migración de los hombres y de los capitales hacia los centros de desarrollo; también el aminoramiento sensible de la expansión de los servicios esenciales: salud, escuelas, transportes, etc... Por los efectos

tos favorables al arranque la zona de crecimiento se vuelve al contrario polo motor de la aceleración del desarrollo. Para eso el polo ha de integrarse profundamente en la vida nacional, actuar en el interés del conjunto del territorio, es decir dejar de ser dependencia de intereses exteriores.

En este caso el efecto motor es doble:

actúa, primero, por *absorción*... absorción de las materias primas que vienen de las zonas menos desarrolladas factor inicial de dinamización, de creación de mercados, de creación de centros secundarios de crecimiento y de puntos de propagación, actúa, segundo, por *creación*, por ejemplo creación de industrias en una zona no desarrollada pero que dispone de las materias primas esenciales.

En caso de dualismo territorial la tasa de crecimiento económico del conjunto territorial se establece por la diferencia entre los efectos de freno y los efectos de arranque. Y, por otra parte, las diferencias entre las zonas adelantadas y las zonas atrasadas permanecen o desaparecen según el grado de intensidad de los intercambios.

Todo el problema consiste pues en acelerar los efectos de arranque, los cuales —si la estrategia económica está bien manejada— deben obligatoriamente prevalecer. Se estima actualmente que los medios más eficientes para alcanzar este objetivo son la organización de los transportes y de las comunicaciones, así como la difusión rápida de una calificación técnica y profesional adecuada.

Dualismo funcional

El dualismo funcional, casi siempre, está intimamente vinculado con el dualismo territorial. Se manifiesta por la coexistencia de dos economías: economía de subsistencia, tradicional y precapitalista, y economía de mercado, de tipo capitalista clásico.

El efecto de la economía de mercado, implantada en general por intereses extranjeros cuyo objetivo es la explotación de los recursos naturales locales en provecho de los capitales invertidos originarios del exterior, es generalmente atrasar el proceso de integración de la nación por no incorporarse a su economía. Las firmas extranjeras constituyen puestos de vanguardia de los países industrializados e

integran naturalmente sus actividades a las economías de *dónde vienen los capitales* y no a las economías que *proporcionan las materias primas*.

Sin embargo la economía de mercado podría y tendría que ser un factor de desarrollo del territorio interesado, con efecto de polarización, si las autoridades locales y sus poblaciones participasen realmente en la gestión. No es todavía el caso de la coyuntura actual. Pero se puede adelantar que un modus vivendi, un tipo de asociación entre los intereses locales y los intereses extranjeros, podría ser la primera etapa de un nuevo sistema económico basado sobre la solidaridad de una acción empresarial mixta, a la espera de la verdadera solución basada sobre la solidaridad universal para el mejor provecho de todos.

La coexistencia de las economías de subsistencia y de mercado es contraproducente y perjudica el proceso de un verdadero desarrollo. Produce efecto de freno mucho más que efecto de arranque, por lo menos en el cuadro de las concepciones actuales de la economía. En efecto, no existe hoy sino una alternativa entre una dinámica de crecimiento orientada hacia la integración o el peligro de la dependencia económica que lleva al estancamiento y aumenta las tensiones sociales.

Dualismo Social

El dualismo territorial y el dualismo funcional tienen como efecto suscitar un tercer dualismo originado por sociedades divergentes y cada vez más opuestas en una misma colectividad.

En una sociedad de economía tradicional el papel del individuo depende de su posición social, de la importancia de su grupo y también de la importancia de sus ingresos. No hay ninguna movilidad vertical de los grupos sociales. Las actividades de los individuos son evaluadas en función de las cualidades que les atribuye su propio grupo social, y no en función de su contribución real a la colectividad.

En una sociedad industrializada el criterio es totalmente diferente: este criterio es la eficiencia, la contribución efectiva al esfuerzo general. La selección depende de la capacidad y no del parentesco. Este primer aspecto del dualismo social es en general la causa

de una tensión grave y de una dislocación institucional como consecuencia de la fuerte tendencia de las sociedades tradicionales a cargar sobre las colectividades un número plérito de funcionarios y de candidatos a profesiones liberales mientras faltan verdaderos cuadros.

El segundo aspecto del dualismo social es la diferencia entre las escalas de valores culturales. La sociedad tradicional está dominada por tabúes y se aferra a mitos; el comportamiento de los hombres carece de racionalidad crítica. Si alguien se interesa en cierta formación intelectual, no es para asumir una función social sino para tener un título (el título es muy importante y tiene valor de mito en las viejas sociedades). En fin, hay negativa, o por lo menos resistencia a infringir las costumbres, aun las más obsoletas.

En las sociedades de economía de mercado el ideal que se busca es muy diferente: tiende a obtener la productividad máxima. Según Gannage "todas las actividades son dirigidas hacia el progreso material y liberadas de todos los vínculos tradicionales". El tecnócrata tiene cierto desprecio por los sistemas atrasados.

El dualismo entre los dos sistemas y, hasta podría decirse, entre los dos tipos de civilizaciones, es creador de tensiones que pueden tomar un carácter de cierta gravedad hasta llegar, tarde o temprano, a transformaciones de las estructuras sociales. Si los cambios vienen de una mayoría no hay ruptura brutal, pero puede ser muy diferente si los cambios son iniciados bajo la presión de una minoría. Y las revoluciones que estas tensiones desencadenan no están siempre en el sentido de un progreso verdadero.

Tenemos dos mentalidades incompatibles. Se podría decir que tenemos otra noción de espacio que se desarrolla paralelamente a los otros: los llamaremos *espacio mental* con toda su potencia de prejuicios, sus fuerzas de acondicionamientos y motivaciones, sin olvidar la pereza natural que se niega a cambiar aquello a lo cual uno se ha acostumbrado.

Los países de América Latina, en grados más o menos diferentes, son marcados por los dualismos mantenidos fundamentalmente por la coexistencia de una economía arcaica de uso interno y de una economía de mercado de uso externo. Las economías dominantes no participan en un desarrollo real y efectivo de la zona y las inversiones privadas extranjeras no tienen otra meta que la rentabilidad inmediata, objetivo natural de la empresa en el marco del sistema actual.

Encontramos pues el esquema clásico del estancamiento: los "isotes" más o menos desarrollados con vastos espacios a menudo de economía regresiva, el todo constituyendo el "hinterland" de zona marítima activa y orientado hacia el exterior y vinculado a economías del exterior.

En la situación actual, y a pesar de los esfuerzos, no se puede decir que el aporte de la economía de mercado provocó un efecto de arranque. En muchos casos tiene todavía efecto de freno.

Espacios nacionales e integración

Los dualismos que permanecen en los espacios nacionales, inclusivo en los países industrializados y fuertemente desarrollados, han llevado a la mayoría de ellos a una toma de conciencia.

Se puede notar, desde hace ya algunos años, un esfuerzo de las naciones empeñadas en emprender políticas de fomento regional, de "acondicionamiento del territorio", según la fórmula, para acelerar y completar su integración. Se puede decir, con François Perroux, que ninguna nación, grande o pequeña, acepta hoy diferencias de grado de desarrollo en los territorios que la constituyen. Pero no todas tienen el mismo empeño para superar sus dificultades y eliminar las diferencias.

Ninguna nación, incluidas las más altamente desarrolladas, tiene su espacio absolutamente integrado económicamente. Las distancias geográficas no son totalmente vencidas y ciertas desigualdades permanecen en muchos planos, principalmente en lo económico y en lo social.

El espacio económico nacional es retocado permanentemente tanto por la transformación de las técnicas como por migraciones internas o cantidad de otros factores. Existe una incesante modificación de sus zonas de crecimiento o de regresión, de sus zonas de progreso o de estancamiento.

Es preciso comprobar que en todas las naciones, grandes o pequeñas, los Estados, sean liberales o autoritarios, intervienen cada vez más, y de todas maneras, en los territorios constituyentes.

Según Fr. Perroux: "lo que contiene la tierra hay que saberlo primero; lo que un pueblo puede y vale, hay que probarlo primero y darle después la oportunidad de capacitarse".

No se puede decir en menos palabras lo esencial de toda política planificadora y desarrolladora.

Incluso en las naciones que mantienen oficialmente el liberalismo, los planes y la protección son cada vez más la regla. Los Estados intervienen creando centros industriales, industria pesada de preferencia, la cual, casi siempre, necesita grandes capitales por unidad de producto. Los ejemplos son numerosos: el plan Vianoni en Italia para el desarrollo del Mezzogiorno; el Plan francés de acondicionamiento del territorio y de descentralización regional; los planes del gobierno federal de los Estados Unidos para el desarrollo del Sur. El plan del Tennessee Valley fue el primer ejemplo, hace unos treinta años. Se puede citar también los tipos de protección de la industria pesada por parte de las grandes potencias industriales, por medio de programas orientados hacia mercados determinados. (Gran Bretaña como ejemplo histórico.)

La *integración plurinacional* tiene como objetivo atenuar el inconveniente de la pequeña o mediana nación: caso del Benelux, por ejemplo, caso también de la Europa de los Seis que, bajo una alta autoridad (la CEE —Comunidad Económica Europea—) está haciendo una tentativa de integración. Esta integración plurinacional no es obligatoriamente compatible con una política de desarrollo regional. Como lo nota muy bien F. Perroux: si unos focos brisan, otros se apagan.

Desde el punto de vista económico, el que nos interesa actualmente, se puede definir a la nación de dos maneras:

- 1º la nación es un conjunto de grupos orientados y arbitrados por el Estado, el cual, en nombre del interés general,
 - negocia las protecciones tarifarias;
 - actúa sobre los stocks y los flujos monetarios;
 - distribuye los provechos y los gastos de la expansión;
- 2º la nación es un conjunto de polos de desarrollo y de crecimiento, cuya influencia actúa sobre concentraciones de unidades, *situadas o no* sobre el territorio nacional.

Esta última definición parecería corresponder mejor a la coyuntura del mundo económico actual.
Los grupos financieros, los carteles industriales, los trusts de intermediarios, que se pueden llamar grupos monopolizadores, actúan en el interior de las naciones. Se puede decir que la distribución

de los recursos económicos de la nación está relacionada, por lo menos en parte, con las diferencias en el grado de monopolio de los diversos conjuntos localizados.

Esta teoría, verdadera para la nación, es más verdadera a fortiori para una federación de naciones.

En un grupo, cada nación integrada tiene la posibilidad de aumentar el volumen del ahorro global y de las inversiones. Pero siempre se encontrara colocada frente a una opción: la de elegir entre hacer el esfuerzo a favor del foco principal, o a favor de uno o varios de sus territorios más atrasados.

Ejemplo: Francia y CECA (Comunidad Europea del Carbón y el Acero)

a) Francia hace el esfuerzo a favor de las comunicaciones en Lorraine para apoyar la expansión de la industria siderúrgica, la cual depende de la Comunidad Europea Carbón-Acero. o
b) al contrario, hace una inversión a favor del desarrollo de su provincia de Bretaña.

Es decir que, en cierta medida, se registra siempre el fenómeno de la desintegración económica del espacio nación como territorio, como consecuencia de:

a) los cambios técnicos y grado de monopolio alcanzado por los centros industriales,
b) la integración que se hace en beneficio de un foco (caso del Ruhr en Europa occidental).

Estas observaciones llevan a la conclusión de que la política de regionalismo y la política de integración plurinacional no son obligatoriamente compatibles desde el punto de vista nacional, y más aún, son *incompatibles* en muchos casos. Hay conflicto entre el polo de desarrollo y el territorio orgánico. Aparece, según la fórmula de F. Perroux, el conflicto *Función-Nación*.

Este conflicto tiene dos consecuencias importantes:

- 1) no se puede distribuir el crecimiento y actuar al mismo tiempo sobre el polo fuerte,
- 2) no se puede exigir una adaptación rápida, y menos una conformidad sin reservas a las exigencias del polo fuerte. Hay que contar con la resistencia de todos los intereses más o menos perjudicados, sin contar la resistencia de esos grandes espacios, a menudo tan mal conocidos, que son los espacios "mentales".

La solución sería, por lo menos al principio, limitarse a ciertas especializaciones precisas en favor de un polo, manteniendo el interés por las demás regiones. Pero esta solución implica la ayuda de los beneficiarios a favor de los no beneficiarios lo cual, en la práctica, no es muy fácil e implica una política muy firme y muy decidida de las altas autoridades.

Implica también llegar a un grado de integración de una Unión económica o por lo menos de un Mercado Común de concepción ya bastante adelantada.

En el caso de América Latina estamos todavía muy lejos de tales soluciones. Estamos apenas en el primer escalón del proceso. El Tratado de Montevideo no es el Tratado de Roma: no establece un Mercado Común, ni siquiera una Unión Aduanera. Se limita a crear una Zona de Libre Comercio.

Desde cierto punto de vista, se puede decir que el carácter de espacio económico de la ALALC es más potencial todavía que real: es una promesa de integración pero no desemboca todavía en una verdadera integración.

Es lo más probable que, en el interés mismo de la ALALC, tendremos que promover procesos de integración por zonas más reducidas para concretar mejor los objetivos de la ALALC y transformar a ésta en Unión Aduanera primero, en Mercado Común más tarde, para llegar, en un futuro más o menos próximo, a una verdadera Unión Económica. Cada etapa necesita sacrificios mutuos que implican cambios importantes de mentalidades.

Ahora bien: las observaciones que se acaban de hacer, nos llevan naturalmente al conflicto económico que persevera, de una manera o de otra, entre espacios o naciones designadas, conflictos que puede a veces tornarse agudo; por ejemplo el caso del proceso de descolonización que siguió inmediatamente a la Segunda Guerra Mundial.

Espacios económicos y conjuntos industriales

Es poco después de la Primera Guerra Mundial que los economistas empezaron a jerarquizar las naciones según su potencialidad económica. Se había tomado conciencia de la importancia, para una nación, de tener la posibilidad de reunir bajo un mismo poder, bajo una sola autoridad, grandes recursos muy diversificados sobre un territorio tan extendido como fuera posible porque:

- a) las diferencias de costos y de precios se propagan en el espacio y,
 - b) la presencia de zonas vecinas de poco desarrollo tienen influencia sobre las formas de crecimiento económico.
- En consecuencia, hay fatalmente tensión permanente entre el espacio territorial y el espacio económico. Los mercados no son nunca perfectamente comunicantes, aun en el caso de mercados internos muy extensos.

La nación más desfavorizada es la nación pequeña que permanentemente sufre costos elevados que repercuten sobre otros costos en una estructura de propagación:

- cuanto más grande es el número de empresas de dimensiones inferiores;
- más grande es el número de firmas cuyos costos de producción son excesivos;

y el resultado final es un nivel de gastos también excesivo para la nación entera.

Esto nos lleva a otra constatación: hay una dimensión *óptima de la firma*, dimensión que debe ser igual al volumen de la demanda probable. A los mercados extendidos deben corresponder medios extendidos e indivisibles.

Es así que la Empresa toma una importancia considerable en la economía moderna; es la célula de base, la célula madre de toda actividad económica. Se le debe la producción y la repartición de los bienes y servicios. En sí ya es un espacio económico que puede conseguir dimensiones considerables y provocar procesos de integración con entidades que le son complementarias.

Tenemos así la explicación de la tendencia natural de las naciones, principalmente las más grandes, a crear sobre sus territorios, y aun en el exterior, grandes conjuntos industriales;

- sea bajo la forma de unidades para una producción determinada;
- sea bajo la forma de conjuntos de producciones complementarias y medios de transporte.

Existe el ejemplo típico de la industria petrolera que se presenta como un tríptico perfecto: extracción, refinería y transporte.

Casi siempre estos grandes conjuntos industriales necesitan medios y mercados que sobrepasan las posibilidades de las naciones pequeñas y aún medianas. Sus etapas de expansión van de la investigación y el

estudio a la puesta en marcha y al apoyo, terminando con una política de estímulo para mantener la tasa de crecimiento y de eficiencia frente a la competencia.

Este proceso representa para las naciones modernas una nueva técnica competitiva, una nueva noción de la exportación que se podría llamar exportación de "bloques de inversiones de conjuntos industriales", constituidos por técnicos, ingenieros, expertos capacitados, con o sin los materiales correspondientes.

Ahora existen dos formas de lucha sobre un mercado exterior:

- la competencia tradicional que se mantiene, y
- la asistencia técnica.

Casi siempre estas dos formas de competencia son utilizadas al mismo tiempo, con el objetivo de tomar posiciones duraderas y permanentes, principalmente en lo que concierne a la orientación de los tráficos. Es también el criterio que permite medir la potencia de una economía. Según la observación de F. Perroux al respecto: "una economía es realmente grande cuando tiene capacidad para financiar las mejores unidades técnicas y proporcionarles salida, aun *contra la resistencia de los vecinos*."

Tenemos así dos formas de crecimiento económico, y ya sabemos que crecimiento no es siempre desarrollo:

- 1) una economía crece cuando reduce los costos y los precios reales de unidades de mediana y pequeña dimensión, frente a una demanda global. Aumenta así su espacio económico.
- 2) una economía crece cuando tiene posibilidad de crear industrias en régimen de monopolios que propagan reducciones de costo, creando así *dependencias exteriores*, mismo si estos territorios están bajo otra soberanía.

Es principalmente este último modo de crecimiento lo más importante. Es el modo de crecimiento de las más grandes economías del mundo de hoy, trátese del sistema capitalista o de otro. Y la Empresa, de estatuto privado o bajo control más o menos directo del Estado, es la célula-madre, la organización de base de la expansión, el instrumento de potencia económica del Estado pero también el instrumento de presión sobre el Estado.

¿Cuáles son los Grandes en la economía mundial de hoy?

Cada uno sabe que son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Gran Bretaña viene después, en menor medida, y muy probablemente mañana se agregará Europa integrada. La clasificación no es definitiva.

nativa: son numerosos los elementos que pueden modificar el curso de la Historia.

¿Cuál es el criterio del gran volumen económico?

Se puede decir que el grande es realmente grande cuando puede modificar las estructuras de la economía mundial por la demanda que representa, por un lado, y la inversión exterior que puede ofrecer, por otro. Cada uno de los Grandes actúa según procedimientos que le son propios, pero todos tienen algo en común: someten a sus socios y a sus satélites a tratamientos selectivos.

Los conjuntos económicos son más o menos activos o pasivos, y las naciones, pequeñas o medianas tienen generalmente tendencia a adaptar sus estructuras a los deseos de los Grandes, a pesar de que grupos más o menos numerosos, según los países, se resisten al hecho inexorable de la desigualdad económica y de las desigualdades acumulativas que son sus consecuencias.

Las contradicciones íntimas y las desigualdades dinámicas entre naciones son disimuladas mediante doctrinas políticas, y, sin embargo, están arraigadas profundamente fuera de éstas. A menudo, capitalismo o socialismo son simples coartadas. El problema de los espacios económicos tiene otro enfoque, que se podría llamar del "espacio mental". Es un estudio que necesitaría un análisis muy largo en el plano psico-social.

En nuestro momento histórico ni las Civilizaciones ni las Culturas, dice Perroux, pueden todavía verse alineadas en el hecho económico. Hay diferencias importantes en las intenciones, en los procedimientos, en las conductas, en los comportamientos. Y sin embargo se puede admitir que, en la práctica, el capitalismo y el socialismo se parecen más de lo que se piensa generalmente.

El conflicto no reside en esto; el conflicto fundamental reside entre la función y el territorio, conflicto que la escuela de "Economía y Humanismo" ha resumido en el postulado siguiente: El encuentro entre la técnica moderna y la organización territorial contiene y resume todas las contradicciones; es el conflicto entre la organización funcional y la organización territorial.

El siglo XVIII, con la industria artesanal y la economía agraria, fue el siglo de la soberana territorial sin mayor problema. El siglo XIX fue el siglo de una evolución a partir de las nacionalidades, y el siglo XX es el siglo de los polos de desarrollo y de economías dominantes que van a crear poco a poco una noción nueva de la idea de soberanía.

El conflicto entre las funciones (empresas de monopolio) y los te-

ritorios está hoy en todas partes: Europa de las funciones y Europa de las Naciones, Américas funcionales y Américas nacionales, etc...

El problema se plantea hoy entre los territorios funcionales por un lado, y los territorios nacionales, con sus nacionalismos estériles y opuestos, por otro.

Se verá más adelante la situación particular del Espacio Económico Europeo que se organiza poco a poco para resistir a la presión de los Grandes.

Si examinamos ahora la estrategia del mundo occidental capitalista se ve que ésta se encuentra asentada sobre programas de préstamos y de asistencia técnica estrechamente vinculados con los propósitos de los Estados en cuanto a las fuentes de energía y de materias primas, por un lado, y sobre los mercados comerciales por otro, lo cual provoca un estado de tensión permanente entre los poderes de los grandes centros industriales y financieros y los poderes políticos y territoriales. Los grandes Carteles, muy potentes, no tienen la menor intención de renunciar al apoyo de sus Estados nacionales, ni tampoco de admitir un poder político supranacional, menos aún promoverlo.

Si se examina la estrategia del mundo del Este, se ve que no es muy diferente. En Europa oriental la Unión Soviética optó por establecer un sistema de cooperación activa según un plan común. No acepta una integración libremente negociada entre las democracias populares. Los vínculos entre los socios y los afiliados constituyen una red de planes armonizados por el CAEM (Consejo de Asistencia Técnica Mutua). Las razones vienen de las diferencias de estructuras y de la desigualdad de los desarrollos. Es bastante probable que exista también otra razón: una conveniencia por parte de Moscú. El sistema le permite, en efecto, influir en cada uno de los "socios", pues todos los hilos de la red llegan a Moscú, principalmente a través de un organismo bancario adecuado (Banco de Cooperación), cuya sede es Moscú y cuya moneda de cuenta es el rublo.

El CAEM está constituido por los gobiernos y no por los partidos. Comprende a la URSS, Alemania del Este, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania y, desde 1962, Mongolia.

Albania y Yugoslavia no participan de él.

El Consejo, de carácter multilateral permanente, es un organismo de cooperación limitada a tres campos: económico, técnico y científico. Las recomendaciones obligan a los Estados miembros.

Se aproxima, sin embargo, a un tipo de Unión Económica en el cuadro "de igualdad de derecho, respeto mutuo de la soberanía y de los intereses nacionales".

Las dos metas principales son: 1º) la coordinación internacional de los planes; 2º) la especialización internacional de la producción por la división del trabajo y de las tareas.

Esos objetivos no tienen nada de revolucionario y corresponden simplemente a la necesidad moderna de conseguir el mejor aprovecho de cada especialidad o de cada estructura específica de los países miembros. Para obras de interés común (construcción de oleoductos, etc.) se planifican inversiones comunes.

La zona del CAEM abarca actualmente el 26% del territorio mundial, el 36% de la población mundial y el 36% de la producción industrial mundial.

El gran espacio socialista no es, pues, prácticamente muy diferente, bajo ciertos aspectos, de los grandes espacios del mundo capitalista. Las naciones socialistas dependen cada una, y según fórmulas diversificadas, del socio principal. La Unión Soviética es la economía dominante y modifica las situaciones a su conveniencia, otorgando préstamos a largo plazo y asistencia técnica para estimular actividades seleccionadas.

Se ve que las estrategias no demuestran profundas diferencias. Los grandes espacios económicos actúan sobre zonas de influencia, pero no tenemos que perder de vista que la tendencia es cada vez más a consolidar las posiciones apoyándose, si es necesario, sobre métodos de persuasión -adecuados.

Hemos desembocado hoy sobre un conflicto potencial cuya causa viene del siglo XIX, conflicto que se produjo entre los espacios económicos de los centros industriales y los espacios políticos de los Estados nacionales. A pesar de no ser muy perceptible al principio fue sin embargo causa de una tensión creciente (ejemplo de la agresividad económica de Inglaterra a principios de ese siglo). Esta tensión fue sin duda la razón profunda de las dos guerras de la primera mitad de este siglo. No tenemos que olvidar que lo que los economistas llaman hoy espacio funcional fue calificado también, y no hace tanto tiempo, de "espacio vital".

Haremos otra observación que explica mejor todavía el estado de tensión creado por el dualismo función-territorio: la necesidad ineludible, para un espacio funcional, de un proceso de aceleración de su propio crecimiento. Un espacio funcional está condenado a

desaparecer si no crece. Por esto, cada centro industrial de cierto tamaño tiene que mantener un mínimo de "agresividad":

- 1º) para asegurar su propio crecimiento y la expansión global de la economía a la cual pertenece;
- 2º) para conseguir tanto la energía como las materias primas que necesita y que, a menudo, se encuentran muy lejos de la base de sus actividades principales.

En el marco de esta doble lucha —para conquistar mercados y para asegurarse abastecimientos— los grandes espacios funcionales no están siempre dispuestos a respetar las reglas del juego, es decir, la ley del mercado de competencia. Utilizan su propio poder de monopolio por un lado y por otro la potencia del Estado al cual pertenece. Y si el Estado nacional utiliza sus centros industriales para afirmar su potencia, éstos utilizan también su Estado nacional para consolidar mejor sus posiciones. A la escala mundial el juego se vuelve cada vez más desigual, pues tenemos que tomar en cuenta que, si las naciones son todas *igualmente soberanas de derecho*, de hecho, desde el punto de vista económico, no son igualmente *ejercientes*; su importancia, su peso real en la comunidad de las naciones, depende, en gran medida, de la *naturaleza, del tamaño y de la tasa de progresión* de sus centros industriales.

La economía moderna se caracteriza, a partir principalmente del siglo XIX, por concentraciones cada vez más importantes de espacios económicos y financieros, acompañados de presiones políticas directas o indirectas, que quitan a las fronteras territoriales y a las soberanías nacionales buena parte de su antigua importancia. Hoy se puede decir que la fuerza de la soberanía está en proporción directa al potencial económico. Parece muy probable que el progreso de la ciencia y de las técnicas haga más sensible todavía este proceso en el futuro, y altere más aún la noción que tenemos de la frontera tradicional y convencional. He aquí otra observación de F. Petroux sobre este problema:

"Combinar territorios y poblaciones bajo un poder político que suscita y arbitra grandes mercados, es una cosa. Crear centros industriales potentes que utilizan estos poderes políticos y son utilizados por ellos, y que propagan sus efectos al pasar las fronteras políticas, es completamente diferente."

Hoy, todos los grandes centros de producción de energía, de materias primas y de industrias pesadas, por una parte, y los grandes servicios: bancos, seguros, transportes y comunicaciones, por la

otra, tienen la vocación de actuar sobre espacios que sobrepasan en mucho el cuadro de las naciones, incluidas las más grandes.

En el mundo occidental estas grandes entidades funcionales son manejadas por grupos financieros muy potentes, y a menudo de carácter multinacional. En el mundo del Este son manejadas por grandes complejos administrativos bajo el control de Moscú. Pero los dos sistemas de economía dominante tienen un rasgo común: una fuerte tendencia a la expansión. El resultado de la competencia entre los dos espacios dependerá principalmente de saber cuál de ellos tendrá más control sobre los centros de producción de los países todavía en vías de desarrollo, a qué ritmo y donde los nuevos centros serán distribuidos. Pero depende también de otro factor:

de la eficiencia alcanzada en función de un mismo volumen de inversión exterior disponible. La ventaja la tendrán los que eviten los gastos innutiles o las pérdidas provocadas por tareas duplicadas; los que procuren con habilidad, por medio de concentraciones o integraciones, un rendimiento óptimo en un tiempo mínimo. Interviene pues el concepto de organización máxima de abajo hacia arriba, principalmente de la empresa cuya capacitación tiene que llegar a un alto grado de eficiencia. (Los últimos cambios en el Gosplan soviético parecen indicar que se hace en la URSS un esfuerzo en este sentido.)

Parecería evidente que una cooperación entre las dos grandes economías dominantes para crear en común zonas de desarrollo sería una buena solución. En la práctica no es tan fácil: no es más fácil que conseguir que dos boxeadores suavicen sus golpes.

En efecto, esto implica llegar a una competencia armonizada, a nivel menos agresivo, llegando así también a acabar con el viejo juego de repartición de zonas de influencia y de provechos.

Este ideal de cooperación no es utópico. Se podría cambiar una competencia despiadada por una emulación dinámica y creadora. Sería una solución durante un período histórico probablemente muy largo. Estaría sin duda en contra de los conceptos de las viejas economías tradicionales que ya han pagado sin embargo un pesado tributo al impacto de una evolución irreversible. La presión en cadena del progreso técnico sobre los centros de producción, y de éstos sobre los grandes espacios, ha acelerado el proceso de desintegración de los viejos sistemas de colonización para llegar a soluciones más modernas de sujeción económica, pero no menos frágiles. Es también el precio pagado por los países jóvenes por el

rescate de su libertad política en el cuadro ya un poco ficticio de las fronteras nacionales. Sería un sueño pensar que podemos parar aquí.

Como conclusión podemos decir que el espacio funcional va a ganar cada vez más terreno a la noción de espacio territorial, y que los progresos de las técnicas van a acelerar el proceso, no en progresión aritmética sino geométrica.

Otros espacios en formación

Como lo hemos visto, dos grandes espacios dominan actualmente la situación: Estados Unidos y Unión Soviética, cuya polarización actúa sobre cierto número de países afiliados con más o menos consentimiento de su parte.

Mientras los dos Grandes acentúan su expansión, mientras el Imperio Británico procura mantenerse a la espera de incorporarse a otras estructuras, Europa camina despacio hacia una integración que desea con afán, pero cuya fórmula o cuadro definitivo no encontró todavía.

Mientras, por ejemplo, América Latina es una gran nación desintegrada por nacionalismos más o menos artificiales y fronteras generalmente arbitrarias, Europa, por su lado, es una yuxtaposición de nacionalidades profundamente arraigadas en unos veinte siglos de historia. Más todavía, el marco de la futura Europa depende de una opción fundamental entre la reunificación de Alemania o la conservación del actual *status quo*, y depende también de las últimas consecuencias del proceso de descolonización.

Es todavía difícil tener una idea exacta de Europa como Espacio Económico. Sin entrar en detalles, se tratará sin embargo de fijar las definiciones de los varios "espacios europeos":

1) Se llama hoy "Gran Europa" a la Europa de Estrasburgo, constituida por el tratado del 5 de mayo de 1949, cuyos 17 miembros, bajo la autoridad del Consejo de Europa, constituyen la OEEC (Organización Económica de Comunidad Europea), hoy OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico).

Si incluimos España y Yugoslavia —o sea 19 países— tenemos el conjunto de la Europa que constituye el foco de la civilización occidental. El concepto de civilización es lo que constituye la base

esencial de la "Gran Europa": "El objetivo del Consejo de Europa es realizar una unión más estrecha entre sus miembros para defender y promover los ideales que son su patrimonio común y favorecer su progreso económico y social..." (art. 1º).

¿Qué representa la "Gran Europa" frente a los dos grandes imperios económicos?

En superficie, 3.500.000 km², es decir, la mitad de los Estados Unidos y mucho menos que el bloque del Este.

En población, 290 millones de habitantes, o sea 170 % de los Estados Unidos y, aproximadamente, la cifra correspondiente al espacio soviético.

En producto nacional bruto, 250.000 millones de dólares en 1955, o sea el 57 % del que corresponde a los Estados Unidos, pero mucho mayor que el PNB de las democracias populares.

El espacio tiene gran porvenir potencial, pero le falta todavía homogeneidad y, económicamente, los diversos países están en grupos diferentes de evolución que van del simple arranque al consumo de masa. Para estar realmente "integrado" le falta un territorio común y, lo que es todavía más importante, *una voluntad política común*, es decir, un *organismo común de decisión*.

2) Según H. J. Mackinder (en "Democratic Ideals and Reality"), se puede considerar a Europa bajo un doble enfoque: el punto de vista del hombre del mar y el punto de vista del hombre de tierra. La Europa de los 19 sería una Europa marítima, y la Europa continental sería la parte que está actualmente incorporada económica mente al espacio soviético.

Este punto de vista es algo arbitrario, pero permite cierta aproximación.

En realidad, la Europa de los 19 no ofrece una coherencia absoluta: se divide en la Europa de los Seis, la Europa de los Siete y los demás países. También se puede encarar a Europa en su parte norte y su parte mediterránea, estando, esta segunda parte, subdesarrollada a pesar de contar con más de % de la población total (150 millones de habitantes). La población activa es todavía agraria (de 50 a 70 % según los países). El ingreso per cápita no alcanza a 300 dólares. La Europa mediterránea comprende Turquía, Grecia, Yugoslavia, Portugal, España e Italia del Sur.

3) Muy diferente es la Europa de los Seis, con su centro industrial; el Ruhr; su país Polo: Alemania y su espacio privilegiado Y

ya fuertemente integrado: el Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo).

Reúne a tres grandes naciones, cada una con su vocación bien arraigada desde la Edad Media: la Alemania del Imperium, la Francia del Magisterium y la Italia del Sacerdotium.

Integran la Comunidad Europea los tres organismos siguientes:

- la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), creada en 1952;
- el Mercado Común, o Comunidad Económica Europea (CEE),
- el Euratom o Comisión Europea de Energía Atómica (CEEA), creada por el Tratado de Roma de 1957;
- el Instituto a principios de 1953.

La Comunidad Económica tiene su Asamblea, su Consejo, una Comisión y un Tribunal de Justicia. Un comité económico y social, con funciones consultivas, asiste al Consejo y a la Comisión. Estamos frente a un espacio que evoluciona del Mercado Común hacia la Unión Económica total.

El Tratado de Roma y el Tratado de Montevideo que fija las bases de la ALALC no son comparables en modo alguno. El Tratado de Roma tiene como meta un proceso de verdadera integración, mientras que el Tratado de Montevideo se limita a una liberalización progresiva del comercio interzonal.

El cuadro siguiente indica la posición relativa de la CEE en 1952, poco antes de la constitución de la Europa de los Siete:

(En millones de toneladas)

	CEE	United Kingdom	URSS	U.S.A.
Aceros	58	20	55	77
Carbón	246	219	353	380
Petróleo bruto a refinarse	92	32	97	374

4) La Europa de los Siete, creada en 1960, es la parte más marítima de "Europa Marítima". Reúne, en torno de Inglaterra, a los tres países escandinavos y Suiza, Austria y Portugal. En 1962 Finlandia se asoció. Este grupo de EFTA (European Free Trade Association) tiene objetivos mucho más limitados y no pretende actuar en el marco de un mercado común.

Como se ha visto, el Gran Espacio Europeo se reparte en zonas más o menos adelantadas en el camino de la integración.

Frente a las hegemonías de los grandes bloques, otros espacios se delinean para estar en condición más favorable de tratar con las economías dominantes.

Es el caso del *Mercado Común Árabe*. Cinco países: Jordania, Siria, RAU, Irak y Kuwait, firmaron una Convención el 10 de agosto de 1964 con el objetivo de establecer un mercado común dentro de un plazo de 10 años. Se hizo un llamamiento a otros ocho países miembros de la Liga Árabe, pero las divergencias políticas por una parte, y por la otra el hecho de que los países de la zona están divididos más o menos por mitades entre liberales y dirigistas, dificulta y arrasan los esfuerzos integracionistas. ¿Y qué pasa en nuestro continente?

Se ha creado un *Mercado Común Centro-American* por tratado del 10 de junio de 1953, agrupando a los cinco países del istmo: Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador. Para 1966, el comercio tiene que ser totalmente liberado. El tratado incluye, lo que es importante, un Convenio Constitutivo de un Banco Centroamericano de Integración Económica.

Más ambicioso es el tratado firmado el 8 de febrero de 1960 en Montevideo, porque abarca una zona muy extendida. Por eso es ambicioso: por ser muy extendido. Hemos visto que integración implica fatalmente dislocaciones y que la cosa debe ser manejada progresivamente y con prudencia, con una gran preparación en los detalles, lo cual falta actualmente.

No vamos a entrar en detalles ya que el IEPAL dedicó uno de sus "Estudios de actualidad" a la ALALC y a sus problemas (Estudio N° 9 - ALALC, 1964).

Sin embargo, tenemos que reconocer que la ALALC, dándose cuenta de su falta de consistencia, hizo un gran esfuerzo para mejorar la situación. Una voluntad de cambio se manifestó en la Conferencia de Bogotá, a fines de 1964. Empezó a concretarse con la Conferencia de los Cancilleres en noviembre de 1965 en Montevideo. Teóricamente, hay progreso: todo depende ahora de la puesta en práctica:

— se acordó la creación de un Consejo de Ministros de la ALALC, que puede ser (según el afán de llegar realmente a una integración) un paso decisivo para transformar el agrupamiento regional en un

bloque eficaz, reforzado por la anunciada incorporación de Venezuela y Bolivia;

— fue desechada la idea de crear un Parlamento de la ALALC, pero se acordó que los parlamentos de cada uno de los países miembros constituyen comisiones para la ALALC.

Siembra a alcanzar los objetivos del Tratado de Montevideo la creación de una Comisión de Asuntos Comunitarios, así como no se ha reforzado la Secretaría Ejecutiva actual. La participación de los sectores empresariales y obreros es más teórica que real y es librada al criterio de cada gobierno.

Se dejó prácticamente de lado el problema de los transportes, de su coordinación, del acondicionamiento de las cuencas fluviales, que es lo esencial para el desarrollo de un espacio económico.

Es claro que América Latina tiene que tomar en cuenta las presiones de varias economías dominantes, y no la presión de una como se cree generalmente. Dejando de lado todo aspecto político del problema, es evidente que, desde el punto de vista objetivo, es más fácil para un espacio económico en formación enfrentar una sola economía dominante. Tenemos el ejemplo ya histórico de Europa.

El 5 de junio de 1947, los Estados Unidos hicieron a Europa una proporción de ayuda técnica que tuvo gran importancia política y económica, y que se llamó más tarde "Plan Marshall". La condición de la ayuda americana fue que los países de Europa constituyeran un mínimo de unión económica. Así fue creada la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica), a la cual ya nos referimos y que más tarde pasó a ser la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), de la que Estados Unidos y Canadá son miembros. Europa sacó de la ayuda americana una fuerza extraordinaria. Actualmente, en el marco de la Alianza para el Progreso, América Latina está en condiciones mucho más favorables que Europa en 1947, pero el "espacio mental" latinoamericano es muy diferente. Este es otro problema. Podemos decir solamente que la economía dominante y la economía dependiente proceden de la naturaleza de las cosas, pero sus efectos son diferentes según los comportamientos. El Tratado de Roma es una herramienta bastante eficaz. El Tratado de Montevideo no elimina el "herodianismo" (ver estudio "América Latina", N° 10, IEPAL, 1965), mantiene los dualismos y cierta complacencia por una situación bien arraigada.

La Alianza fue y sigue siendo una gran oportunidad, pero queda en pie un gran malentendido. Aquí también parece que chocan dos "espacios mentales" muy diferentes. Más quizás: el anarcosimismo que superó Europa con la guerra es difícilmente superable en este continente latinoamericano que se mantiene aferrado a no
ciones obsoletas de instituciones y de soberanías. Así la Alianza sigue siendo una esperanza: el milagro que no se produce, y una realidad: un despilfarro sin resultado. Y, sin embargo, faltaría poco para que la Carta de Punta del Este fuera una realidad. Solamente leerla atentamente y aplicarla en su letra y en su espíritu. Una acción concertada de la ALALC, del BID, del CIAP y del CIES podría dar resultados excellentes con la condición de tener un mínimo de unanimidad de los gobiernos para definir las grandes metas económicas y sociales que se deben alcanzar. El error de los Estados Unidos en lo que concierne a la aplicación del programa de la Alianza fue, y es todavía, el de otorgar créditos sin que las condiciones previas sean satisfechas. Hemos visto que la creación de un polo de desarrollo tiene efecto de propagación y que en ciertas condiciones puede producir "deslocaciones". Sabemos también que en los países subdesarrollados los capitales son a menudo mal utilizados. (A este respecto ver L. J. Lebet, "Suicide ou Survie de l'Occident", p. 120 y s.) Por estas razones las condiciones previas son muy importantes, pero no han encontrado todavía soluciones satisfactorias. No hay cambios institucionales; no hay reformas administrativas; no hay el mínimo de capacitación indispensable para cuadros adecuados para tareas nuevas, etcétera, excepto, y muy parcialmente, en países que han llegado al estado de "arranque" como México, Brasil o Venezuela.

Esta situación tiene dos inconvenientes:

- 1) una distorsión de la financiación que sirve a la promoción de bienes de consumo o alienta nuevos servicios administrativos, sin beneficio y hasta con perjuicio del desarrollo de base;
- 2) una proliferación de planes de utilidad contestable en tanto no existan los cambios estructurales e institucionales. Es así que la ayuda técnica se queda limitada a la promoción de organismos técnicos.

Otro inconveniente para hacer de América Latina un gran espacio económico integrado es la falta de coordinación entre los diferentes planes nacionales. Cada país ha hecho sus planes, según su

metodología, sus necesidades, sin tener en cuenta los planes de los vecinos, sin la menor idea de cooperación ulterior.

Por lo menos el CIAP tiene la posibilidad de corregir en cierta medida la atomización de las economías. Los planes que tienen como metas teóricas las integraciones nacionales, están en contradicción, en muchos casos, con el proceso de integración zonal. No se puede evitar y es deseable que la integración de América latina se haga por "escalada": primero las integraciones nacionales, enseguida integraciones por grupos de países vecinos. Pero cada etapa integracionista no tiene que perder de vista la etapa final, la integración continental que ha de ser realidad un día. Por esto, cada planificación nacional debe evitar toda meta que fuiese una traba para una cooperación regional futura.

No tenemos informes suficientes de la reciente Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, pero parece sin embargo que existe actualmente cierta preocupación para dar a las instituciones competentes los medios necesarios para mejorar el proceso integracionista. De todas maneras, la integración se hace progresivamente, sea cual sea la importancia del espacio. La fórmula de integración fronteriza es de gran interés para la cooperación continental. Como ejemplo, indicaremos la experiencia patrocinada por el BID: el acondicionamiento de la región fronteriza entre Colombia y Venezuela. Otra fórmula fue la experiencia brasileña de la cuenca del río San Francisco. Y vamos a estudiar precisamente la importancia del acondicionamiento de las cuencas de los ríos como factor de desarrollo y creación de espacios económicos.

Tres experiencias: Tennessee Valley - Río San Francisco Eje Mosela-Saona y Ródano

Hemos visto que la acción "prospectiva" consiste en guiar a la naturaleza hacia los objetivos que queremos alcanzar acelerando su proceso.

A este propósito, se debe mucho a una experiencia iniciada en 1933 bajo la iniciativa del ex presidente Franklin Roosevelt: el acondicionamiento de la cuenca del Tennessee. Se aprendieron muchas cosas con esta experiencia: primero, lo que es la planificación; segundo, que se podía acelerar considerablemente un proceso natural de desarrollo.

La historia muestra en efecto que el desarrollo económico, la expansión, el poder, hasta las grandes civilizaciones, se han hecho lentamente y preferentemente en las cuencas de los grandes ríos. Bastaba acelerar la evolución de la historia. La experiencia del Tennessee demostró que una acción planeada y sistemática permitía conseguir en algunos años los resultados de varios siglos.

Después de la última guerra el problema del acondicionamiento de las cuencas de los ríos ha tomado gran actualidad y es objeto de controversias. En efecto, la creación de este tipo de "espacio de programa" puede provocar serias desarticulaciones por su impacto sobre una economía regional. Es decir, que la operación debe siempre ser cuidadosamente planeada.

En el mundo occidental tenemos tres experiencias que merecen particular atención por ser la adaptación de una misma metodología a zonas de desarrollo y de condiciones geográficas muy diferentes; se trata del Tennessee, como dijimos antes (Estados Unidos), del San Francisco (Brasil) y del eje Mosela-Saona-Ródano (Francia-Europa occidental).

El cuadro siguiente da, *grosso modo*, los tres campos de aplicación:

Cuenca	Superficie *	Largo	Población *	Ingreso p.c.
Tennessee ¹	240.000 km	1.050 km	6.000.000	u\$S 1.200
San Francisco ²	600.000 km	3.160 km	4.000.000	u\$S 140
Mosela-Saona-Ródano ³	120.000 km	1.500 km	10.000.000	u\$S 900

* Como término de comparación: Uruguay, 137.000 km²/2.500.000 hab.

1 Iniciado en 1933.

2 Iniciado en 1939.

3 Previsto en el Vº Plan francés (1964).

3) coordinación y agrupación de los diversos medios de transportes.

La operación necesita una concepción unificada y una autoridad ejecutiva con poderes centralizados y más o menos extendidos. En cada una de las tres experiencias la autoridad es diferente:

a) Tennessee. La alta autoridad: TVA (Tennessee Valley Authority) tiene su sede en Washington y su centro de ejecución en Knoxville. Sus poderes están limitados a lo que concierne a la energía, la navegación y la irrigación. Los otros problemas dependen de la autoridad federal o de los Estados interesados por el proyecto.

b) San Francisco. La CVSF (Comisión del Valle del San Francisco), cuya sede está ahora en Brasilia, tiene poderes más extensos: irrigación, navegación, energía, transporte, salud pública.

desarrollo de la producción y desarrollo cultural. La CVSF está

vinculado a la Cía. Hidroeléctrica del Río San Francisco (Representante Paulo Alfonso) y a la Cía. de Navegación del Río San Francisco.

c) Mosela, Saona, Ródano. La Cía. Nacional del Ródano tiene poderes para el acondicionamiento de la energía, de la navegación, de la irrigación y de los transportes (incluso la electrificación ferroviaria y la construcción del oleoducto Karlsruhe-Lavera).

Un breve análisis de cada una de las experiencias permite observaciones de interés:

1) La operación Tennessee fue iniciada en 1933. Interesa a siete Estados (Tennessee, Kentucky, Alabama, Virginia, North Carolina, Georgia, Mississippi). Los resultados de los 25 primeros años fueron bastante espectaculares. Para un gasto que no alcanza al 3% de la renta de las poblaciones interesadas, la tasa de crecimiento de la región es superior a la tasa media del conjunto de los Estados Unidos y el nivel de vida es multiplicado por 3. Se construyeron 20 represas. El tonelaje-kilómetro fue multiplicado por 50. Se ahorraron por año 14 millones de dólares en transportes por carretera y por ferrocarriles. Alrededor de las ciudades de Memphis, Nashville, Knoxville, Chattanooga, Gadsden, se edificaron más de cien ciudades cuya población pasa de 2.500 habitantes.

2) La operación del San Francisco, iniciada en 1940, se desarrolla sobre un terreno muy diferente. Se trata de una región poco poblada y subdesarrollada. La meta es conseguir la unidad interregional entre Recife, San Salvador, Belo Horizonte, y la operación Brasilia viene a completar la experiencia. La guerra y las crisis

económicas han frenado aparentemente el éxito de la empresa, pero los resultados son sin embargo positivos para los Estados de Bahía, Pernambuco, Sergipe, Alagoas y Minas Gerais, a pesar de un financiamiento bastante bajo: 1% del presupuesto federal. Otro resultado importante es la ayuda a los "flagelados" del noreste brasileño. Ya varios millones de desocupados fueron amparados en el curso de estos últimos años.

3) La tercera experiencia no es consecuencia de una depresión (caso del Tennessee) ni de un subdesarrollo (caso del San Francisco); es el acondicionamiento de una zona ya altamente desarrollada con por lo menos cuatro regiones polarizadas. Por el momento se trata de un proyecto cuya elaboración constituye el tipo mismo de un "espacio de programa" de concepción estudiada rigurosamente. Tiene un doble objetivo: nacional (francés) y multinacional (Europa de los Seis y África del Norte en una cierta medida).

a) Desde el punto de vista francés, interesa a todas las regiones fronterizas del este: Alsacia, Lorena, Borgoña, Ródano-Alpes, Costa Azul, y elimina los cuellos de botella de los cortes interzonales. La opción fue tomada al elaborar el Quinto Plan francés "porque tiene también carácter de eje europeo al mismo tiempo". El particular interés del proyecto es que se trata de *la cooperación de un gobierno con una autoridad multinacional (el Mercado Común Europeo)*.

b) Desde el punto de vista europeo, interesa a todos los países del mercado común, al crear un eje desde el Mediterráneo (Marsella-Lavera) al Mar del Norte (Rotterdam), lo cual vincula las grandes regiones agrícolas e industriales de Europa occidental.

El proyecto va a permitir disponer de un enorme potencial de medios de transporte y comunicaciones. Duplicando el potencial del Rin, hasta Koblenz por vía fluvial, se suma una autopista a un ferrocarril ya electrificado. El oleoducto Lavéra-Karlsruhe va a llevar al centro del Ruhr el petróleo de África.

En fin, la experiencia, por su posición geográfica, no solamente va a beneficiar a un eje Norte-Sur, del Mar del Norte al Mediterráneo, sino que también acarreará efectos de propagación hacia los grandes centros industriales de Italia del Norte: Turín y Milán.

Estos tres ejemplos permiten hacerse una idea de la importancia de una cuenca fluvial como espacio de programa. Por su parte, la URSS hizo esfuerzos enormes en cuanto a ríos

que pasan de 4000 km y cuyas cuencas alcanzan superficies de más o menos 12 veces el Uruguay. Hay pocos detalles sobre las experiencias pero las autoridades rusas parecen satisfechas de ciertos resultados desde el punto de vista de la agricultura y la energía. Dejamos ahora el tema de los espacios de programa para otro enfoque del problema. Debemos pues al transporte aéreo otra interesante aproximación y muchos estudios provisionales.

La doctrina Van Zandt

Durante la última guerra los gobiernos de los grandes países no esperaron el fin de las hostilidades para encargar a los expertos en transporte aéreo un estudio, a escala mundial, con el fin de facilitar la elaboración de un estatuto de la aviación civil internacional (Conferencia de Chicago, 1944) y, lo que era más importante, para saber cómo utilizar en tiempo de paz un instrumento cuya eficiencia se reveló durante la guerra.

En el correr de los años 1944 y 1945 se hicieron verdaderos estudios prospectivos, y lo esencial de una nueva y original doctrina fue elaborado por un experto americano, Mr. Parker Van Zandt. Pasados 20 años, esta doctrina no ha perdido su interés, es decir, que fue un éxito de estudio prospectivo. (The Geography of World Air Transport, 1945).

Según el autor, la guerra mostró que los políticos, tanto como los economistas, seguían trabajando sobre datos deformados y obsoletos: mapas de regiones deformadas por la proyección Mercator, regiones desarticuladas económicamente por la división clásica en continentes, etc. ... Dos ejemplos para ilustrar estos tipos de errores: en Groenlandia apareciendo tan grande como América del Sur, o Alaska como la mitad de América latina, y Siberia y Turquestán disociados de la Unión Soviética por la delimitación convencional entre Asia y Europa.

Los medios de transporte, y menos aún el transporte aéreo, no podían acomodarse por más tiempo a tales deformaciones de las realidades. Si ya eran apreciables para el barco o el ferrocarril, se hacían muy graves en lo que concierne al avión.

La doctrina Van Zandt permitió grandes adelantos. Propuso,

—primero, utilizar la proyección zenithal equidistante, más cercana a la realidad geográfica, para los estudios;

—segundo, se dividió el mundo en ocho regiones económicas.

Lo más original de la doctrina es que se puede tomar, según las necesidades, cualquier parte del globo como polo. Se llegó así a determinar el hemisferio principal, es decir el hemisferio económico esencial. Se verificó así que el polo de este hemisferio estaba ubicado cerca de Nantes, en el oeste de Francia. El hemisferio principal así determinado tenía en 1945 más o menos el 94% de la población del mundo así como el 93% de su potencial industrial. No hay, hoy, cambio sensible en esas relaciones.

Mi intención no es entrar en un análisis de la doctrina Van Zandt, pero sí indicar simplemente su metodología de un gran interés para las investigaciones en materia de espacios económicos.

Tengo que agregar sin embargo que, según la teoría de Van Zandt, cada punto del globo terrestre puede tener doble valor; el uno proviene de su posición relativa, llamada *topográfica* o de *posición*, el otro está vinculado a su desarrollo, a sus posibilidades, a su actividad, y se puede calificar de *intrínseco* o *fundamental*, porque tiene el valor del potencial de sus recursos (funds: recursos). La terminología es del autor mismo.

Es así que Gibraltar y Singapur tienen valor de posición en materia de transporte marítimo; Islandia durante la guerra, y Anchorage hoy, tienen valor de posición en relación con el transporte aéreo. El bloque Manchester-Liverpool, como centro industrial algodonero, tiene valor intrínseco. Los grandes centros industriales del este de los Estados Unidos y el centro de Kuznetz en la Unión Soviética, tienen el doble valor topográfico y fundamental.

Parker Van Zandt resaltó la importancia de Europa occidental como espacio económico: "... de Europa a cada una de las principales regiones de actividad, la distancia por aire es menor, en general, que desde cualquier otra región".

En fin, para terminar este rápido examen de la doctrina Van Zandt, anotaremos que el autor destacó dos elementos en el valor "fundamental" de un espacio:

- 1) las *fuerzas propias* (o potencial económico), y
- 2) los *puntos de aplicación*.

Es decir que un espacio, grande o pequeño, tiene un poder real cuando dispone a la vez de una fuerza propia y de puntos de apoyo.

cación; es el caso de Europa y de los Estados Unidos o la Unión Soviética o Inglaterra.

Brasil y Argentina, por ejemplo, tienen una fuerza propia de cierto potencial, pero tienen todavía pocos puntos de aplicación; lo que explica la necesidad de una política de integración y de creación de espacios de programa.

No hemos agotado el tema de los espacios económicos, pero las diversas aproximaciones que hemos hecho del problema nos han permitido abrir ciertos horizontes, despertar la curiosidad sobre ciertas perspectivas. No hemos agotado el tema porque tiene múltiples aspectos; el problema de la ciudad, por ejemplo, sea rural o urbana, la arbitrariedad que consiste, ahora, en clasificarla según el simple criterio del número de habitantes; la aceleración de la tipificación del agro que va a modificar ciertas nociones sectoriales y espaciales en un plazo probable de menos de 10 años, etcétera.

CONCLUSION

Nos limitaremos a ciertas reflexiones.

A nuestro criterio, un espacio económico, cualquiera sea su dimensión, su forma, o su repartición espacial, es un *hecho*. Es siempre el resultado de un impacto de los adelantos técnicos que resultan del progreso científico en un grupo humano, dentro de un marco geográfico determinado. El grado de armonización en la interacción de los tres factores da el grado y el ritmo del desarrollo. Pero tenemos que anotar que el progreso técnico y el elemento geográfico siguen siendo lo que son, mientras el factor humano es una variable. Puede ser un poder acelerador como un factor de estancamiento. En efecto, no todos los grupos humanos son igualmente permeables al progreso técnico y al desarrollo; cada civilización tiene sus tabúes y sus prejuicios, reflejo de los grandes mitos de su historia que se disfrazan a menudo de epopeya cuando no de leyenda. Todos estos son grandes frenos para llegar a ideales comunes de solidaridad en el desarrollo.

Cada civilización produce ciertos tipos de instituciones que traen sus modos de vivir. El análisis de los sistemas jurídicos permite a menudo encontrar la fuente de ciertas dificultades. Fue el Dr. André Loyer, rector de la Universidad de Toulouse (Francia),

quien hizo la observación de que todas las grandes dificultades con las cuales tropieza el panamericanismo, por ejemplo, podrían venir de la oposición de dos concepciones del derecho: el derecho escrito y el derecho consuetudinario.

Los países de derecho escrito están más arrigados en el tradicionalismo, en fórmulas y en el culto de la historia. Los países de derecho consuetudinario miran más hacia adelante. El pragmatismo se opone al cartesianismo. Hay pueblos espacios más introvertidos y espacios más extrovertidos.

Es así que la economía de desarrollo, base de un espacio de programa, no puede ser una doctrina cerrada. Y acá tenemos lo esencial de la doctrina del Padre L. J. Lebret.

Hay una estrategia del desarrollo. Como en la medicina psicosomática, ésta debe encarar la totalidad del organismo y disponer de un arsenal de tratamientos diferenciados según cada caso. Es por esto que el estudio de la región, grande o pequeña, del espacio, sea cual sea su tamaño, ya sea funcional, territorial, mental, social, ya sea un municipio o una empresa, debe ser riguroso y tan científico como posible, porque es de este estudio que siempre va a salir el diagnóstico y, de este diagnóstico, la solución óptima sino la más perfecta.

Otra reflexión que podemos hacer es la siguiente: la ley fundamental de nuestro tiempo, que será cada vez más rigurosa, es la obligación de adaptarse rápidamente a una inestabilidad permanente que viene del progreso técnico; pues si éste, por un lado, evoca crecimiento y desarrollo, por el otro, tiene un aspecto bastante trágico: la *no-possibilidad*, a menudo, de reconversión inmediata del individuo, del grupo, de la empresa, hasta de la nación (el efecto de dislocación del cual hemos hablado). Y, más aún, la gran tragedia para todos: la caducidad cada vez más rápida de las instituciones y de las estructuras frente a este impacto de la técnica. El drama es más sensible aún para los países en vía de desarrollo, muchos de los cuales ni se dan cuenta que existe tal problema. En este piano inciden problemas de ética, de filosofía, de humanismo. Porque, si tenemos que aceptar la ley del progreso como aceptamos la ley de la vida, ello no quiere decir que hemos de aceptar la una y la otra de cualquier manera. Tenemos que dominar la situación, y es aquí donde interviene la prospectiva cuya meta es, no solamente prever, sino también dar lo Humano como meta final a los progresos de las ciencias y de las técnicas.

El profesor Sauvy hizo una observación muy atinada diciendo que si todo se mueve y cambia en nuestra sociedad a un ritmo cada vez más acelerado, sería sin embargo exceso de credulidad pensar que este movimiento procede de una buena organización bajo el manejo advertido de jefes. Es lo contrario. El progreso técnico empuja esto hacia adelante, pero de una manera desordenada. En efecto, hemos de admitir que, en una cierta medida, se ha perdido el control de los acontecimientos. Parecería que la élite política no puede abarcar ni resolver los enormes problemas del mundo actual.

Durante un largo tiempo, más o menos hasta la Primera Guerra Mundial, existió una vanguardia política que fijaba las grandes metas de las vidas nacionales. Buena o mala, había una política, en el sentido más amplio de la palabra.

Desde hace una generación las vanguardias políticas parecen no tener ya ideas. Se acomodan en un cierto conformismo o, peor aún, viven en el miedo: miedo del comunismo, miedo del imperialismo, miedo de los vecinos, miedo de la bomba atómica, etcétera... Pero no hacen nada por superar o dominar el progreso y para utilizarlo mejor. Hay falta total de imaginación.

A la vanguardia están la ciencia y la técnica. Asentada sobre sus nociones de eficiencia y de rentabilidad, la técnica sigue su camino hacia adelante sin piedad. Cada novedad destroza algo y vuelve caducas ciertas instituciones.

De las instituciones, dos, infelizmente se quedan muy atrás: la enseñanza y la política. Y mientras hacen un pequeño esfuerzo de adaptación, ya la vanguardia ha tomado nuevamente distancia. Estamos condenados al progreso perpetuo sin el menor descanso.

Sin embargo las dos instituciones que tienen como tarea el poner orden, son precisamente la *enseñanza*, para permitir asimilar el progreso, y la *política* para ordenar sus efectos.

Como el progreso no puede parar, tenemos que asimilarlo. Ya Dioclesiano, asustado por el progreso, se fue a cultivar sus lechugas. Montesquieu también vio en los adelantos técnicos una fuente de desocupación. Sin embargo, la historia económica demuestra lo contrario. En los países más desarrollados hay más empleos que antes de la industrialización, y donde hay actualmente más desocupación es, precisamente, en los países subdesarrollados. Por falta de imaginación, no se puede todavía asimilar correctamente el progreso; nos quedamos en situación incómoda y se falsifica el sistema

por un expediente; se hace pagar el progreso con la inflación y, más dificultad hay para asimilar el progreso, más inflación hay.

Vamos a terminar citando a dos personalidades que las circunstancias han sensibilizado ante los problemas de los grandes espacios económicos.

Primero, el gran economista francés François Perroux: "Existe una ideología económica y no hay más que *una*; es el pleno empleo, a la escala del mundo, de todos los recursos materiales y humanos, favorecido por el diseño de proporcionar, a cada uno, las condiciones materiales que las ciencias juzguen necesarias para su pleno desarrollo. "El universalismo de Perroux" es consecuencia de una observación: a la integración de gigantescos bloques de monopolio, no hay otra contestación válida sino la integración política.

En segundo lugar, el inglés Sir William Hildred, quien, después de más de veinte años de gran dedicación a la aviación civil internacional (Director de la IATA) tuvo una experiencia directa del desarrollo de los espacios: "La soberanía nacional que implica que un gobierno puede colocar sus intereses nacionales por encima de los intereses humanos, es, sin embargo, incompatible con la supervivencia de la raza humana. La soberanía nacional era indispensable en el siglo XIX para conducir a buen término los asuntos de cada nación y salvaguardar sus intereses. Pero, en nuestros días, se ha convertido en impracticable, anacrónica, incierta y fatal. Los diarios nos muestran todos los días que la soberanía nacional no es ya un medio de defender la vida, la propiedad, las tradiciones, la cultura, y que es incapaz de crear las condiciones indispensables para el bienestar social".

Es decir que, a la aceleración de la técnica debe corresponder la aceleración de las integraciones económicas y políticas, pacíficamente, sin esperar a que ello sea la consecuencia de pruebas de fuerza inevitables a partir de un cierto grado de tensiones. Para resumir, no hay, fundamentalmente, como se cree, economías dominantes contra economías dependientes: hay, y habrá cada vez más, economías interdependientes. Si estamos condenados al progreso, lo estamos también a la cooperación.

WEIGERT, HANS W.

Científico de origen alemán, radicado en los Estados Unidos desde antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y naturalizado como ciudadano norteamericano.

Ha cumplido una importante labor pedagógica en las universidades de Pittsburgh y Georgetown, en el área de ciencia política y geografía.

Es autor de numerosos trabajos de geopolítica, entre ellos *La geopolítica alemana*, publicada en 1941; *Geopolítica - generales y geógrafos*, de 1942 y *Visión estratégica del mundo*, de 1951.

De su libro *Principles of Political Geography*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1957, extractamos un capítulo para esta *Antología*.

**EL "HEMISFERIO OCCIDENTAL"
Y EL "PERÍMETRO DE DEFENSA"
DE LOS ESTADOS UNIDOS**

por Hans W. Weigert

Los "continentes" y otras nociones de grandes espacios

"En la actualidad pensamos en términos de continentes", escribió en 1920 Oswald Spengler, el filósofo pesimista alemán; "pero eso hoy no basta. Debemos tener la visión mundial, imperial." Desde que se escribieron estas palabras, el pensamiento político y geográfico en todo el mundo ha experimentado una marcada tendencia hacia la revisión y readaptación de los conceptos básicos de la geografía mundial. Tales revisiones suelen atravesar las líneas de demarcación de áreas y continentes para mantener el ritmo de las cambiantes relaciones de un mundo que se contrae cada vez más. A menudo encontramos que el proceso de estrechamiento ocurre a una ritmo tan rápido, que las adaptaciones necesarias del pensamiento geográfico quedan muy atrás. Como resultado de tales retrasos culturales detectamos una buena cantidad de inexactitudes conceptuales, especialmente en lo que concierne a las nociones de los grandes espacios, y algunos conceptos políticos, económicos y culturales gravemente equívocos pueden ser atribuidos a esta dificultad que se experimenta en la redefinición de las relaciones continentales y de otras relaciones espaciales.

¿Qué es, por ejemplo, el Hemisferio Occidental? ¿Dónde se en-

cuenta la línea divisoria entre Europa y Asia? ¿Dónde está el no tan Lejano Oriente, el no tan Lejano Norte? ¿Adoptan significados diferentes si se los contempla desde Washington, Moscú o Londres? O, si consideramos el problema en términos de la seguridad de los Estados Unidos, ¿qué concepto debe adoptarse para la defensa de éstos? ¿Será un concepto continental, basado en lo que llamamos "Hemisferio Occidental", o un concepto mundial? Entre ambas opciones existe un amplio espectro de posibilidades, desde una estrategia de defensa basada en los Estados Unidos continentales hasta una proyección ofensiva de la fuerza norteamericana en escala mundial.¹ Si bien aquí no nos ocuparemos de los problemas estratégicos mismos, advertiremos que para comprenderlos es esencial ver con claridad los factores geográficos subyacentes.

El tratado de Tordesillas

La confusión actual es comparable a la que se produjo en 1493 cuando el Papa Alejandro VI emitió su famosa Bula que ignoraba la lección básica de geografía, según la cual la Tierra es esférica. El mandato papal fue, sin duda, una de las decisiones geopolíticas más importantes en la determinación del curso de la historia mundial. Como árbitro final de la Europa cristiana, al Papa le correspondió dividir el mundo no europeo entre los gobernantes rivales de España y Portugal. Uno de sus predecesores ya había reconocido los derechos de Portugal sobre la costa africana, cuando Colón regresó de su primera expedición. En el Tratado de Tordesillas, el Papa Alejandro trazó la línea por la que se asignaron las respectivas esferas de interés a las dos grandes potencias coloniales de la época: la línea corría de polo a polo, a cien leguas al oeste del archipiélago de Cabo Verde. Todas las tierras que se descubrieron a partir de ese momento al oeste de esta línea serían españolas, mientras las del este pertenecerían a Portugal. No se previó lo que ocurriría cuando ambos países se encontraran en el lado opuesto del globo. Según este acuerdo (que ambas naciones formalizaron en 1494 con leves modificaciones a la Bula de 1493), todos los continentes americanos

(cuya existencia era entonces totalmente desconocida para los implicados), con excepción de la parte oriental del Brasil, eran españoles, mientras India y la mayor parte de África caían dentro de la esfera de influencia de Portugal. Groenlandia también habría entrado en la esfera portuguesa si los exploradores de esta nación hubieran llegado tan lejos. El origen portugués del nombre Labrador demuestra que no se mostraron totalmente inactivos en esa dirección. En 1606, se reclamó por primera vez un trozo de la Anártida en nombre del rey Felipe de España.² Estos hemisferios creados por el hombre continuaron funcionando hasta que, en los siglos XVII y XVIII, los colonizadores británicos y holandeses lograron poner fin a esta cartografía arbitraria.

Conviene recordar este episodio no tan efímero si tenemos de emprender la tarea de dibujar un mapa del mundo que muestre las líneas sensibles —el “perímetro de defensa”— de las grandes potencias. Al hacerlo, descubriremos que se hace necesario esclarecer ciertos conceptos básicos.

¿Dónde está este hemisferio nuestro, y dónde están todos los demás que importan? ¿Cuáles son las realidades, y cuáles los mitos que rodean a los “continentes”?

La concepción de Oriente y Occidente en Mackinder

En una conferencia memorable titulada “El habitat humano”, ofrecida en 1931, Mackinder definió lo que, en la visión del mundo de un geógrafo, constituye las características fundamentales de la humanidad y del habitat humano de Oriente y Occidente. Su intento de poner en perspectiva algunos hechos salientes sigue representando una pieza clásica de definición geográfica y aquí la citamos bastante extensamente porque esclarece nuestro pensamiento en un tema de importancia básica dentro del estudio de la geografía política:³

“Los monzones pasan sobre Asia porque ese vasto territorio yace totalmente al norte del ecuador y, por consiguiente, está sometido, en general, a estaciones alternadas. Sobre una superficie de unos

¹ *Major Problems of United States Foreign Policy, 1952-1953*, The Brookings

Institute, (Washington, D.C., 1952), p. 149 y ss. (159).

² Martin, *op. cit.*, pp. 66-67.
³ H. J. Mackinder, “The Human Habitat”, Records of the British Association for the Advancement of Science (London, 1931), 15 pp.

cinco millones de millas cuadradas en el sur y este de Asia, de la India a Manchuria, y en las grandes islas adyacentes, el monzón deja caer anualmente lluvias que en promedio alcanzan los 18 millones de toneladas. La mitad de la humanidad, unos 900 millones de personas (1931), habitan las regiones naturales de esta superficie, en número aproximado de 180 por milla cuadrada. Por lo tanto, la lluvia caída es del orden de las 20.000 toneladas por habitante. Existe considerable tráfico entre las regiones de este grupo, y están las pesquerías; a fin de lograr una visión global, agreguemos otros tres millones de millas cuadradas para las áreas marginales y rodeadas de tierra. Entonces tendremos un total de ocho millones de millas cuadradas, o sea el 4 % de la superficie terrestre, con un 50 % de la raza humana. El crecimiento demográfico anual puede llegar a unos siete u ocho millones, y por comparación con esta cifra, tanto la emigración como la inmigración hacia y desde el mundo exterior son pequeñas. En términos generales, contamos aquí con grandes campesinos estables, "adscritos al globo"; si se me permite utilizar una expresión medieval; atados al suelo; una tremenda realidad de lluvia, savia y sangre. Eso es Oriente.

Occidente está en Europa, al sur y oeste del Volga, y en ese tercio oriental de Norteamérica que incluye la corriente principal del Mississippi y la cuenca del St. Lawrence. Europa dentro del límite del Volga mide unos tres millones de millas cuadradas, y el este de Norteamérica, unos dos millones. Por lo tanto, en conjunto, ambos poseen una superficie terrestre equivalente a la del grupo de regiones que constituyen el Oriente. Si añadimos tres millones de millas cuadradas por las pesquerías y la faja oceánica que contiene los "caminos de navegación" entre Europa y Norteamérica, obtendremos nuevamente un total de un 4 % de la superficie del globo, y éste es el hábitat geográfico fundamental de la civilización occidental. Dentro de esta área hay 600 millones de personas, ó 120 por milla cuadrada de tierra. A pesar de la interrupción oceánica, puede considerarse como una misma área, pues la distancia entre E.N.E. y O.S.O., entre el Volga y el Mississippi, mide sólo unas siete mil millas, o sea poco más de un cuarto de la longitud del Ecuador. La lluvia que cae sobre la tierra proviene de la misma fuente tanto en Europa como en la zona este de Norteamérica; procede principalmente del sur, del Atlántico, y es del orden de las 12.000 toneladas anuales por habitante. El crecimiento neto anual de la población es de cuatro o cinco millones y, comparada con esta cifra, la emigra-

ción al mundo exterior es escasa, pues el desplazamiento de un millón de emigrantes por año de Europa a Norteamérica en la primera década de este siglo fue, por supuesto, un fenómeno interno del área.

Tenemos así dos áreas que, en conjunto, miden menos del 10 % de la superficie de la tierra, pero que contienen más del 80 % de su población. Fuera de estas áreas queda un 90 % de la superficie del mundo, que sin embargo contiene sólo el 20 % de su población. En aproximadamente cuarenta millones de millas cuadradas de tierra, externas a Oriente y Occidente, nos encontramos con una densidad media de población de apenas 10 habitantes por milla cuadrada, frente a los 120 de los cinco millones de millas cuadradas y occidental, varía de la sequía del Sahara a los diluvios amazónicos y congoleses; pero llama la atención el hecho de que Sudamérica, en sus seis millones y medio de millas cuadradas, cuente con una población de sólo 10 habitantes por milla cuadrada, o sea el promedio mundial de las áreas externas a Oriente y Occidente. Este vacío de Sudamérica y África puede ser considerado tal vez como un tercer rasgo fundamental del hábitat del hombre; hay que recordarlo junto a la extraordinaria y persistente autocontención de Oriente y Occidente. El crecimiento de las poblaciones del mundo exterior al "Este" y al "Oeste", aunque reforzada por alguna inmigración, es relativamente insignificante. La principal expansión no ha constituido sino un desbordarse de las viejas regiones ocupadas hacia áreas contiguas —hacia el norte y noreste de Europa, hacia el este de Norteamérica, y hacia Manchuria— y en todos los casos se ha llegado a las fronteras naturales de la sequía y del hielo, con excepción de algunas salidas relativamente estrechas a lo largo de las fajas de trigo de Norteamérica y Siberia. Aun en Norteamérica, el centro de la población ha dejado de desplazarse apreciablemente hacia el oeste.

En este continuo aumento de la población de Oriente y Occidente, que supera en mucho al del resto del mundo, encontramos un ejemplo de ímpetu geográfico. Aunque provenga del pasado, este ímpetu es un hecho del presente, un elemento dentro del sistema dinámico de la geografía actual.¹

El atrevido enfoque de Mackinder que señala a Oriente y Occidente

como los rasgos sobresalientes de la geografía humana del globo, exhibe el tipo de sentido geográfico que extrae su fuerza de la fusión de un profundo conocimiento de la geografía e historia. Para Mac-kind, la geografía era, en sus propias palabras, "un tipo de expresión paralelo al de las artes literarias y complementario de éste... Ordena los valores paralelamente a los datos medidos. Por lo tanto, se caracteriza por su perspectiva".

El Hemisferio Occidental

Necesitaremos del sentido geográfico —de la perspectiva— si hemos de definir el contorno de lo que quizás represente el término geopolítico más importante para los americanos, o sea el Hemisferio Occidental.

Cabe destacar que "hemisferio" se entiende aquí sólo en sentido figurado, como "Oriente" y "Occidente". Este análisis no tiene nada que ver con su sentido estrictamente geométrico, sentido que seguirá constituyendo un concepto indispensable para el astrónomo, el geodesta y el topógrafo. Aquí hablamos del Hemisferio Occidental como de un término casero y de un mito. El Hemisferio Occidental no es un concepto claramente definido. Lo asociamos vagamente con la Doctrina Monroe. Esta asociación nos permite tomar conciencia de sus implicancias históricas y políticas más importantes; de ello surge con claridad que no podemos darnos el lujo de definirlo en términos nebulosos. Sin embargo, si intentamos fijar su extensión en términos de fronteras geográficas inconfundibles, inmediatamente nos enfrentaremos con barreras insuperables. Descubriremos que, al igual que el Santo Imperio Romano, que según Voltaire no era ni santo ni romano ni imperio, este Hemisferio Occidental no es ni occidental ni hemisférico. Algunas muletillas políticas como "solidaridad hemisférica" y "hermandad continental" pierden parte de su brillo a la luz de los hechos geográficos. Deben ser interpretadas conforme a lo que, en las distintas condiciones políticas, se quiera decir por referencia a términos tales como el "Hemisferio Occidental" o el "Continente Americano".

Canadá y Sudamérica

Norteamérica y Sudamérica se encuentran vinculadas por un istmo. Esa franja de tierra sólo produce la ilusión de un contacto geográfico, "a causa del extraño hábito humano de pensar que únicamente la tierra es un elemento de conexión"⁴. Es una ilusión porque existe poco o ningún tráfico a lo largo de esa franja de tierra. Por ejemplo, si los canadienses visitan Sudamérica, deben viajar por agua o aire; Canadá está más distante de la mayor parte de Sudamérica que de Europa Occidental⁵. A raíz de este hecho geográfico es lógico hallar que Canadá se ha abstenido constantemente de toda asociación política directa con el movimiento Panamericano y la "Seguridad Hemisférica". El punto de vista canadiense fue resumido como sigue: "aún en millas, Canadá está más cerca de Europa que de Sudamérica. Una masa de tierra tan remota —a menos que la geografía política más pobre hubiera de prevalecer sobre la más rica historia— nunca podrá compararse con aquello a lo que se accede más fácilmente por el mar o por el aire. Canadá se abstiene de las alianzas anglo rusas o francesas por cuyos objetivos regionales ha sacrificado tanto en dos ocasiones. ¿Bajo qué compulsión de política básica, simple geografía o ideas comunes efectuará discriminaciones regionales a favor de un pacto de seguridad panamericano? Su relación con América Latina es totalmente diferente de su asociación con el Commonwealth británico o de su entente con los Estados Unidos"⁶.

Tales pensamientos y conclusiones políticas son la expresión lógica del sentido geográfico de los marinos británicos que contemplan el mar y las vías marítimas como sus arterias y rutas vitales. Solo para las naciones continentales y orientadas hacia la tierra el mar se presenta como una barra para el intercambio.

El Atlántico Norte como vínculo entre Europa y las Américas

En términos de realidades geográficas, el concepto de la supuesta unión de las Américas a través de la solidaridad hemisférica se encuentra influido por tal pensamiento continental. Descuida el cre-

⁴ V. Masse, "Canada and the Inter-American System", *Foreign Affairs* (1948), pp. 693-701.

⁵ *Ibid.*

⁶ L. Gelber, "Canada's New Stature", *Foreign Affairs* (1946), p. 287.

cimiento, acaecido durante los tres últimos siglos, del Océano Atlántico Norte como área central de la civilización occidental y el hecho resultante de que los vínculos que lo atraviesan y que van del norte al sudoeste de Europa en el este y de Norteamérica a Sudamérica en el oeste, se han tornado más importantes que cualesquiera de las grandes rutas transcontinentales. No es incidental que, al subrayar esta tendencia geográfica e histórica básica, un geógrafo británico, G. B. Fawcett, señalara que "en muchos casos se verifica ahora una mayor unidad de cultura y tradiciones y un mayor volumen de intercambio entre países situados en orillas opuestas del Océano Mediterráneo que entre otros pertenecientes al mismo continente y separados por menor distancia. Es probable que Argentina y Colombia tengan más cosas en común con España que entre sí. Noruega posee mayor número de puntos de contacto con Norteamérica que con Italia. Portugal está más íntimamente vinculado con Brasil que con Europa central"⁷. Y Portugal y España se encuentran entre los principales clientes de Islandia, puesto que el mar no representa una barrera que los separe sino un vínculo natural que es importante para sus respectivas economías.

La economía y el mito de los continentes

El sentido económico basado en las realidades geográficas ha enseñado permanentemente que los océanos representan grandes rutas de comercio que sirven para conectar más bien que para dividir o separar. El intercambio normal de artículos de primera necesidad entre dos entidades políticas cualesquiera que posean igual acceso tanto a las rutas marítimas como a las terrestres, siempre se ha realizado con mayor facilidad y menor costo por las primeras. En términos de "distancias de costo", las relaciones espaciales entre, digamos, Nueva York y algunos puntos continentales por una parte, y de ultramar por otra, se ven totalmente diferentes si dejamos de lado el factor costo y comparamos las distancias solamente.

El costo que representaba despachar cien libras de trigo por tren desde Kansas City a Nueva York en 1939 era de 33,5 a 42,5 cen-

tavos, mientras enviar el mismo trigo por barco desde Nueva York a Liverpool, una distancia tres veces mayor, costaba sólo 13 centavos. El mismo año, el flete de una partida de caucho enviada por mar desde Singapur a Nueva York ascendió a 1,50 dólares, mientras el flete de la misma partida desde Nueva York a Akron, Ohio, por ferrocarril, fue de 1,03 dólares, si bien esta última distancia representa apenas 1/25 de la primera.⁸

De estos ejemplos se sigue que, en términos de distancias de trigo y caucho, Liverpool y Singapur están más cerca de Nueva York que Kansas City y Akron. La significación de tales relaciones para la geografía económica fue sintetizada por Eugene Staley de la manera siguiente: "Las conexiones terrestres, que parecerían establecer fácil contacto entre los pueblos del mismo continente, pueden ser impedimentos tanto como conexiones, mientras las masas de agua, que superficialmente parecen barreras en el mapa, en realidad pueden constituir los vínculos de conexión más importantes. Puesto que esto fue tan cierto en el pasado, los modelos existentes de cultura, tradición, afinación política e interdependencia económica que se nos presentan en el mundo actual suelen ser tanto oceánicos como continentales"⁹. El progreso tecnológico del transporte marítimo ha acelerado rápidamente el proceso de contracción de los vínculos de unión de las masas de agua.

La ilustración más viva del problema en su aplicación a las relaciones económicas interamericanas la ofreció Costa Rica, que, "al sufrir escasez de arroz, encontró que era más económico importarlo desde Saigón vía Hamburg y el canal de Panamá que obtenerlo de Nicaragua, sitiada a un paso"¹⁰. Situaciones grotescas tales como la aquí descrita sirvieron para promover el proyecto de la Autopista Interamericana, en el que el sueño no realizado del Ferrocarril Panamericano se ha convertido en la meta más viable de unir las rutas y caminos existentes para formar una carretera continua y moderna.¹¹

⁸ E. Staley, "The Myth of the Continents", en Weigert and Stefansson, *op. cit.*, p. 93.

⁹ Staley, *op. cit.*, p. 96.

¹⁰ M. E. Gilmore, "Pan-American Highway", *Foreign Commerce Weekly* (octubre 20 de 1945), p. 42.

¹¹ Cabe destacar que grandes sectores de la carretera que finalmente se extenderá desde la frontera norteamericanomexicana hasta el extremo sur de Sudamérica aún se encuentran en proyecto. Según los cálculos más optimistas de 1955, pasarán por lo menos quince años antes de que se complete la totalidad.

⁷ C. B. Fawcett, "Life Lines of the British Empire", en Weigert-Stefansson-Harrison, *op. cit.*, pp. 238-249.

La clara comprensión del rol que juega el mar en la economía y la aplicación de los principios laterales al Hemisferio Occidental facilitarán la apreciación de la realidad geográfica según la cual los continentes norteamericano y sudamericano están realmente separados el uno del otro y que, en términos de distancias de navegación, sus grandes centros comerciales están respectivamente más cerca del noroeste y sudoeste de Europa que entre sí. Además, tal comprensión ayuda a explicar en términos geográficos por qué las raíces económicas, políticas y culturales de los distintos estados americanos están más íntimamente vinculadas con el suelo europeo que entre sí. Es a la luz de estas realidades geográficas que debemos contemplar los intentos de definir este Hemisferio Occidental nuestro.

Los límites míticos del Hemisferio Occidental: Islandia

Una buena ilustración de las insuperables dificultades que se oponen a cualquier intento de trazar los límites del Hemisferio Occidental en términos estrictamente geográficos la brinda Islandia que, en la primavera de 1956, decidió presionar en pro de la liquidación de la base que poseía la OTAN en Keflavik, a mitad de camino entre Moscú y Nueva York, la cual revestía importancia vital para el Mundo Libre, puesto que controla el acceso a Norteamérica por el norte. Cuando, el 7 de julio de 1941, las tropas norteamericanas se hicieron cargo de la protección de Islandia, que en esa época, y hasta junio de 1944, constituyó formalmente parte de Dinamarca, el presidente Roosevelt declaró en un mensaje al Congreso: "Los Estados Unidos no pueden permitir la ocupación por Alemania de muchos de los puestos más estratégicos del Ártico para un posible ataque al Hemisferio Occidental. La tranquilidad de que tales puestos de nuestra frontera defensiva permanezcan en manos amigas representa el fundamento mismo de nuestra seguridad nacional".

Elegimos este ejemplo porque muestra cómo en las palabras del presidente Roosevelt y en pronunciamientos semejantes efectuados

¹² Se dice que aun durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, Franklin D. Roosevelt rechazó el punto de vista del Departamento de Estado, según el cual Islandia pertenecía "en gran parte" (?) al Hemisferio Occidental. Se supone que basó su rechazo en la interesante teoría de que "se forzaría demasiado la idea pública de la geografía". (B. Rauch, *Roosevelt From Munich to Pearl Harbor*, New York, 1950, pp. 194-196, citado en A. P. Whittaker, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, New York, 1954, p. 160.)

¹³ V. Stefansson, "What is the Western Hemisphere", *Foreign Affairs* (1941).

¹² Se dice que aun durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, Franklin D. Roosevelt rechazó el punto de vista del Departamento de Estado, según el cual Islandia pertenecía "en gran parte" (?) al Hemisferio Occidental. Se supone que basó su rechazo en la interesante teoría de que "se forzaría demasiado la idea pública de la geografía". (B. Rauch, *Roosevelt From Munich to Pearl Harbor*, New York, 1950, pp. 194-196, citado en A. P. Whittaker, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, New York, 1954, p. 160.)

¹³ V. Stefansson, "What is the Western Hemisphere", *Foreign Affairs* (1941).

Por estadistas y militares norteamericanos en los años siguientes y eran utilizados los términos "este Hemisferio" o "el Hemisferio Occidental", como si se tratara de conceptos regionales claros, sobre cuya base podía definirse en términos geográficos hasta dónde debían llegar los Estados Unidos al defender su zona de seguridad. En la actualidad, Islandia constituye un buen ejemplo, porque en años recientes estadistas y geógrafos han discutido largamente y en vano si Islandia forma parte del Hemisferio Occidental u Oriental. Antes, hacia 1930, nadie dudaba que los hechos de la geografía humana hacían de Islandia una propiedad de Europa¹². Desde el punto de vista fisiográfico, no pertenece ni a Europa ni a América, sino que es una isla típicamente océánica: sólo para los geométricos estuvo siempre en el Hemisferio Occidental. Vilhjalmur Stefansson ha sugerido que una frontera "de facto" entre los Hemisferios Occidental y Oriental debería ser "la línea media del canal más ancho" del Océano Atlántico, trazada entre los continentes americanos por un lado y entre los de Europa y África por el otro.¹³ Esta frontera correría al este de Islandia, pero tal delineación geográfica no estaría de acuerdo con los límites políticos existentes en nuestros días. El Tratado de Río de 1947 intentó redibujar los límites del Hemisferio Occidental, al incluir en su extensión toda la masa terrestre americana, la Antártida, las Aleutianas, Terranova y Groenlandia; pero dejó de lado a Islandia. La razón de esta omisión fue puramente política. En el momento en que se redactó el Tratado, el Peligro de que estas fronteras ficticias se superpusieran con las de la Unión Soviética parecía aún mayor allí que en otras partes.

Como se ve en el mapa, el borde del extremo este de Groenlandia se extiende más allá del borde del extremo este de Islandia, hecho que tendería a contradecir la suposición popular de que Groenlandia se encuentra dentro del Hemisferio Occidental e Islandia dentro del Hemisferio Oriental.

Supongamos que los geógrafos y estadistas aceptaran la norma de la "línea media del canal más ancho" para determinar la frontera atlántica entre los hemisferios; ¿qué hay de la frontera del Pacífico? La sugerencia de Stefansson no ofrece una solución porque se funda en una confusión de los significados geométrico y metafórico del término *hemisferio*. Así, afirmaba que cualquier hemisferio por definición debe incluir una mitad del globo terráqueo, mientras ignoraba el hecho de que tal hemisferio matemático está siempre limitado por los "grandes círculos". Su proyección de la frontera *de facto* del Atlántico a la región del Pacífico es, en términos geométricos, no una proyección sino un intento de llegar a una construcción geométrica sin el eje indispensable. El resultado sería la inclusión dentro del Hemisferio Occidental de partes de Siberia, las islas de la Micronesia y Melanesia y toda Nueva Zelanda.

El hemisferio en la geografía matemática y política

La confusión que rodea al lugar correspondiente a Islandia en el mapa político de los hemisferios ilustra el hecho de que se requiere extrema cautela en el uso de ciertos tipos de mapas a los fines de demostrar puntos que aparentemente son geográficos pero que en realidad son políticos. En particular, no hay que confundir el uso metafórico del término "hemisferio" con el método reconocido de dividir el mundo en dos mitades simétricas para propósitos matemáticos. El término selectivo *Hemisferio Occidental* para uno de tales hemisferios desafía toda definición en términos de geografía matemática. Para entender el término *Hemisferio Occidental* en el sentido de la geografía humana, y especialmente de la geografía política, hay que tener permanentemente en cuenta que sus connotaciones humanas y políticas explican el hecho de que su contenido se encuentra sujeto a continuos cambios. Si se advierte este hecho, se comprenderá que es una falacia sumamente peligrosa confundir los clíses del Hemisferio Occidental con los conceptos estáticos de la geografía matemática. Tal comprensión es un paso importante para entender mejor los factores políticogeográficos que gobiernan la política exterior y la estrategia militar de este país.

"El Cuarto de Esfera Americano"

En un esfuerzo tendiente a encontrar una solución que reuniera los conceptos matemático y metafórico del Hemisferio Occidental, S. W. Boggs¹⁴ ha ofrecido una bastante interesante. Consiste en reducir el "Hemisferio Occidental" a un "Cuarto de Esfera Americano". Sus límites se obtienen al tomar la mitad occidental de un hemisferio cuyo centro se ubica en el Océano Atlántico, a 28° norte y 31° oeste. La línea divisoria central se desvía levemente del veradero norte y del verdadero sur, y pasa a través del Estrecho de Dianarca, entre Groenlandia e Islandia, y apenas al este de la saliente de Brasil. El cuarto de esfera ubicado al oeste de la línea contiene toda la Norteamérica continental, las islas del norte, hasta un trozo del este de Siberia, y toda Sudamérica. Los entusiastas del poder marítimo pertenecientes a la Escuela de Mahan se mostrarían renuentes a utilizar este cuarto de esfera como zona de seguridad norteamericana útil, porque tal disposición omite a Islandia, la mayoría de las Aleutianas, la cadena de Hawaii y la Antártida. Además, objetarían la exclusión de la mayor parte de las masas de agua del Atlántico y del Pacífico. Esto podrá servir de argumento adicional a favor de la tesis de que ninguna imposición arbitraria de una forma geométrica a la tortuosa configuración de los continentes dará como resultado una definición política y geográfica útil. "Los diseñadores de atlas son los verdaderos creadores de este dilema artificial; no pueden desligarse del viejo hábito de dividir el mundo en dos mitades geométricas"¹⁵.

En un esfuerzo tendiente a encontrar una solución que reuniera los conceptos matemático y metafórico del Hemisferio Occidental, S. W. Boggs¹⁴ ha ofrecido una bastante interesante. Consiste en reducir el "Hemisferio Occidental" a un "Cuarto de Esfera Americano". Sus límites se obtienen al tomar la mitad occidental de un hemisferio cuyo centro se ubica en el Océano Atlántico, a 28° norte y 31° oeste. La línea divisoria central se desvía levemente del veradero norte y del verdadero sur, y pasa a través del Estrecho de Dianarca, entre Groenlandia e Islandia, y apenas al este de la saliente de Brasil. El cuarto de esfera ubicado al oeste de la línea contiene toda la Norteamérica continental, las islas del norte, hasta un trozo del este de Siberia, y toda Sudamérica. Los entusiastas del poder marítimo pertenecientes a la Escuela de Mahan se mostrarían renuentes a utilizar este cuarto de esfera como zona de seguridad norteamericana útil, porque tal disposición omite a Islandia, la mayoría de las Aleutianas, la cadena de Hawaii y la Antártida. Además, objetarían la exclusión de la mayor parte de las masas de agua del Atlántico y del Pacífico. Esto podrá servir de argumento adicional a favor de la tesis de que ninguna imposición arbitraria de una forma geométrica a la tortuosa configuración de los continentes dará como resultado una definición política y geográfica útil. "Los diseñadores de atlas son los verdaderos creadores de este dilema artificial; no pueden desligarse del viejo hábito de dividir el mundo en dos mitades geométricas"¹⁵.

Factores ideológicos: Argentina y Estados Unidos en el Hemisferio Occidental

Además de los factores geográficos que se oponen a la unidad del Hemisferio Occidental, el objetivo de la integración hemisférica se ve anulado por factores de poder de índole económica, política, y, como resultado de la combinación de ambas, ideológico. En 1942, cuan-

¹⁴ S. W. Boggs, "This Hemisphere", Department of State Bulletin (mayo 6 de 1945); véase además su reevaluación, en 1954, en "Global Relations of the U.S.", *op. cit.*, junio 14 de 1954), pp. 903-912.

¹⁵ Weiger-Stefansson-Harrison, *op. cit.*, p. 221.

do Nicholas J. Spykman analizó la Segunda Guerra Mundial en lo que respecta a las relaciones de poder en el Hemisferio Occidental, concentró su atención en las relaciones argentino-norteamericanas y advirtió que las fuerzas sociales, económicas y políticas se unían a la distancia geográfica para hacer de Argentina un opositor natural de los Estados Unidos y para convertirla en un elemento de decidida resistencia a los esfuerzos estadounidenses por lograr la cooperación interamericana, cualquiera fuera la apariencia superficial de armonía en algún momento determinado.¹⁶

Sus observaciones de 1942 siguen siendo válidas en la actualidad. El desarrollo industrial de Argentina se encuentra bloqueado por la falta de hierro y especialmente de carbón. Sin embargo, su fuerza real y, sobre todo, potencial, como una de las áreas productoras de alimentos más importantes del mundo, ha desarrollado una sociedad feudal orgullosa y consciente de su poderío, decidida a construir su propia esfera de poder en Sudamérica. A raíz de la distancia que la separa de los centros de poder de Estados Unidos, la Argentina se orienta económica e ideológicamente hacia Europa, más bien que hacia Norteamérica. Sus sueños imperiales, tales como fueron expresados durante el régimen de Perón, involucran en un área de "destino maníesto" al vecino país de Chile y a toda la cuenca del Plata, las zonas tributarias de Uruguay, sur de Brasil, Paraguay y Bolivia inclusive. Spykman escribió en 1942 que los argentinos están decididos a convertir a su país en la unidad política más importante del continente sur, igual a Estados Unidos en el Hemisferio Occidental.¹⁷

El desarrollo del concepto de "destino maníesto" en la Argentina, que milita contra una ideología de solidaridad en el Hemisferio Occidental, aparece con mucha mayor claridad si tenemos en cuenta que se trata de una nación de hombres blancos, habitada por colonos de ascendencia española e italiana, con minorías étnicas procedentes del Reino Unido, Alemania, Francia y Estados Unidos. Los negros son prácticamente inexistentes, y queda poca evidencia del legado racial indígena. El hecho de que la Argentina sea una tierra de hombres blancos, una "Europa de Allende los Mares", adquiere especial significación si comparamos su composición étnica con la de las demás naciones latinoamericanas. El contraste que constatamos entre los modelos demográficos de herencia racial de, por ejemplo,

Argentina, Brasil y México, junto con las correspondientes diferencias lingüísticas, hace inconcebible la misma idea de solidaridad hemisférica. Apuntando hacia el futuro, Fred A. Carlson resumió como sigue las perspectivas de la estructura racial latinoamericana:¹⁸

"Argentina, Uruguay, el sur de Brasil y la gran meseta central de este último país se convertirán progresivamente en zonas de raza blanca; aquí los indígenas probablemente disminuirán en número e importancia. Los países del Pacífico, Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia occidental, albergarán una amalgama cada vez más homogénea de las razas española e indígena existentes, con una tendencia hacia el predominio del indígena. Chile, particularmente sus valles centrales, seguirá siendo blanco en su mayoría. Las costas norte y noreste de Colombia, Venezuela, las Guayanás, y el extremo norte de Brasil serán zonas de combinaciones cada vez más homogéneas de las razas blanca e indígenas prevalecientes, con una proporción considerable de sangre negra, a menos que afluyan grandes números de negros desde las islas del Caribe. En la costa oriental de Brasil, al norte de Río de Janeiro, continuarán predominando los negros, y en los valles y mesetas lejanas del interior predominarán los indígenas, como hasta ahora. Nunca ha habido, no hay, y probablemente nunca habrá una raza homogénea en el continente sudamericano".

Este modelo racial, en la actualidad y en el futuro, con todos sus elementos de desunión si contemplamos a América Latina en general, y con todos los elementos de unión si se piensa en las naciones "blancas" de lo que Perón, el ex presidente argentino, llamó la "Unión del Sur", configura un fundamento formidable de la esfera de poder independiente de Argentina y de su ambición de llegar a ser núcleo de una "Argentina Más Grande" —la hermana mayor dentro de una unión de naciones que incluirían a Bolivia, Paraguay, Uruguay y eventualmente Chile y Perú no. Tomeno no forma política firme estos planes, sigue en pie el hecho de que los elementos de desunión cultural, especialmente étnica y lingüística, ahondan la brecha de la distancia geográfica entre los países del Hemisferio Occidental.

¹⁸ F. A. Carlson, *Geography of Latin America*, 3rd. ed. (copyright 1943, 1946, 1952, by Prentice-Hall, Inc., New York), pp. 15-16. Reproducido con permiso del editor.

¹⁹ Olive Holme, "Peron's 'Greater Argentina' and the United States", *Foreign Policy Reports* (diciembre 1948), pp. 159-171.

El Hemisferio Occidental como realidad política

Si el Hemisferio Occidental no es una realidad geográfica, si dista de haber alcanzado la unidad política y la uniformidad cultural entre sus naciones, sigue siendo una realidad política muy viva. Para comprender el significado de esto último debemos aceptar dos conceptos esenciales: 1) que no podemos definirlo en términos puramente geográficos; 2) que, puesto que es un concepto político, su significado y extensión no pueden permanecer fijos, sino que se encontrarán en continuo estado de fluctuación. Políticamente, el Hemisferio Occidental extrae sus raíces más firmes de la Doctrina Monroe, que suele ser identificada libremente con él. Sin embargo, este término no fue empleado en el mensaje del presidente Monroe al Congreso en 1823, y los términos "los continentes americanos" y "este hemisferio" eran empleados como sinónimo.²⁰ La historia de la Doctrina Monroe en los últimos años indica claramente en qué medida el Hemisferio Occidental, como realidad política, cambia continuamente, y hasta qué punto ambos conceptos están íntimamente relacionados con lo que Estados Unidos considera su principal área de seguridad.

En teoría, la redacción de la Doctrina Monroe es lo suficientemente amplia como para abarcar a ambos continentes americanos. En la práctica, de 1823 a 1935, las interpretaciones de la doctrina fueron aplicadas casi sin excepción a la región del Caribe. Fue Franklin D. Roosevelt quien inauguró la idea de su extensión multilateral cuando, en el discurso que efectuó en Buenos Aires a fines de 1935, declaró que los estados no americanos que intentaran "cometer actos de agresión en contra nuestra, encontrarán un Hemisferio totalmente preparado para consultarse entre sí para nuestra seguridad y bien mutuos". Dos años más tarde, en un discurso que tuvo lugar en Kingston, Ontario, Roosevelt afirmó ante el pueblo del Canadá que "el pueblo norteamericano no tolerará con indiferencia la amenaza al suelo canadiense de parte de cualquier otro imperio".²¹ A través de estos dos pronunciamientos ejecutivos, la Doctrina Monroe se extendió a un área geográfica mucho mayor que anteriormente.

²⁰ Spykman, *America's Strategy in World Politics*, p. 58.

²¹ T. A. Bailey, *A Diplomatic History of the American People*, 4th ed. (New York, 1950), p. 740. Roosevelt negó más tarde que su declaración tuviera por objeto extender la Doctrina Monroe a Canadá, pues no interpretaba que ésta excluyera a Canadá.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial condujo a una mayor expansión de "este hemisferio" de Monroe. En octubre de 1939 se realizó la Primera Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, y de esta reunión surgió la Declaración de Panamá: un pronunciamiento claramente vinculado con la Doctrina Monroe y con la zona de seguridad de los Estados Unidos. La declaración proclamaba un "cinturón de seguridad" en torno a los continentes americanos al sur de Canadá. Este "cinturón de seguridad" variaba de las 300 a las 1000 millas de ancho, y fue proyectado para restringir dentro de sus límites el tránsito de barcos de guerra europeos.²² En 1940, Terranova y Bermuda se agregaron al área de seguridad americana recientemente definida, como parte del acuerdo de bases para *destroyers* firmado con el Reino Unido. En 1941, el área se extendió nuevamente y fue reforzada por la ocupación de Groenlandia. El mismo año, el área sudamericana al sur de Brasil entró en la zona de seguridad, gracias a la negociación de acuerdos con Uruguay, Brasil y Argentina, relacionados con el uso de sus puertos por barcos de la Armada Norteamericana. Todas estas acciones políticas se emprendieron sobre la base de la Doctrina Monroe.²³

Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, el proceso multilateralizado iniciado por el presidente Roosevelt culminó, a través del Tratado de Chapultepec, con el establecimiento de una comunidad de defensa panamericana rudimentaria. Este tratado de marzo de 1945 (que no fue suscrito por la Argentina) convertía en realidad a todos los estados americanos en guardianes conjuntos de la Doctrina, aun contra un agresor americano.²⁴ El sistema de seguridad colectiva regional lanzado inicialmente en Chapultepec fue formalizado dos años más tarde como tratado permanente en Río de Janeiro. El Artículo 4 del Tratado de Río de Janeiro (a veces llamado Tratado de Asistencia Recíproca, o Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) demuestra en forma vivida cuánto se amplió la Doctrina Monroe desde 1936 en términos del grado en que Estados Unidos, como potencia principal del tratado, estaría dis-

²² *Ibid.*, p. 763.

²³ D. Perkins, "Bring the Monroe Doctrine up to Date", *Foreign Affairs* (1942), p. 253 y ss.

²⁴ Bailey, *op. cit.*, p. 837.

puesto a defender "este hemisferio" de Monroe. El Artículo 4 define en términos geográficos exactos el área a la que se aplica el tratado:

"La región a la que se refiere este Tratado tiene los siguientes límites: comienza en el Polo Norte; prosigue hacia el sur hasta un punto situado a 74 grados de latitud norte y 10 grados de longitud oeste; de allí continúa a lo largo de una línea hasta un punto ubicado a 35 grados de latitud norte y 50 grados de longitud oeste; luego hacia el sur hasta 20 grados de latitud norte; a continuación siguiendo una línea de orientación hasta 50 grados de latitud norte y 24 de longitud oeste; de allí hacia el sur, hasta el Polo Sur; luego hacia el norte, hasta 30 grados de latitud sur y 90 grados de longitud oeste; de allí a lo largo de una línea hasta un punto situado en el Ecuador, a 97 grados de longitud oeste; siguiendo una línea desde allí hasta 15 grados de latitud norte y 120 grados de longitud oeste; luego a lo largo de una línea de orientación hasta un punto ubicado a 50 grados de latitud norte y 170 de longitud este; después hacia el norte, hasta 54 grados de latitud norte; de allí siguiendo una línea hasta un punto situado a 65 grados 30 minutos de latitud norte y 163 grados 58 minutos 5 segundos de longitud oeste; de allí hacia el norte, hasta el Polo Norte".

Si se calcula la gran extensión de tierra y mar cubierta por los términos de este artículo, si se la considera desde el punto de vista de la seguridad de Estados Unidos, se verá que nunca antes "se había interpretado la Doctrina Monroe (en la práctica) en toda la amplitud que suiere su lenguaje, y que nunca antes se habían conducido actividades tan vastas y variadas en un área tan grande con el objeto de conferirle fuerza física".²⁵

Sería imprudente suponer que el Hemisferio Occidental, como concepto político, ha alcanzado el límite de su expansión. También lo sería dar por sentado que en algún momento futuro no se contraria. Su destino no es "manifesto", sino que está sujeto a las exigencias políticas de las distintas épocas y situaciones de poder. Sin embargo, cabe advertir que mientras se predique el Hemisferio Occidental sobre la base de la posición de liderazgo político y militar de Estados Unidos, fluctuará como una realidad política, siempre

que se modifiquen las relaciones geográficas entre los Estados Unidos y el resto del mundo.^{26 y 27}

²⁵ A comienzos de 1953, un historiador norteamericano, A. P. Whitaker, ofreció en University College, Londres, ocho conferencias que fueron publicadas en forma de libro en 1954, bajo el título "The Western Hemisphere: Its Rise and Decline" (Ithaca, N. Y., 194 pp.). Para el historiador, el Hemisferio Occidental aparece exactamente como el cuadro que su entidad mitica presenta al geógrafo. Whitaker sostiene que la idea del Hemisferio Occidental, en su forma original, se fundó en conceptos geográficos, ideas políticas y, sobre todo, un aislacionismo antieuropoeo, todo lo cual es rechazado por el pensamiento político actual norteamericano. Whitaker señala también, en forma convincente, que el concepto de Hemisferio Occidental, después de la Segunda Guerra Mundial, se vio gradualmente reemplazado por el de "Hemisferio Norte", que captó cada vez más la imaginación política y estratégica en los Estados Unidos. Esto lo ilustra muy bien el discurso pronunciado por el ex Secretario de Estado Dean Acheson el 30 de diciembre de 1951, en el cual éste repasó los acontecimientos del año en lo relativo a política exterior. Aunque hizo ambigua referencia al "Hemisferio Occidental como el 'fundamento de nuestra posición en el mundo'", más tarde modificó su afirmación al describir la posición de Estados Unidos como algo que se extiende a los Hemisferios Norte y Occidental". De hecho, la mayor parte de su discurso trató de áreas pertenecientes a los Hemisferios Norte y Oriental (Whitaker, op. cit., p. 175; véase también el artículo de G. I. Blankstein, en *The American Political Science Review*, junio de 1955, pp. 536-539).

²⁷ Una vez terminado este texto, los autores leyeron lo que les pareció un estudio sumamente apasionante de los problemas examinados en este capítulo, *Global Strategic Views*, por S. B. Jones (Geogr. Review, octubre de 1955) y un informe inédito del mismo autor titulado "The Conditions of War Limitation", noviembre de 1955. En lo referente al concepto estratégico del Hemisferio Occidental, Jones prueba la realidad de éste, así como su autosuficiencia y defensibilidad. Como ejemplo típico de la arraigada y poco crítica idea de Hemisferio Occidental empleada en el sentido mencionado, habla de un informe realizado por una subcomisión del Senado en 1954 (véase loc. cit., pp. 503-504) que, a partir de la premisa de que "pertenecemos al Hemisferio Occidental", demuestra la actual dependencia americana con respecto a fuentes de material estratégico y crítico que se encuentran fuera del Hemisferio Occidental, pero sostiene que el almacenamiento, exploración, supervisión e investigación científica permitirán a las Américas autoabastecerse durante un período de guerra. Se aduce que las vías marítimas a Sudamérica podrían abrazar la costa y ser protegidas contra la fuerza aérea o submarinos enemigos. "En última instancia, se podría mejorar el transporte por tierra." Jones ataca la noción expresada por la subcomisión, según la cual América latina es "nuestro propio trascorral". Sostiene que la idea de un Hemisferio Occidental defensible descansa en parte en el uso de un mapa mundi centrado en el Polo Norte. Esta proyección exagera mucho las distancias del este al oeste en el hemisferio sur, produciendo la impresión de que África y Sudamérica están muy alejadas la una de la otra. La defensa de

El "perímetro de defensa" americano

En cierto sentido, tales expansiones o contracciones del Hemisferio Occidental marcan "el paso de la frontera americana" del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Cuando el ex presidente Herbert Hoover, en 1946, empleó la expresión "perímetro de defensa", cuya ampliación solicitó mediante el mantenimiento de las bases estratégicas establecidas durante la Segunda Guerra Mundial, se fijó un término nuevo y necesariamente vago en la geografía política americana. Fue otro intento de definir, o más bien de describir, la zona de seguridad de Estados Unidos posterior a la Segunda Guerra Mundial; o, en opinión de muchos, la zona previa a la Tercera Guerra Mundial. Del mismo modo que antes, el esfuerzo produjo apenas un término político, cuyo significado estuvo sujeto a continuos cambios desde el comienzo. Como consecuencia de su carácter fluido, cualquier definición geográfica resultaba tan imposible como señalar los límites del mitico "Hemisferio Occidental".

Para el estudiante de geografía política, el advertir la falsedad del concepto de Hemisferio Occidental sirve también para ilustrar ciertos principios geopolíticos generales. Lo que para el observador es una línea en constante movimiento, que marca los contornos de esto (vale decir del Hemisferio Occidental, o del Perímetro de Defensa) le describe igualmente las áreas más extensas en las que, en un momento dado, los Estados Unidos se ven expuestos a la presión externa.

Las marcas exteriores en la defensa de Estados Unidos

En su obra *A Study of History*²⁸, Arnold J. Toynbee dedica un capítulo al estímulo ejercido por el entorno humano en aquellos casos en que el impacto se hace sentir bajo la forma de una continua

Sudamérica, según Jones, "implica el control de África, que probablemente requerirá la defensa de Europa y del Medio Oriente. Así, Estados Unidos puede desligarse de los compromisos transatlánticos sin caer en el aislamiento norteamericano, y aun esto exigiría que los canadienses se unan a nosotros. Que Norteamérica posea los recursos necesarios para un aislamiento militar, es algo discutible".
28 Vol. II (1934), pp. 112-208.

presión externa. A ese capítulo lo tituló "El estímulo de las presiones". En él se propone demostrar que, en términos geopolíticos, los pueblos, estados o ciudades que se ven expuestos a tal presión caen, en su mayor parte, dentro de la categoría general de "marcas". Las marcas son las provincias fronterizas, o en el caso del perímetro costero, los bastiones defensivos de las costas o islas, donde se espera que ataque el enemigo y donde los planificadores militares elegirán los puntos para las bases estratégicas. La obra de Toynbee es un estudio de contrastes, y su relevamiento va del rol jugado por las marcas en la historia de las sociedades o comunidades a las que perteneceen, al papel representado por otros territorios de las mismas sociedades o comunidades, situados en su "interior" geográfico. La "ley" derivada de tales comparaciones es que la presión externa ejercida por el entorno humano sobre una marca provee un estímulo que da a la marca predominio sobre el interior. A mayor presión, mayor estímulo.

Es difícil aplicar este concepto a los extensos bastiones exteriores de Estados Unidos. Sin embargo, lo que es cierto para una pacta área terrestre, con sus estaciones de defensa distribuidas a través de las marcas que jalonan su perímetro de defensa es verdadero en lo que se refiere a las zonas del perímetro de defensa que, en un mundo que se contrae, constituyen las marcas modernas de Estados Unidos. Mientras el antiguo concepto de "marca" se encuentra limitado a las provincias fronterizas situadas dentro de los límites de una comunidad nacional, las nuevas marcas, en las cuales el país organiza su red de defensa externa y sus esteras militares de interés, no tienen en cuenta los límites nacionales y se extienden a cualquier lugar donde la estrategia mundial y el acuerdo con miembros de la comunidad no Soviética establezcan puntos favorables para fijar bases estratégicas. Así, la marca del perímetro de defensa americano, se extiende desde las bases del Caribe hasta Terranova, Groenlandia, Isla de Man, Dinamarca, Alemania, Francia, España, Italia, las Azores, Marruecos, Libia, Arabia Saudita, y finalmente al Pacífico Norte, Formosa, Corea y Japón, hasta que el círculo se cierra en las Aleutianas y Alaska. No obstante, tal círculo dista de estar completo en el cuadro que presenta el mapa-mundi de comienzos de 1956, a juzgar por la brecha que se observa en el Medio Oriente.

De hecho este perímetro se extiende mucho más allá de la región

definida por el Artículo 4 del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.

Las bases ultramarinas de Estados Unidos

Al advertir que los límites ficticios del "Hemisferio Occidental" se han desmoronado y que las fronteras de nuestra zona de seguridad nacional yacen dondequiera que estén en juego los intereses de Estados Unidos, nos vemos obligados a concentrar nuestra atención en la vasta y fluctuante red de bases militares situadas fuera de los límites continentales de Estados Unidos. Evidentemente, las bases militares ya existentes o construidas en territorio estadounidense o allí donde Estados Unidos había obtenido derechos de administración fiduciaria no podrían haber garantizado la seguridad estadounidense en dos guerras mundiales. En cambio, una de las características cada vez más visibles del sistema de bases militares americanas fue confiar la protección del continente americano a las bases de ultramar, cuyas sedes fueron facilitadas a Estados Unidos por sus aliados y por las naciones amigas. Después de la Segunda Guerra Mundial, la fortificación del perímetro de defensa de Estados Unidos continuó y se intensificó. Cuanto más alejados se encontraban del continente los puestos de avance de Estados Unidos, mejor servían al doble propósito de impedir el acceso de la nación agresora al continente americano y de acercar la posibilidad de un ataque a los centros nerviosos del enemigo. Un sistema de seguridad anclado esencialmente en plazas fuertes y puestos de avance ubicados en territorio extranjero difiere básicamente de un sistema que se limita a fortificaciones dentro de las fronteras de una potencia, aunque esa potencia gobierne sobre un territorio tan vasto como el de Estados Unidos o la Unión Soviética.

El rápido avance de los progresos tecnológicos en los medios bélicos que se ha verificado durante las últimas décadas obliga a examinar nuevamente y modificar, a intervalos cada vez más breves, los límites fluyentes de los perímetros de defensa de las grandes potencias. Este ritmo veloz contrasta con el desarrollo gradual del sistema de bases británicas que convirtió lentamente al Mediterráneo en un ar briánico: Gibraltar pasó a manos de Gran Bretaña en 1704; el Archipiélago de Malta, en 1800, y Chipre, en 1878.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no poseía una amplia red de bases en el anfiteatro atlántico. Sus bases en el Atlántico se limitaban a la defensa de la zona del Canal de Panamá. Igualmente, en el campo del Pacífico, la cadena de bases anterior a la Segunda Guerra Mundial era totalmente insuficiente para defender al continente americano. Se disponía de algunas bases inconclusas en las islas Hawaii y en las Filipinas, y existían sitios para bases en Alaska, Guam, Wake, Samoa y otras islas menores. Además, las bases establecidas por Japón en algunas islas sobre las que ejercía mandato neutralizaban a las de Estados Unidos en el Pacífico Oeste, y las disposiciones del Tratado de Limitación de Armamentos Navales de 1922 prohibieron el desarrollo de bases al oeste del meridiano 180 hasta después de 1936.²⁹

A partir de su ingreso en la Segunda Guerra Mundial, y hasta el presente, Estados Unidos se dedicó a extender y a solidificar un sistema de bases de ultramar y, en el caso de Canadá, de bases exteriores, conforme a acuerdos logrados con ese país para el establecimiento de una futura frontera de defensa en el norte de Canadá. Sin embargo, en el caso de Estados Unidos, el énfasis en la fortificación del perímetro de defensa mediante bases militares recae sobre las bases de ultramar, mientras la Unión Soviética, por el contrario, compensó ampliamente la falta de oportunidades allende los mares al establecer bases en países contiguos, ya sea a través de la ocupación militar o del control de colaboración con gobiernos satélites en esas esferas de interés.

Mucho más allá del campo de su propio territorio soberano, Estados Unidos ha establecido una red cada vez mayor de bases estratégicas de ultramar que, en 1945, según los informes, contaba con más de 400 bases militares de distintas dimensiones: 195 en el área del Pacífico; 11 en el Océano Índico y en el Cercano Oriente, y 229 en la zona del Atlántico (de las cuales 18 se encontraban en el Atlántico Norte, 55 en el norte de África y en el Mediterráneo, y 64 en Gran Bretaña, Francia y Alemania).

El importante papel representado en la actualidad por las bases militares de todo tipo en la geografía política de cualquier gran país

²⁹ *Major Problems of United States Foreign Policy, 1948-1949*, The Brookings Institute, 1948, p. 124 y ss. El tratamiento de las bases militares en el texto se base en gran parte en esta fuente (pp. 124-129) y en H. W. Weigert, "Strategic Bases", en Weigert-Stefansson-Harrison, *op. cit.*, pp. 219-251.

tencia nos obliga a definir claramente el término *base*. "Base" no es sinónimo de "puerto". Aunque muchas bases estratégicas mantenidas por Estados Unidos están ubicadas en áreas insulares o configuran un punto de avanzada en territorio extranjero, el término se aplica no sólo a las bases insulares y playas, sino también a otros territorios extranjeros destinados a operaciones militares. Por consiguiente, un cuadro completo de las bases estratégicas incluiría las bases exteriores, como las de Canadá, y los territorios ocupados de ultramar, como el caso durante y después de la Segunda Guerra Mundial, en Alemania, Austria, Italia, Japón y Corea, al igual que las bases que se establecieron por los acuerdos de la OTAN.

Como demuestra la historia de la Segunda Guerra Mundial, se han establecido bases militares para una serie de propósitos, como la protección de las rutas de navegación, la creación de estaciones de abastecimiento de combustible y observatorios meteorológicos, y en calidad de trampolines para operaciones ofensivas.

Después de Pearl Harbor, Estados Unidos adoptó vigorosas medidas tendientes a incrementar y fortalecer la organización de bases de ultramar para hacer frente a las amenazas reales y potenciales de las naciones agresoras, tanto contra el continente americano como contra las rutas de navegación que constituyan las arterias vitales que lo unían con sus aliados. Los emplazamientos de sus bases fueron cedidos por las naciones amigas, o fueron tomados. En 1939 arrendó no menos de 134 plazas pertenecientes a Panamá (la mayoría de éstas fueron evacuadas en 1948). En el Atlántico, la lucha mundial obligó a Estados Unidos a expandirse mucho más allá de la cadena de bases mantenidas en Puerto Rico, en las Islas Vírgenes, en Guantánamo, Cuba, y en ocho localidades que se encontraban bajo dominio británico. Se adquirieron bases en Islandia, Groenlandia,³⁰ las Azores, y en algunos islas menores del Atlántico. En todos estos lugares, Estados Unidos encontró considerables reparos de parte de los poderes cuyo territorio se veía afectado (Islandia, Dinamarca y Portugal) a conceder derechos de largo plazo para establecer bases.

En el Pacífico, los cambios de fortuna en la guerra contra Japón determinaron el curso de la organización de la red de bases estadounidenses. Cuando se rindió Japón, Estados Unidos se había atrin-

³⁰ H. W. Weigert, "Iceland, Greenland and the United States", *Foreign Affairs* (octubre de 1944).

cherado en importantes posiciones que cumplían el doble objetivo de fortificar su perímetro de defensa cerca de la costa asiática y de impedir que estas áreas militares cayeran bajo el control de un posible enemigo.³¹ Entre estas bases figuraron las islas que anteriormente estaban bajo mandato japonés. Llamadas ahora "Territorio de las Islas del Pacífico", en 1943 fueron designadas Área Estratégica de Administración Fiduciaria de las Naciones Unidas, con Estados Unidos como autoridad administrante.³² Esta área comprende 650 islas que anteriormente eran japonesas, distribuidas en 96 grupos, encuadrados a su vez dentro de los grandes grupos de las islas Marshall, Marianas y Carolinas. En 1955, su población total ascendía a 62.000. Entre estas islas, el puesto de avanzada de Okinawa, una isla situada a sólo 400 millas de la China continental y cuyo tamaño es inferior a la mitad de Rhode Island, adquirió primordial importancia.³³ En el Pacífico sur, Estados Unidos obtuvo de la República de Filipinas territorios para bases por un período de 99 años, y se aseguró otras en territorios bajo la soberanía o jurisdicción de Gran Bretaña, Francia, Nueva Zelanda, Australia y los Países Bajos.

En el Lejano Norte, los desarrollos más significativos se produjeron en estrecha coordinación con Canadá, una vez que se reconoció que el rápido crecimiento del poder aéreo había hecho de las regiones del Polo Norte y del Océano Ártico un centro de operaciones militares decisivas. Si bien el objeto de este examen no fue enumerar las distintas bases desarrolladas desde la guerra, a menudo veladas por el secreto, atraemos la atención al hecho de que no sólo son necesarios los objetivos militares inmediatos de la acción ofensiva y defensiva contra áreas vitales de Estados Unidos y Canadá o de la Unión Soviética para establecer bases polares. Son igualmente necesarias otras consideraciones, que apuntan a establecer estaciones para el mantenimiento de apoyos a la navegación, la recolección de datos meteorológicos, el rastreo y orientación de aeroplanos y los sistemas de rescate aero-marítimos.³⁴ En términos geográficos, el sistema de bases

³¹ *Major Problems, 1948-1949*, p. 127.

³² H. W. Weigert, "Strategic Bases", en Weigert-Stefansson-Harrison, *op. cit.*, p. 226 y ss.

³³ Formosa se convirtió en base operativa de la Fuerza Aérea de Estados Unidos luego de la evacuación de las Islas Taschen por China Nacionalista, ocurrida en febrero de 1955.

³⁴ *Major Problems, 1948-1949*, p. 128.

en las regiones polares, desde el punto de vista de Estados Unidos, se caracteriza por el hecho de que una comparación con el sistema de bases soviéticas en las mismas regiones coloca a aquél en clara desventaja geográfica. La Unión Soviética posee pleno control soberano de sus bases en el norte. Aun allí donde las bases están en territorio que no se encuentra bajo la soberanía de la URSS, el control es completo. Esto es válido en lo que respecta a las antiguas bases soviéticas en Manchuria (Port Arthur, Darien) y a las de Corea del Norte, que acechan como ominosa amenaza a las líneas vitales que unen a Estados Unidos y Japón. La posición de Estados Unidos depende de la coordinación entre su sistema de bases en Alaska y otras bases en el norte de Canadá, Groenlandia y otros lugares.

Desde el punto de vista estructural, debemos distinguir entre diferentes tipos de bases. Algunas son bases operativas permanentes, fortificadas y guarnecidas lo suficiente como para hacer frente a un ataque de primera magnitud; otras son bases operativas limitadas que no necesitan guarnición en épocas normales, pero que pueden ser ocupadas en una emergencia. Ninguna de éstas puede ser evaluada como parte integrante del sistema global de seguridad de una nación o grupo de naciones aliadas, sin hacer referencia a otras bases interrelacionadas. Así, consideradas como entidad orgánica, las bases del Pacífico pueden ser clasificadas como Puestos de Avanzada (Corea del Sur, Formosa), Bases de Avanzada Principales (Okinawa), Bases Fundamentales de Apoyo (Marianas), Bases Secundarias (Japón, Filipinas), y Bases de Refuerzo (Aleutianas, Hawaii). En términos geográficos, pueden subdividirse en siete grupos (incluyendo los puestos de avanzada que indirectamente, a través de tratados, forman parte del sistema de defensa de Estados Unidos): 1) el grupo de la Polinesia (Hawaii); 2) el grupo de la Micronesia (Guam); 3) el grupo de la Melanesia (Nueva Guinea); 4) la cadena del norte de Alaska (Ryukyus); 5) las islas de la costa china, Japón inclusive; 6) las Islas Filipinas y 7) Australia y Nueva Zelanda.

En los años de desasosiego que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había adoptado, lentamente y contra su voluntad, una estrategia mundial de defensa, y había repudiado así las antagónicas teorías defensivas de carácter continental o hemisférico. La resolución de prepararse para una "proyec-

ción ofensiva de la fuerza americana por todos los medios posibles en todas las áreas posibles,"³⁵ se refleja en el perímetro de defensa en continua expansión, que consiste en una red sistemáticamente creciente de bases militares estadounidenses y aliadas. Con excepción de una brecha significativa en la región estratégica del Medio Oriente, en 1954 este sistema había logrado trazar una línea de hierro en torno a la masa de tierra de la URSS. Como hemos señalado, esta línea, en 1955 y 1956, desarrolló graves puntos de tensión a lo largo de su perímetro. Al llevar a cabo su programa, Estados Unidos tomó la delantera en la organización de grupos de estados para su defensa común y en el establecimiento en las Naciones Unidas de un procedimiento que permitiría emprender una acción colectiva de seguridad ante una recomendación de la Asamblea General. Por consiguiente, no sería realista contemplar el perímetro de defensa de Estados Unidos puramente en términos de bases estadounidenses. En cambio, debemos considerarlo como la realización de los extensos compromisos internacionales de Estados Unidos y del principio fundamental de su política exterior, la seguridad colectiva universal. El resultado es un complicado sistema de seguridad regional y de disposiciones colectivas de autodefensa; las bases militares externas y de ultramar constituyen expresiones visibles de tal proyección de poder en el exterior.

³⁵ Major Problems of United States Foreign Policy, 1952-1953, p. 159.

SPYKMAN, NICHOLAS JOHN

Nació el 13 de octubre de 1893 en Amsterdam, Holanda. Llegó a Estados Unidos en 1920 y se naturalizó en 1928. Obtuvo la Licenciatura en Artes de la Universidad de California en 1921 y el Doctorado en 1923. Su labor universitaria en los Estados Unidos se inicia como Instructor de Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad de California (1923-25); prosigue como profesor asistente (adjunto) en Relaciones Internacionales, en Yale (1925-28) y luego es designado decano del Departamento de Estudios Internacionales (1935-40).

Fue miembro de la Academia Americana de Política y Ciencias Sociales, de la Sociedad Americana de Geografía, de la Asociación Americana de Ciencias Políticas y del Consejo de Relaciones Exteriores. Es autor de la *Teoría Social de George Simmel* (1925) y de *Estados Unidos frente al mundo* (1942).

De este último libro, publicado por Fondo de Cultura Económico, México, 1942, incorporamos un capítulo a la presente *Antología*.
Nicholas John Spykman murió el 26 de junio de 1943 en los Estados Unidos.

LAS DOS AMÉRICAS

por Nicholas J. Spykman

"Mas aquí concluye la semejanza entre las dos Américas, pues la historia les ha impuesto diferentes destinos. Los protestantes anglosajones del norte y los católicos latinos del sur evolucionan en el marco de dos civilizaciones distintas; cada uno de ellos lleva la impronta de su propio origen."

André Siegfried

La guerra ideológica aportó notable ayuda a la guerra militar en todos los tiempos, pero singularmente en nuestros días. No es sólo que la educación pública y los nuevos progresos de la técnica faciliten la tarea de influir en el pensamiento de las masas, sino que, además, el actual conflicto del mundo es tanto una guerra revolucionaria como una pugna de poder, y representa por ese mismo hecho un combate entre ideologías rivales. El socio europeo de la alianza germano-japonesa lucha no sólo por la tierra, los minerales y el poder, sino también para propagar un sistema social y político. Alemania se lanzó a la palestra con la ambición de conquistar, además de los cuerpos, las almas. He ahí por qué el conflicto actual presenta algunos de los rasgos que caracterizaron a las primeras conquistas del Islam, a las guerras religiosas del siglo xvii y a la Revolución Francesa.

Los seres humanos tienen cierto número de necesidades elementales, deseos y móviles. El sistema social que mediante sus instituciones y prácticas vigentes ofrece satisfacción adecuada y permite que se manifiesten ampliamente esas exigencias, constituye una sociedad estable. Cuando los deseos y necesidades íntimos se frustran o han de ser reprimidos, el sistema social se hace inestable y maduro para la revolución. Un trastorno semejante implica la sustitución de un grupo gobernante por otro, por procedimientos extra-legales. Ocurrirá una revolución social, distinta y opuesta a la revolución palaciega, si el cambio se produce con la participación del pueblo y atañe no sólo a la sustitución de personas, sino también del sistema social. En tales circunstancias, los gobernantes toman el poder en calidad de caudillos de un partido multitudinario animado de una nueva ideología, y los resultados del trastorno social se traducen, no en mera sustitución de magistrados, sino también en mudanzas del conjunto de fundamentos legales en que estribaba la sociedad. Abunda el popular, aunque erróneo concepto, de que tales cambios revolucionarios han de llevar siempre a mayor libertad, mayor democracia, mayor restricción de las facultades gubernativas. Hay revoluciones y contrarrevoluciones, pero la mayor parte de ellas, independientemente del nombre, han producido gobiernos que ejercieron sobre los ciudadanos mucho mayor imperio que aquellos a quienes reemplazaron. No acacén las revoluciones porque los gobiernos ejerzan con exceso su autoridad, sino porque la ejercen mal o porque no la ejercen de ninguna manera.

Depende de muchos y diversos factores el que una revolución llegue o no a instaurarse en el seno de una sociedad. El anhelo de una revolución surge cuando el gobierno no acierta a usar del poder público para resolver los apremiantes conflictos sociales, pero no puede acontecer una revolución mientras la filosofía social que suministra comunes vínculos intelectuales a los miembros de la colectividad nacional continúe desempeñando su función integradora, mientras la solidaridad de la nación prevaleza sobre el sentido de las diferencias de clase. No puede haber revolución mientras la clase dirigente no pierda el convencimiento de su derecho y de su deber de gobernar y mientras quiera utilizar los instrumentos de coerción y de propaganda de que dispone. Pero los gobernantes perderán el apoyo de amplios sectores de la población si se vuelven ineptos y se muestran incapaces de aplacar los disturbios callejeros, o no acierten a reprimir el desorden civil. La adhesión de los que

rehusen seguir aceptando la ideología de las clases dirigentes cambiará, así como la de muchos que, si bien aún adheridos a la ideología, perdieron la fe en la capacidad del gobierno para mandar y mantener el orden. Cuando ese cambio de adhesión se extiende y propaga a la policía y al ejército, los gobernantes habrán perdido a un tiempo la confianza y la fuerza, los dos factores indispensables para gobernar, y entonces las circunstancias serán propicias para que triunfe la revolución.

Es requisito previo e indispensable de una revolución que exista un partido con apetencia de poder y dominio, capaz de ofrecer otra elección al grupo dirigente. Entonces, la antigua lealtad se sumará a los nuevos dirigentes. Por eso, la primera tarea de un partido revolucionario tiene que ser crear los instrumentos de fuerza y coerción capaces de restablecer el orden que el anterior gobierno no acertara a conservar. Una revolución afortunada comienza por la desintegración de la sociedad y termina reintegrándola, si bien conforme a trayectorias diferentes que armonicen con la nueva ideología.

La sociedad mantiene su unidad y organización, merced en parte a los elementos coercitivos y, en parte también, a la lealtad personal para con los jefes, a la costumbre y a la existencia de una filosofía social comúnmente aceptada. La filosofía del "mito social" ofrece una explicación de la existencia de un orden social vigente, justifica las relaciones entre sus elementos desde el punto de vista de los valores aceptados y describe el ideal social, el mundo del mañana que se forja la sociedad. Aunque el mito, aun cuando más simbólico que real, no exige la precisión histórica y científica, perderá, sin embargo, su atractivo y seducción cuando contenga demasiadas contradicciones o demasiados elementos en pugna con la naturaleza humana o con la realidad social. Fatalmente irá perdiendo vigor como vínculo social a medida que vayan acaeciendo mudanzas en la pauta de la vida, a menos que sea capaz de constantes y nuevas interpretaciones.

Cuando el mito pierde su vitalidad, ya no se cree que la clase dirigente cumpla función social útil y represente un instrumento necesario para llevar a cabo la concepción de la vida comúnmente admitida. Ante vastos sectores de la población, los gobernantes aparecerán entonces como opresores y servidores de intereses de clase. En tales circunstancias, la sociedad se hace extremadamente vulnerable a la propaganda revolucionaria. Revelará ésta que el

viejo mito no responde ya a las nuevas condiciones de la vida, que las necesidades humanas no pueden hallar satisfacción en el cuadro de la sociedad existente y que se hace preciso un nuevo orden y una nueva ideología. De esta manera, la propaganda revolucionaria constituye en parte una tentativa para ganar adeptos a la nueva filosofía y en parte también un ataque contra el viejo mito que, aunque débil, todavía prevalece. No se puede imponer con dureza el mito nuevo al viejo; aquél ha de ganarse el sitio por sí mismo. Toda revolución tiene que comenzar destruyendo; ha de derribar antes de construir; tiene que atacar a los viejos mitos antes de predicar los nuevos y que romper las viejas pautas antes de reintegrar la sociedad conforme a nuevas pautas.

El Tercer Reich, que surgió revolucionariamente de la República alemana, se encuentra ahora empeñado en singular combate con Estados Unidos, disputándose la hegemonía de Sudamérica, y utiliza la técnica de guerra ideológica como una de sus armas. Esta clase de ataque combina la ofensiva psicológica directa y la propaganda revolucionaria. Emplea a un tiempo la acción sentimental y la intelectual y anima la pelea con gran riqueza de tácticas. Uno de sus fines consiste en destruir la capacidad de resistencia moral y en abatir la voluntad combativa. Se procura quebrantar la cohesión social. Desintegradas socialmente, las naciones son impotentes para actuar, incapaces de sostener una política exterior fuerte y de defenderse contra la agresión del exterior. Esta maniobra intenta arruinar la confianza del pueblo en su gobierno y estimular todas las discordias patentes o latentes en la nación. Se propone transformar a la sociedad nacional, antes integrada, en grupos antagónicos. Confunde y solivianta a la opinión contra el gobierno, mediante rumores, ilusiones, insinuaciones, agitación y mentiras; fomenta la desintegración social arivando todos los conflictos potenciales, sean de ideas o de intereses. Los alemanes explotaron en Europa los antagonismos raciales, alentaron el antisemitismo, estimularon el recelo y el odio entre las minorías étnicas, los antagonismos de clase entre el capital y el trabajo y la clase media, y avivaron en fin la intolerancia religiosa.

Otro de los ardides de esta técnica positivamente revolucionaria consiste en crear en cada estado una rama del partido nacional socialista, con la tarea de convertirse en vanguardia de la propaganda y de la agitación, inducir al gobierno a que realice una política amistosa y concluir apoderándose del estado. El partido ha de-

ganar amigos e influencia en el pueblo. Alemania no puede emplear la totalidad de su ideología revolucionaria para actuar en el extranjero, porque buena parte de ella sólo tiene aplicación en Alemania y difundida afuera produciría más enemigos que partidarios. Quiera que sea el celo revolucionario del sacerdocio de la nueva fe y por incommovibles que fueran sus convicciones sobre la absoluta y eterna validez de la doctrina en todos los tiempos y lugares, no se le permite predicar sus visiones sin haber pisado previamente por la censura. La ideología revolucionaria ha de continuar siendo sirvía del estado alemán y ha de subordinarse a las exigencias de la política de poder. Por eso, lo que se exporta al extranjero es una edición corregida y expurgada de la ideología nazi que a menudo se presenta con distinto ropaje en cada uno de los países.

La doctrina de la superioridad de la "raza" aria apenas puede tener utilidad en países donde no viven arios; en cambio, puede predicarse en todas partes la concepción de la desigualdad de razas y de la diferencia de aptitudes biológicas con que fueron unas y otras dotadas. La teoría de que ciertas razas están predestinadas a mandar sobre otras y de que el dominio de las primeras refleja el verdadero orden de la naturaleza, puede ganar adeptos donde quiera que convivan razas diferentes. Sólo ciertos pueblos pueden dar acogida a la nueva ética pagana con la transferencia de valores de la razón al instinto, de la reflexión a la acción, del espíritu al cuerpo, del freno moral a la fuerza vital, del pacto a la violencia. Mayor difusión alcanzará el llamamiento que la nueva fe hace a la filosofía del optimismo, su reiteración de que es posible moldear el destino humano mediante el esfuerzo colectivo, su intento de disipar mediante la voluntad dinámica en acción la impotencia espiritual que nació de la depresión económica.

Mas, con todo, ni las doctrinas raciales, ni la ética individual son los temas que se predicen con mayor insistencia en el extranjero. Las doctrinas económicas, sociales y políticas son los verdaderos artículos de exportación de la nueva fe. Se invita a las demás naciones a que copien de Alemania, a que adopten sus soluciones para remediar los males y defectos de los regímenes liberales y democráticos y para protegerse, como ella, contra el peligro del comunismo y de las finanzas judías internacionales. El nacionalsocialismo, a pesar de su oposición al comunismo, implica la completa dirección de la vida económica y la planificación nacional que sustituyen al mercado libre y a la iniciativa privada de los nego-

ciantes, características sobre las que no se insiste demasiado en el extranjero, salvo en determinados círculos. *Lo que se presenta entonces es una reaffirmación neo-mercantilista de la supremacía de la vida política sobre la económica.* En lo que se hace hincapié es en la necesidad de que haya un estado totalitario, *una organización política* lo bastante fuerte para afirmarse por encima de las grandes acumulaciones de poder privado que al árrimo del sistema industrial se han desarrollado en forma de vastos monopolios y de enormes sindicatos obreras. Esta manera de presentar la idea tiene la ventaja de que encuentra eco en todas las clases sociales. Ofrece al trabajo un estado que someterá a los monopolios industriales, brinda al capital una organización política que mantendrá en su sitio a los trabajadores y abre a los sectores de la clase media un camino de seguridad mediante el sistema de planificación nacional de la economía.

La teoría social en que hacen hincapié las propagandas es una teoría orgánica. Contradice la validez de la doctrina del contrato social; se niega a considerar la sociedad como mera asociación, como simple efecto mecánico de la acción de individualidades libres. Insiste en que la sociedad es una comunidad, un organismo dinámico y viviente, lo cual implica no la igualdad, sino la desigualdad de sus elementos componentes, una jerarquía social en que cada cual debe ocupar el sitio señalado y trabajar no ya para la satisfacción de sus necesidades personales, sino sirviendo a las del conjunto colectivo. En una sociedad semejante, el gobierno ha de ser necesariamente un gobierno de *élite*, de una selección, no en el sentido de casta hereditaria, sino como grupo de dirigentes especialmente dotados por la naturaleza y educados desde la infancia para su función directiva. El gobierno no puede ser tarea de individuos elegidos por la multitud ignorante, sino función que debe ser confiada a una clase de dirigentes calificados.

No hay lugar en esta concepción de la naturaleza de la sociedad para que existan individuos al margen del estado, ni existe, por lo tanto, región alguna de absoluta libertad en donde el individuo conserva sus derechos inalienables con los que pueda interferir el estado. El concepto de la libertad personal que legaron a la moderna democracia las revoluciones inglesa, americana y francesa, implica una injustificable limitación del poder soberano del estado totalitario. Además, tales cortapisas y equilibrios son innecesarios, puesto que el partido único del estado atiende a la protección de la

libertad del ciudadano individual mejor que lo hace el concepto de los inalienables derechos en las decadentes democracias liberales. El Führer, como caudillo de la nación, asegura todo el amparo que hayan menester los ciudadanos. Emana de él la cualidad mágica que le permite adivinar lo que el pueblo realmente codicia y necesita. Un presidente americano ha de conjeturar el sentido de su mandato interpretando por inspiración lo que quiere decir el resultado de las elecciones. Un verdadero Führer puede prescindir del derroche de papeletas y sentir intuitivamente las necesidades de su pueblo, sin necesidad de acudir al resorte del escrutinio. La teoría es ciertamente sugerativa para tiempos de crisis; la ideología, tentadora para cuantos sienten el imperativo de servir mediante el caudillaje personal a su pueblo.

Cuando la propaganda tiene tal fortuna en un país que da lugar a que se forme un partido nacionalsocialista, ese ha de emprender la misión de proponer la colaboración con Alemania. En su aspecto negativo, quiere decir que precisa divulgar el pensamiento de que el Tercer Reich no tiene propósitos agresivos acerca del país en cuestión y que no hay, por lo tanto, motivo alguno para temer o recelar sus presentes conquistas. El partido ha de transmitir también la idea de que es inevitable el triunfo de Alemania, que cabalga a lomos del porvenir, y que es vano ofrecerle resistencia. Promesas de recompensa a los que a tiempo se junten a ella, pronósticos de horribles represalias para quienes se le opongan, tales son los métodos persuasivos, siquiera el más eficaz instrumento de la propaganda haya sido la demisetración efectiva de poder y de triunfo. Cada victoria atrae nuevos partidarios, cada conquista nuevos conversos, y la película de las afortunadas campañas, cuidadosamente editada para comunicar la impresión de la fuerza irresistible, no hace otra cosa que multiplicar los efectos.

La propaganda nacionalsocialista tiene en el hemisferio occidental exactamente los mismos fines que tuviera en Europa: alejar el aislamiento, ensalzar el particularismo nacional, avivar conflictos entre estados, impedir por todos los medios que progresen la unidad panamericana y la efectiva acción concertada del hemisferio. Procura crear el convencimiento de que Alemania no tiene propósito de ninguna especie, sea económico, territorial o político, con respecto a ninguna parte del hemisferio, y trata de destruir en cada nación el poder y la voluntad de resistencia. No sólo se vale para uno y otro intento de la propaganda a larga distancia, desde Berlín,

sino que mantiene en cada estado una organización, que, cualquiera que fuere su nombre, constituye un instrumento de su política exterior, un agente del Ministerio alemán de Relaciones Exteriores; Alemania plantea en cada nación del hemisferio una lucha civil, como parte de la pugna de poder entablada entre sus dos continentes, y si con esa lucha triunfase, sería innecesaria la acción militar. El Nuevo Mundo habría sido conquistado desde dentro.

AMÉRICA ANGLOSAJONA

La máquina de propaganda manejada en todos los países de Europa para crear resquebrajaduras en la sociedad aprovechando la existencia de minorías étnicas y la dudosa diferencia racial de los judíos, apenas podría apetecer un campo de acción tan ideal como el hemisferio de occidente para desplegar en él sus talentos. Los pueblos del Nuevo Mundo se han formado como fruto de una inmigración de diferentes grupos raciales y étnicos y no han sido suficientes trescientos años para crear una aproximación a la homogeneidad. Los indios, los caucásicos, los negros y los mongoloides orientales mezclaron en diversas comarcas sus sangres y conservaron en otras relativa pureza de raza. Las diferentes nacionalidades europeas que acudieron al mundo occidental han estado sometidas a un proceso de asimilación natural y artificial al mismo tiempo; pero la persistencia de grupos étnicos aislados indica que el proceso no ha logrado asimilar completamente a gran número de seres que se trasladaron al Nuevo Mundo durante la época anterior a la Primera Guerra Mundial.

1. Composición racial y étnica

Estados Unidos constituye problemáticamente una mezcla racial y étnica tan compleja como la de ningún otro estado del hemisferio occidental. Según el censo de 1930,¹ la población era de 122 mi-

¹ En el otoño de 1941 no se podía disponer todavía de las cifras del censo de 1940.

llones de habitantes, de los cuales 108 millones pertenecían a la raza caucasica, 12 millones aproximadamente a la raza negra, y poco más de 2 millones a la mongólica. La minoría negra se compone casi exclusivamente de negros nacidos en América, pero la mongólica está representada, no sólo por indios americanos y por una población mexicana casi totalmente india, sino también por unos doscientos mil orientales.

Ha habido a lo largo de la costa del Pacífico conflictos de raza entre blancos y orientales, y en el sudeste摩擦es de menor cuantía entre norteamericanos y mexicanos provocadas por apartamiento social o por competencia económica, pero el más importante y en potencia el más peligroso problema de raza está representado por las relaciones existentes en el sur entre blancos y negros. Aun cuando el trato que se da al negro en la zona algodonera se difiere considerablemente del que recibe el judío en Alemania, no constituye, sin embargo, como concepción del problema racial, orientación ideológica distinta de la del nacionalsocialismo. No cabe dudar de la superioridad del ario. El negro lleva consigo en la sociedad moderna, el estigma de su origen de esclavo. Las enmiendas constitucionales son magníficas expresiones de los derechos del hombre, pero ni han logrado suprimir la desigualdad social del negro, ni le han garantizado la verdadera igualdad de derechos civiles y políticos. No se les requiere para otra suerte de empleos que los que impliquen las más torpes faenas y continúan ocupando en la arquitectura social la situación de miembros de una raza inferior y sometida. En la tiranía psicológica y social que lleva aparejadas siempre la fricción de razas, tanto los comunistas como los fascistas han encontrado tierra abonada para sus agitaciones.

La mayoría caucasica no ofrece tampoco homogeneidad racial ni cultural. Comprende todas las subrazas de Europa y todas las naciones de aquél continente y del Cercano Oriente. En 1930, había en Estados Unidos 13 millones de habitantes nacidos en el extranjero y 25 millones descendientes de extranjeros o de personas casadas con extranjeros, cuyos dos grupos representan respectivamente el 11 y el 21 por 100 de la población total. El grupo que podríamos llamar más genuinamente americano desde el punto de vista de la orientación cultural, es decir, el indígena blanco, hijo de padres blancos, representa solamente algo más de la mitad de la población, en cifras exactas el 57 por 100. Los más importantes grupos étnicos extranjeros, aparte los descendientes del primitivo

tronco anglosajón, son los alemanes, italianos, polacos, irlandeses y rusos. Muchos de ellos son ciudadanos verdaderamente leales y devotos de Estados Unidos, pero representan cuando menos una parte considerable de la población imperfectamente asimilada, en la que puede prender con facilidad la propaganda extranjera.

Los alemanes constituyan en 1930 un grupo de casi 7 millones, de los cuales millón y medio nacidos en Alemania y el resto en Estados Unidos, de padres alemanes o de matrimonio mixto con alemán. Solamente en la ciudad de Nueva York vivían más de medio millón de personas de origen alemán, y otros formaban densas conglomeraciones en Chicago, Filadelfia, San Luis, Detroit, Cleveland y Milwaukee. De hecho, apenas hay ciudad de más de cien mil habitantes que no cuente con una gran colonia alemana. La gente de origen italiano sumaban cuatro millones y medio de personas, de los cuales casi dos millones nacidos en Italia. Los de extracción polaca se contaban por encima de los tres millones, y de ellos más de un millón nacidos en el extranjero. Seguían en importancia norteamérica los nacionales irlandeses y rusos. El país cuenta también con una población judía que se cifra en cuatro millones y medio de habitantes aproximadamente, y que, si bien no constituyen grupo racial o nacional, funcionan cuando menos en ciertos aspectos como minoría étnica. Muchos judíos conservan sus tradiciones y su religión lo bastante para que se les considere al margen de la mayoría de la población, aun cuando no formen en modo alguno un conjunto homogéneo.

La población de Estados Unidos se compone de rica y variada mezcla, aunque todavía se persiste en llamarlo país anglosajón. Lo cierto es que ha dejado considerablemente la importancia relativa de la estirpe anglosajona, por virtud de la inmigración que durante los últimos cincuenta años procedía predominantemente del centro y del oriente de Europa. La existencia de los americanos nacidos en América, pero que conservan preferencia por su país de origen, revela que la asimilación ha sido imperfecta, como resultado de lo cual hay numerosas fallas en la naturaleza étnica de nuestra nación que pueden fácilmente convertirse en fisuras o grietas si se las distiende u opriime. La población antigua ha sentido ciertos resentimientos para con los nuevos inmigrantes y el cruce del Atlántico no siempre disipa los antagonismos históricos del Mundo Antiguo.

Asimilación imperfecta quiere decir que hay una parte consider-

rable de la población de Estados Unidos que continúa viviendo intelectual, emotiva y políticamente, no con criterios norteamericanos, sino con los de su primitiva residencia, conservando la fidelidad a los mismos. Estos sectores de población aprovechan la oportunidad que les ofrece nuestro sistema político para intentar influir en el gobierno de Washington con el fin de que oriente su política en sentido favorable a los respectivos grupos étnicos europeos. De donde resulta que las querellas europeas engendran fricciones étnicas a este lado de los mares, que toda guerra europea se convierte potencialmente en conflicto doméstico y que es imposible lograr la universal asistencia de los ciudadanos a una fuerte política exterior norteamericana, cuando se trata del Mundo Antiguo.

La composición étnica y racial del Canadá, aunque no tan variada como la de Estados Unidos, ha comenzado a dar muestras en los últimos años de su considerable complejidad. Como el clima no incita a emprender plantaciones y cosechas, no fue menester importar trabajadores negros, merced a lo cual el Dominio se ha mantenido exento de algunos de los serios problemas raciales que ha de afrontar Estados Unidos. Han surgido a lo largo de la costa del Pacífico algunos conflictos de raza motivados por la pequeña inmigración de orientales, pero de carácter relativamente insignificante y de pequeñas dimensiones.

Según los informes de 1931, los orígenes étnicos de la población son como sigue: Británico, el 52 por ciento; francés, el 28; alemán, el 6; eslavo, el 6, y escandinavo el 3 por ciento. En lo que atañe a uno de esos grupos, el de los franceses del Canadá, especialmente concentrados en la provincia de Quebec, no ha habido en realidad la menor asimilación. El Dominio del norte no constituye como Estados Unidos un conglomerado étnico en vías de asimilación más o menos lograda, sino un país en donde coexisten más de una nacionalidad, a la manera de lo que fueron los primeros colonizadores, anticipándose a la conquista británica, han mantenido durante generaciones su identidad étnica y racial. Alentados por su iglesia católica, continúan viviendo como comunidad separada, usando la lengua y las leyes de Francia. Ellos dan al Canadá una segunda nacionalidad, con todas las dificultades y flaquezas que este hecho representa.

2. Estructura económica y social

Tanto Canadá como Estados Unidos han edificado en los extensos territorios respectivos una economía moderna, capitalista y creística, con sistema industrial ampliamente desarrollado que sirve de complemento a una vasta economía extractiva consagrada a la agricultura y a la minería. Caracterizase esta economía por el prolongado empleo de energía mecánica y porque el gran rendimiento del trabajo permite un alto nivel de vida. La manufactura añade a la estructura social una nueva clase económica, con intereses claros y distintos de los de los agricultores, y da lugar a la pugna entre la agricultura y la industria por el reparto de la renta nacional. Esta rivalidad ha adoptado la forma de conflictos regionales, merced a la enorme extensión de los países y a la especialización económica localizada en determinadas comarcas geográficas. Al principio hubo en Estados Unidos el conflicto del sur con el norte, y ahora, tanto aquí como en el Canadá, el del este con el oeste.

La libertad económica y política del sistema del *laissez faire*, combinada con la casi inagotable abundancia de recursos naturales y con la magnitud del mercado, contribuyó a orientar la economía hacia el monopolio y hacia la concentración del poder económico. A la organización del capital en grandes supercorporaciones, se opone ahora la organización del trabajo en enormes sindicatos, adoptando gigantescas proporciones la pugna entre unas y otras para disputarse la parte relativa de ganancias y salarios. Las luchas del trabajo tienen una tradición de violencia y existe la propensión a utilizar los grupos de vigilantes de la clase media para romper las huelgas, manera de tratar los problemas sociales que los hace especialmente receptivos a la ideología nazi. Hubo en los años de crisis síntomas indicadores de que cuando se frustran las esperanzas y aspiraciones de las clases medias, en este país como en los de Europa, se abona y fertiliza el suelo a la filosofía nazi. Contradicciendo los vaticinios de Carlos Marx, los progresos del capitalismo no disminuyen de hecho el volumen relativo de clase media, aunque sí tienden a triturarla entre las presiones del capital y del trabajo. Norteamérica es especialmente país de clase media numerosísima. El agricultor no es un campesino, sino un hombre de negocios independiente; hay un gran sector de mano de obra especializada que no vive con arreglo a los criterios de la filosofía proletaria, sino conforme a la ideología de la clase media; su nivel de

vida se puede comparar sin exageración al de la clase media de Europa y tradicionalmente tuvo conciencia de que su rango social es más elevado que el de las clases de trabajadores no especializados nidos del Mundo Antiguo.

Estados Unidos disfruta hoy de una fluidez del medio social en que no se distinguen jerarquías fijas. Hay, por supuesto, gradaciones sociales, mas no funcionan como barreras de clase o como castas, salvo cuando coexisten paralelamente a diferencias de tipo racial. Hubo un tiempo, en el sur, una sociedad aristocrática fundada en la esclavitud y en la casta hereditaria de terratenientes. También hubo en Nueva Inglaterra una oligarquía de los negocios que se apoyaba en la industria, la navegación y el comercio exterior. Ambos moldes de vida sobreviven en una y otra región de la costa atlántica como palido reflejo de tiempos pasados, pero el conjunto del país y singularmente la zona enclavada al oeste de los Alleghenies actúa en la estructura social casi exclusivamente con el criterio de una democracia de clase media. Hay muchísima gente establecida en comarcas muy apartadas del estado nativo y consagrada a ocupaciones que les otorgan una posición social distinta de la que tuvieron sus padres, y que esperan que sus hijos se diferenciarán de ellos tanto como ellos se diferencian de sus progenitores. Es muy difícil en semejantes circunstancias de movilidad geográfica y social que se desarrolle una conciencia de clase en el sentido europeo de la palabra, es decir, una conciencia de que hay diferencias inalterables e inevitables conflictos de clase. Considerable porcentaje de la población, ahora empleada en calidad de asalariados, espera convertirse en patrones de sí mismos, a pesar de que se ha cerrado la frontera y de que se acabaron ya los tiempos primitivos de los exploradores. No piensan con el criterio de su actual condición social, sino con la vista puesta en la situación de clase media que esperan alcanzar mañana. Tal es la razón de que el movimiento obrero americano haya sido en general mucho menos receptivo que el de ningún otro país a la idea revolucionaria marxista. No hay, sin embargo, garantía alguna de que una nación con tan amplio sentido de clase media haya de ser igualmente sorda a la ideología nazi. A pesar de la continuada tradición del procedimiento democrático, sería imprudente asegurar que el pueblo americano no cambiará un día su forma de gobierno si la actual se mostrara incapaz de atender a sus necesidades, sobre todo si tenemos a la

vista la facilidad con que han sido adoptadas las proto-dictaduras en ciertos gobiernos del sur.

3. Gobierno y política

Tanto el Canadá como Estados Unidos heredaron sus sistemas políticos de la primitiva costumbre británica y sus sistemas legales del *Common law* inglés, con el principio de la libertad individual proclamada en una declaración de los derechos del hombre. El estado está organizado en forma de unión federal y actúa como democracia representativa fundada sobre el sufragio libre emitido en votación secreta.

La orientación de clase media que predomina en Estados Unidos y la ausencia de acentuadas diferencias sociales impiden que la vida política y la organización de los partidos actúen con arreglo a trajectorias de clase. Verdad es que el partido demócrata comprende gran parte del proletariado de la ciudad y que el republicano está enriquecido con un gran número de banqueros y hombres de negocios, pero también lo es que el primero representa a los sectores conservadores del sur y el último a los agricultores progresistas del oeste. La amplia clase media forma la organización modular de ambos partidos, y este hecho contribuye a mantener el gobierno liberal y a evitar los extremismos políticos.

4. Cultura y mito social

Como podía esperarse, la ideología de Norteamérica es esencialmente la que responde a los problemas de clase media. Aunque la población original propende cada día más a diluirse en grupos étnicos continentales, la perspectiva predominante continúa conservando el sentido anglosajón, cuyas raíces se remontan al puritanismo, a la Reforma protestante inglesa, al racionalismo francés del siglo XVIII y al utilitarismo inglés. Del protestantismo inglés procede el poderoso impulso hacia un concepto democrático de la vida, el fuerte sentido de la responsabilidad social, el espíritu misionero y el ansia de transformar la sociedad y de extirpar el sufrimiento humano. El dominio de sí mismo, la disciplina moral, la fe en que hay una recom-

pensa que sigue en forma de prosperidad a la bondad y a la industria fueron confirmadas por la experiencia real de la vida fronteriza, donde la moral puritana arraigó profundamente en la ideología nacional de clase media. El valor de la laboriosidad, de la perseverancia y de la sinceridad fue puesto a prueba en la piedra de toque de la experiencia. El país era, sin embargo, demasiado rico y sus recursos naturales demasiado prodigios y asequibles para aleantar la frugalidad y la templanza.

Cabe achacar a la herencia del puritanismo del siglo XVII uno de los rasgos característicos de nuestra manera de afrontar las relaciones internacionales. La preocupación puritana por los valores éticos ha determinado que el sentido moral predomine en la orientación de la nación. El hace que nuestro pueblo se sienta llamado a expresar criterios morales sobre la política exterior ajena y exige a nuestros presidentes que transformen la Casa Blanca en un púlpito internacional desde donde increpar y exhortar a la humanidad para que no se devie por la mala senda.

La herencia del racionalismo del siglo XVIII ha contribuido con otro rasgo característico, el formalismo legal y la fe en la fuerza de olvidar que acompaña a la razón de la ley. Esta preferencia casi instintiva por mirar los asuntos internacionales con arreglo a perspectivas de ley y de moral, contribuye a oscurecer para el pueblo americano las realidades subyacentes de la política de poder.

La teoría política contenida en nuestro mito social está encarnada en el texto de la Declaración de Independencia, la cual proclama: Que todos los hombres han sido creados iguales, dotados por el Creador con ciertos inalienables derechos entre los cuales cuentan la vida, la libertad y el ansia de felicidad; que los gobiernos han sido instituidos entre los hombres para asegurar el disfrute de dichos derechos y que su poder deriva del consentimiento de los gobernados.

Este credo político expresa un convencimiento religioso relativo a la naturaleza divina del hombre, que reclama el respeto a la dignidad humana. Declara que el gobierno no es fin por sí mismo, ni el individuo mero instrumento del estado. Tanto gobierno como estado han sido creados para servir al individuo, para ayudarle a que realice plenamente los talentos con que Dios le dotara.

Nuestra filosofía económica continúa profesando su fe perdurable en la libertad del contrato, en el valor de la iniciativa privada, en la necesidad del *laissez faire*. Conserva muchas de las ideas de Adam Smith. Los hombres de negocios creen todavía en que una mano im-

visible guía el proceso económico y en que el egoísmo inteligente y la libre actividad sin cortapisas del sistema de precios redundan en mayor bien de los demás. Mas en el reino de la economía el mito social se ve obligado a aceptar la compaña de la realidad práctica. De labios afuera seguimos rindiendo pleitesía al *laissez faire*, pero porfiamos por la creciente intervención del gobierno. Aclamamos los principios del librecomercio, pero establecemos tarifas, subsidios y monopolios. Creemos en la salvaje independencia, pero la industria, la agricultura y el trabajo reciben por igual especiales beneficios del estado, y la administración del sistema económico se va convirtiendo cada vez más en función de gobierno y cada vez menos en iniciativa del empresario. El mito y la fe que antaño engendraban y mantenían la cohesión social de nuestra civilización han perdido en gran parte su efectividad. En cuanto filosofía social, el mito está en flagrante contradicción con la experiencia y no armoniza ya con la realidad práctica. El sistema social iniciado por el liberalismo no acertó a producir los beneficios prometidos y el progreso económico parece haber desembocado en el pantano de la cesantía forzosa permanente. El desarrollo de ambos fenómenos ha minado la adhesión del pueblo al liberalismo democrático. Amplios sectores de la población transfirieron definitivamente su simpatía al comunismo o al fascismo. El mito necesita urgentemente ser reinterpretado y reconstruido.

La libertad de oportunidades significa muy poco en una época de cesantía permanente; el libre cambio quiere decir todavía menos en un mundo de universales subsidios y primas del estado; el *laissez faire* suena a hueco en una época de economía dirigida por el gobierno; el individualismo carece de sentido en tiempos de socialismo de estado, y las bellezas de la democracia se esfuman cuando todos clamán a voces por un caudillo fuerte, ejecutivo y dominador. Se necesita una nueva filosofía social, una fórmula que reconcile los valores de libertad del individuo y seguridad de la sociedad; que armonicé el respeto a los valores del espíritu humano, la dignidad del individuo y la libertad personal con los imperativos de la disciplina social y con la necesidad de que la sociedad y la economía sean dirigidas con arreglo a una planificación centralizada. Hasta mediados del pasado siglo la democracia liberal era una doctrina combativa que izaba sus banderas en las barricadas e inspiraba la revolución. En su forma presente, es sólo un débil eco que repite maquinalmente el valor de la libertad personal; ha perdido el ca-

rácter de fe militante, y parece incapaz de iniciar la contraofensiva en la guerra de propaganda contra las fuerzas revolucionarias de la ideología nacionalsocialista.

LA AMÉRICA LATINA

El mundo de la América latina vive en torno al Mediterráneo americano y en el continente meridional. Si la palabra "América" da a entender semejanza, el adjetivo "latina" subraya la diferencia. Se espera que la otra América haya de ser en cierto modo parecida a la del norte, puesto que forma parte del mismo hemisferio; pero las diferencias reales que se advierten entre los sectores anglosajón y latino del Nuevo Mundo, privan sin duda sobre las semejanzas que engañosamente inspira el nombre común de "América".

El mundo que se extiende al sur de Estados Unidos comprende veinte repúblicas independientes, de variados tamaños y formas, en distintos estadios de progreso económico y con poblaciones formadas de la mezcla de muy diversas estirpes. El capítulo que dedicamos a la geografía del hemisferio occidental diseña algunos de los principales rasgos de esta gran masa terrestre e indica la infinita variedad de climas y ambientes que condicionan la vida de nuestros vecinos del sur. Es un mundo tan rico en contrastes como el Asia, y se extiende desde las pantanosas y cálidas tierras tropicales del mar Caribe hasta los helados yeríos que el viento barre en la Tierra del Fuego. Comprende aldeas de paja construidas a lo largo de las márgenes del alto Amazonas y Buenos Aires, la bulliciosa metrópoli que trata de imitar a París con la energía de Chicago, y tranquilas capitales provincianas arrebatadas en los valles de los Andes que parecen trasunto de las viejas ciudades españolas, proyectadas sobre las laderas de los volcanes cubiertos de nieve.

La América latina es un mundo compuesto de muchas naciones. Es verdad que la mayoría habla en español, con diferentes acentos, pero las diversas modificaciones del habla de Castilla no son ni mucho menos las únicas lenguas que se conservan en el sur. Se habla portugués en el Brasil, que es el mayor de los estados y el de población más abundante, y francés en la pequeña república de Haití. En

entre las poblaciones indias existen no sólo gran variedad de dialectos, sino grupos lingüísticos diversos y claramente definidos. El mundo de más allá del río Grande es un mundo de infinita variedad y los habitantes de cada estado, orgullosos de sus diferencias, están imbuydos de altanero nacionalismo. No deja, sin embargo, de ser cierto que todos ellos proceden de un mundo cultural y de una tradición intelectual distinta de la de Estados Unidos y que poseen en común múltiples rasgos característicos que los diferencian de la pauta anglosajona y justifican el término de "América latina" que a todos por igual comprende.

1. Composición étnica y racial

En la zona inmediatamente situada más allá del Golfo de México predomina la sangre india en la población del continente y la sangre negra en la de las islas. Los primitivos indígenas de las islas no eran aptos para los trabajos de las plantaciones y desaparecieron en su mayor parte. La población consiste hoy en una mezcla de blancos y descendientes de los esclavos negros importados. Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo contienen todavía cierto porcentaje de blancos y de mulatos, pero las colonias de las Indias occidentales, pertenecientes a las potencias europeas, están casi exclusivamente pobladas de negros.

De México a Venezuela, el litoral del continente contiene una población formada de descendientes de los conquistadores españoles, una escasa minoría de los cuales se ha mantenido como aristocracia territorial conservando la pureza de sangre. La gente indígena no ha sido aquí extermuada como lo fue en Norteamérica, sino empleada como mano de obra y, por consiguiente, hay en la población actual un gran porcentaje de sangre india. Existen también tribus de indios puros que viven en apartadas regiones montañosas, pero la mayoría de los habitantes son mestizos, descendientes de indios y blancos. Se han cruzado con esos elementos los emigrantes negros de las Indias occidentales que asentaron en los cálidos distritos de la costa y se mezclaron, a su vez, con la población mestiza.

El Mediterráneo americano no suele ser comarca tentadora para la inmigración europea; sin embargo, las tierras altas han atraído a gentes de Italia y de Alemania. Hay una considerable colonia ita-

liana en Venezuela y varias colonias alemanas, pequeñas pero importantes, en el mismo estado y en las cuatro repúblicas de Centroamérica. En México, unos y otros exceden en número a los británicos y a los norteamericanos.

La población de Ecuador, Perú y Bolivia es muy parecida a la de México y Centroamérica. Esta parte de la costa occidental ejerció escaso atractivo para la inmigración europea, por razones de distancia, clima y topografía, y por eso la composición étnica de la población colonial se alteró menos durante el siglo XIX que la de cualquiera otra región del hemisferio, conservando mejor el tipo original de los tiempos coloniales. El 50 por ciento de los habitantes de Bolivia son indios puros oce, juntamente con los mestizos, representan en todas estas repúblicas aproximadamente el 90 por ciento de la población, quedando anexas un 10 por ciento de habitantes de raza blanca. Parecidos tipos raciales existen en el Paraguay y en las cálidas regiones de la cuenca alta del Río de La Plata cuya población es casi exclusivamente india y su principal lenguaje no es español, sino el guaraní.

La costa oriental de Sudamérica reproduce en sentido inverso la composición étnica y racial de la costa oeste. La población de Las Guayanas y del norte del Brasil es negra, descendiente de la mano de obra que en los primeros tiempos se trajo a trabajar en las plantaciones de azúcar. A medida que descendemos hacia el sur va aumentando la proporción de habitantes blancos y el estado que forma el centro y el corazón económico del Brasil contiene grandísimo número de recientes inmigrantes. Los portugueses del norte del Brasil se han preocupado menos por la pureza de sangre que los colonos españoles de las tierras altas, siendo la consecuencia que se haya desarrollado en las provincias costeras del norte una población ibero-africana considerablemente diferenciada de la casi blanca queuebla los estados del sur y que continúa gobernando políticamente el vasto país.

El tipo de población de la zona templada de Sudamérica, que comprende la parte sur del Brasil, Uruguay, la Argentina y Chile, se asemeja a la de Estados Unidos, con estas dos importantes diferencias que apenas si hay negros, y que la población blanca procede predominantemente de la estirpe latina de los pueblos que habitan en torno al litoral mediterráneo. Tanto la Argentina como Chile estaban originalmente poblados por indios, pero las tribus no eran aptas para el trabajo del esclavo, ni habían sido preparadas por el régimen

men nacional socialista de los antiguos incas para la servidumbre. Las que no fueron destruidas, habitan ahora en territorios reservados o han sido incorporadas al resto de la población; mas con todo, la sangre india no representa más que un exiguo porcentaje del total.

El tipo de los tiempos coloniales se ha transformado mucho merced a la inmigración principalmente española e italiana del siglo XIX. También hubo inmigración alemana, y en menor grado, inglesa y centroeuropea. Chile parece haberse nutrido, en lo que respecta a la inmigración española, de las provincias vascongadas y de las comarcas norteamericanas de la península ibérica, merced a lo cual disfruta un tipo más robusto y energético que el del andaluz que parece haber favorecido a otras comarcas de la América latina. Suele presentarse este hecho para explicar las diferencias que se observan entre el europeo chileno y los demás habitantes de la costa occidental.

La inmigración italiana ha sido en tiempos recientes casi tan numerosa como la española. Más de dos millones de italianos se trasladaron durante los últimos cincuenta años a la República Argentina y un alto porcentaje de europeos aflujo al Brasil. En el estado de São Paulo representan la tercera parte de la población y la mitad en la ciudad de Río de Janeiro. También ha habido considerable inmigración italiana en Chile y, por último los italianos constituyen una amplísima colonia extranjera en el Perú.

Sudamérica ha sido importante punto de destino de la inmigración alemana a partir del último cuarto del siglo XIX. Se estima que el número total de alemanes establecidos en el Brasil se acerca al millón, de los cuales probablemente 50.000 son inmigrantes de primera generación, nacidos en Alemania. Tienen predominio en los estados cafeteros, pero donde más densamente abundan es en los dos estados meridionales de Santa Catharina y Río Grande do Sul. En la Argentina, la población de ascendencia alemana se calcula en un cuarto de millón, de los cuales probablemente unos 50.000 nacieron en Alemania. Viven aquí más dispersos que en el Brasil, aunque hay buena concentración de ellos en la provincia de Buenos Aires y en el territorio de Misiones que limita con el sector alemán del Brasil. Los técnicos discrepan profundamente al cifrar el número de alemanes establecidos en Chile. Los cálculos dan para los descendientes de los mismos cifras que varían entre 60.000 y 200.000, todas evaluadas a ojo de buen cubero puesto que nunca se hizo un censo de nacionalidad. El elemento alemán vive generalmente en grandes concentraciones en la comarca sur del Valle Central, pero también pre-

valecen en los centros urbanos. Perú, Bolivia, Paraguay y Uruguay, todos ellos contienen pequeñas colonias alemanas, aunque estos países no ejercieron nunca tanta atracción para los inmigrantes alemanes como los situados más al sur.

La América Latina no conoce problemas de raza, en el sentido que se manifiestan en Estados Unidos o en África del Sur, pero sería erróneo suponer que la raza y el color no desempeñen papel alguno en la articulación y estratificación de la estructura social y que no ofrecan ninguna línea de posible resquebrajadura o agrietamiento. La separación social de las razas es mucho menos palpable que en Estados Unidos y no parece que la conciencia racial esté tan acentuada entre los latinos como entre los anglosajones. Sin embargo, siempre queda el hecho de que el valor del hombre blanco es mucho mayor, socialmente hablando, y que la escala de la posición social coincide en líneas generales con la gama de tonalidades de la piel, del claro al oscuro, ya tienda éste al negro o al rojo. La geografía propende a conservar esa gradación, manteniendo paralelos entre los grupos raciales y económicos. Sólo los negros pueden soportar el trabajo manual en las húmedas zonas de los trópicos, mientras que en las altas mesetas de los Andes, el trabajo físico no puede ser ejecutado más que por los indígenas, cuyos pechos en forma de barril y con enorme capacidad pulmonar revelan la adaptación a las tremendas alturas. En el extremo sur, los grupos de reciente inmigración blanca se van elevando por sí mismos en la escala social. Está menos acentuada en el Brasil la separación social por diferencias de color, pero en el resto del continente la población continúa estando integrada, conforme a su antiguo carácter, por una pequeña aristocracia y alta clase media baja formada de mestizos o mulatos, y una clase trabajadora de indios y negros. La característica predominante en la sociedad latinoamericana es la de una nación gobernada por una élite o aristocracia racial.

2. **Estructura social y económica**

La América latina se encuentra en proceso de transformación desde el régimen feudal agrario de la época colonial hasta la moderna sociedad individualista, comercial e industrial. Los inmigrantes de procedencia europea y el capital de origen norteamericano están le-

vantando un conjunto completo y bien trabado de instituciones propias de la moderna sociedad capitalista sobre la sencilla economía extractiva de los primeros tiempos.

Este proceso perturba las tradiciones establecidas creando nuevas clases, trastorna el equilibrio de poder de las antiguas y produce estímulos de tiranía y violencia a través de todo el cuerpo social. La transición está más avanzada y ha calado más hondo en la zona templada, aun cuando opera a través de todo el Mediterráneo americano y del continente sur.

En la estructura social heredada de los tiempos coloniales, la clase social superior estaba formada por un número reducido de terratenientes que vivían en grandes fundos y en primorosas casas solares, en la capital. Eran verdaderos potentados, refinados e ilustrados, con perspectivas culturales cosmopolitas, que pasaban grandes temporadas en Europa, principalmente en París y en la Riviera. Seguían inmediatamente en la escala social las altas clases medias que al principio estaban esencialmente integradas por los intelectuales. Permanecen a estas clases las profesiones liberales, el mundo militar y académico, los altos funcionarios públicos y los políticos. La economía sólo ofrecía lugar para una baja y reducida clase media de artesanos, tenderos y empleados. La masa del pueblo, en fin, estaba casi exclusivamente compuesta por las clases trabajadoras. Contrastaba con la vida cómoda y lujosa de las clases superiores la miseria y pobreza de las clases obreras y de los campesinos sin tierra que mucho tiempo después de abolida la esclavitud seguían trabajando en muchas marcas del país sometidos a condiciones tales que sólo pueden expresarse adecuadamente empleando la palabra servidumbre.

En una aristocracia feudal fundada sobre las grandes haciendas no había camino abierto al progreso social, y, como la educación se limitaba a las clases superiores, tampoco la cultura podía servir como camino para liberarse. Era, pues, una estructura social muy rígida que todos acataban como si se tratase del orden de la naturaleza, concepción a la que prestaba su apoyo eclesiástico la iglesia católica, con su exaltación de la piedad, de la paciencia y de la sumisión a la autoridad constituida. Si no hubiera sido por las frecuentes revoluciones políticas, la sociedad continuaría siendo todavía un sistema de castas rígidas e impenetrables. El ejército y la política ofrecían posibilidades de mejorar a los individuos excepcionales. Y la revolución era el único porthicó que daba acceso a los altos rangos de la escala social. Pero las revoluciones no eran sino interrupciones

ocasionales. La sociedad latinoamericana creía en la tradición aristocrática como teoría de la vida, y tenía fe en una arquitectura social que reflejara los valores del orden jerárquico y evitara el caos del igualitarismo.

La infiltración económica del moderno capitalismo produjo grandes cambios en la sociedad feudal cuya riqueza estaba casi toda concentrada en manos de los grandes terratenientes. Comenzó elevando enormemente la producción de materias alimenticias y primas para los mercados europeos, explotando los recursos minerales que no fueran oro y plata y que los españoles habían dejado poco menos que intactos. Después, singularmente durante el decursus de la Primera Guerra Mundial, se aceleró el ritmo de la industrialización, sobre todo en los países del A.B.C. en la zona templada. Como resultado de todo ello apareció una nueva alta clase media, se desarrollaron las clases medias en general y se creó el proletariado urbano. Mercaderes, industriales y banqueros disputan ahora la situación privilegiada que ocupaban los terratenientes. Un nuevo grupo de administradores, ingenieros y técnicos se ha sumado a los antiguos profesionales e intelectuales; se ha hecho más numerosa la clase de tenedores y detalistas merced a la creciente urbanización, y lo mismo el comercio que la industria han aumentado la demanda de empleados y de trabajadores manuales.

Esta transformación económica ha dado lugar a fricciones entre las clases y ha producido cambios en la pugna por el poder. Se ha producido en casi todos los países cierta tiranía entre los terratenientes y los nuevos empresarios del comercio y de la industria. Existen diferencias de intereses que se manifiestan en la rivalidad política; pero la lucha no se entabla en torno a la democracia, en la que ni unos ni otros creen, sino sobre quién ha de dirigir la planificación social y económica y sobre la cantidad de sacrificios que haya de soportar cada uno de los partidos. No el nuevo capitalista, sino el hombre de la nueva clase media es el que reclama la igualdad de oportunidades, la democratización del poder político, la práctica de elecciones honradas y los cambios imprescindibles para que el imperio de las leyes sustituya al gobierno de los hombres. Esta demanda de las nuevas clases medias solicitando un gobierno liberal ha conquistado hasta ahora muy pocos partidarios. En la mayor parte de los países, los conservadores están firmemente atrincherados y no es fácil desalojarlos de sus situaciones de preeminencia social y económica.

La sociedad latinoamericana creía en la tradición aristocrática como teoría de la vida, y tenía fe en una arquitectura social que reflejara los valores del orden jerárquico y evitara el caos del igualitarismo.

La infiltración económica del moderno capitalismo produjo grandes cambios en la sociedad feudal cuya riqueza estaba casi toda concentrada en manos de los grandes terratenientes. Comenzó elevando enormemente la producción de materias alimenticias y primas para los mercados europeos, explotando los recursos minerales que no fueran oro y plata y que los españoles habían dejado poco menos que intactos. Después, singularmente durante el decursus de la Primera Guerra Mundial, se aceleró el ritmo de la industrialización, sobre todo en los países del A.B.C. en la zona templada. Como resultado de todo ello apareció una nueva alta clase media, se desarrollaron las clases medias en general y se creó el proletariado urbano. Mercaderes, industriales y banqueros disputan ahora la situación privilegiada que ocupaban los terratenientes. Un nuevo grupo de administradores, ingenieros y técnicos se ha sumado a los antiguos profesionales e intelectuales; se ha hecho más numerosa la clase de tenedores y detalistas merced a la creciente urbanización, y lo mismo el comercio que la industria han aumentado la demanda de empleados y de trabajadores manuales.

Esta transformación económica ha dado lugar a fricciones entre las clases y ha producido cambios en la pugna por el poder. Se ha producido en casi todos los países cierta tiranía entre los terratenientes y los nuevos empresarios del comercio y de la industria. Existen diferencias de intereses que se manifiestan en la rivalidad política; pero la lucha no se entabla en torno a la democracia, en la que ni unos ni otros creen, sino sobre quién ha de dirigir la planificación social y económica y sobre la cantidad de sacrificios que haya de soportar cada uno de los partidos. No el nuevo capitalista, sino el hombre de la nueva clase media es el que reclama la igualdad de oportunidades, la democratización del poder político, la práctica de elecciones honradas y los cambios imprescindibles para que el imperio de las leyes sustituya al gobierno de los hombres. Esta demanda de las nuevas clases medias solicitando un gobierno liberal ha conquistado hasta ahora muy pocos partidarios. En la mayor parte de los países, los conservadores están firmemente atrincherados y no es fácil desalojarlos de sus situaciones de preeminencia social y económica.

La industria y la urbanización han creado también un proletariado urbano y han contribuido a la aparición del movimiento obrero. Todavía es pequeña la proporción de trabajadores organizados en sindicatos. Suelen formarse éstos con arreglo a moldes europeos más bien que conforme a los modelos norteamericanos. La inmigración española e italiana no sólo ha traído una cada vez más amplia conciencia de clase, sino también doctrinas radicales, maneras revolucionarias de interpretar y acometer los problemas del trabajo y disputas de facciones entre anarquistas, sindicalistas y comunistas.

Como las empresas industriales y mineras pertenecan en muchos casos a intereses extranjeros que trabajan con capital importado, los conflictos del trabajo tienden a engrandecerse con antagonismos de carácter nacional. La condición extranjera de los grandes intereses norteamericanos explica que muchos de los países rezagados en punto a régimen industrial posean, cuando menos en el papel, avanzadísimas leyes sociales. Las legislaturas, en donde dominan los intereses agrarios indígenas, muestran escasa inquietud por el precio que alcance la mano de obra de las empresas extranjeras. Otra historia sería si la legislación social procurase mejorar el destino de los obreros agrícolas, y los grandes terratenientes no han sólido ciertamente aletarla.

Más peligroso para la cohesión social que la naciente lucha de clases es el conflicto que late en la existencia misma de un gran campesinado sin tierra. El espectro de la revolución agraria se cierne sobre gran parte de la América latina, y la prudente previsión de parcelar los grandes fundos, ya mediante compra, ya nacionalizándolos, constituye un tema candente desde el Río Grande hasta el Estrecho de Magallanes. México ha sido el primero en iniciar la acción y sus maneras revolucionarias de afrontar el problema contienen los peores presagios para la aristocracia terrateniente de todas las repúblicas. Sin embargo, no es cierto en modo alguno que la parcelación de las grandes heredades sea la manera más adecuada de solucionar los problemas agrarios del continente sudamericano. Se viene reconociendo desde los tiempos de Aristóteles que los agricultores acomodados e independientes aportan un elemento de estabilidad social a la vida de las naciones. Se creyó un tiempo en Estados Unidos que eran ellos el requisito indispensable para que hubiera una democracia venturosa. Sin embargo, nadie ha resuelto todavía el problema de hacer eficaz y provechoso el cultivo del café, del algodón, del azúcar y de otros productos tropicales a base de pequeñas propiedades.

des y sin utilizar el trabajo del esclavo. La sociedad de la América latina, en período de transición del feudalismo al capitalismo moderno, está llena de tiranías y violencias, de fricciones y conflictos latentes que constituyen puntos de ataque ideales para una guerra psicológica y de propaganda cuyo designio sea desintegrar la arquitectura social y abrir requebrajaduras en el sentimiento de unidad de la nación.

3. Gobierno y política

Todavía son escasos en la América Latina los elementos predisponidos a aceptar un liberalismo a la anglo-sajona y cabe seriamente dudar de que las rivalidades existentes y los conflictos de clase puedan resolverse mediante un proceso ordenado de gobierno democrático. No solamente la estructura de la sociedad no lleva a la democracia, sino que los hábitos políticos la contradicen. La democracia no asienta a expresar, en cuanto norma política, los valores aceptados por los grandes sectores de la población. La persona que prefiere el veredicto de la prueba documental al contraste real de la fuerza, no representa en verdad el ideal humano de la América del Sur. La tradición política de la América latina no es la urna electoral, sino la dictadura, compensada por la revolución.

Es cierto que las colonias de Norteamérica se rebelaron contra Jorge III a causa de que consideraban injustificada su intrusión en la vida política y económica del país; pero los pueblos del continente norte disfrutaron prácticamente de un estatuto de Dominio si se les compara con el sistema de gobierno colonial de la América Latina. Los españoles, por suerte para ellos, no vinieron a buscar en América la independencia política o la libertad religiosa que no podían encontrar en su país. España negó sistemáticamente a sus colonias la ocasión de gobernarse. Les concedía un gobierno municipal restringidísimo participando en los consejos o ayuntamientos, pero la monarquía absoluta regulaba desde la madre patria los asuntos de importancia. Se reservaban los cargos de gobierno a funcionarios enviados desde Europa, y no hubo uno solo nacido en América a quien se le ofreciera jamás la oportunidad de desplegar sus talentos administrativos. La norma española no brindaba ocasión de aprender el arte difícil de gobernar.

La dictadura y el absolutismo terminaron al independizarse las colonias de España. Arrastradas en una oleada de idealismo, las nuevas repúblicas adoptaron durante los primeros tiempos de libertad constituciones parecidas a la de Estados Unidos. No cabía imaginar forma de gobierno más inadequada a la contextura social de la América latina en la época postcolonial, con su gran masa de población inculta. Las realidades geográficas y sociales no tardaron en prevalecer sobre las constituciones escritas, y tras una era de anarquía surgió el modelo de sistema político que desde entonces ha caracterizado a la América latina: el gobierno de un caudillo, el dictador militar. No existía clase media sobre la que fundar un partido de oposición frente al de los terratenientes, ni la suficiente ilustración para practicar un sistema de elecciones libres. El consentimiento del estado era demasiado abstracto para servir de inspiración a la acción política y los temas nacionales demasiado distantes de la vida real del negro y del indio. Había enormes masas de población incanables de adherirse a los principios y normas que al oírlo de las personas, de ahí que el candidato personal hubiera de convertirse en la más importante institución de gobierno.

Los dictadores no destruyeron las instituciones democráticas; las utilizaron e interrumpieron a su manera. Fueron, desde luego, resueltos a mantenerse en el poder, concediendo al país el constante beneficio de su sabiduría y experiencia: pero no se onorían al principio de las elecciones, siempre que fueran sus propios representantes los que obtuvieran los votos. Nunca llegaron a obtener los magníficos resultados electorales que alcanzara el señor Hitler en los bien amañados plebiscitos de los primeros años de su régimen, pero solían componerse de manera que se aseguraran la mayoría. únicamente cuando no les convencían las mayorías obtenidas por este procedimiento, hacían a un lado la constitución y nosionan el resultado electoral, atendiendo a razones de interés público y de protección del estado. Esta propensión a permanecer indefinidamente ejerciendo la función de mando había de provocar fatalmente la revolución, único procedimiento viable que quedaba para cambiar el gobierno. Muchas de las revueltas han procurado vestir el disfraz de revoluciones sociales, pero las más de las veces quedaron reducidas a simples revoluciones de palacio, sin otras consecuencias que el nuevo cambio de las personas gobernantes. No seguía luego ninguna transformación social trascendente, y los llamados pro-

gramas revolucionarios solían quedar en olvido tan pronto conquistado el poder.

Hacia la última parte del siglo XIX, pareció debilitarse en los estados del A. B. C. la costumbre de las revueltas políticas y hubo en verdad largos períodos en que el gobierno se aproximó bastante a las formas democráticas y en que las administraciones cambiaron mediante elecciones libres. Pero la dictadura continúa entrañada y surge de manera inevitable en las épocas de crisis. A partir de la depresión económica de 1930 ha habido revoluciones encabezadas por caudillos militares en la mayor parte de los estados de la América Latina. La América latina, tanto en la teoría como en la práctica, tiene fe en el *Führer Prinzip* y la dictadura personal es su tradicional forma de gobierno.

4. Cultura y mito social

El mundo latinoamericano presenta una tradición cultural enteramente diferente de la América anglo-sajona. Se ha moldeado con arreglo a un ideal de sociedad aristocrática, no democrática; se nutrió de la burguesía territorial y no de la clase media mercantil, y su religión es católica y no protestante. Las revoluciones democráticas de Inglaterra, Estados Unidos y Francia han dejado intacta buena parte de su filosofía social. Escritores y poetas han rendido ardiente tributo a la doctrina de los "derechos del hombre", pero el continente sur carecía hasta hace muy poco de la clase media comercial que en Europa y en Norteamérica ha sido el principal punto de apoyo del régimen político liberal.

Una sociedad feudal española que imperó durante el siglo XIX creía en un conjunto de valores muy diferentes de los de los puritanos de Nueva Inglaterra. No era la creación de riqueza, sino la propiedad de ella y el ilustrado empleo del ocio lo que merecía la aprobación de la sociedad. El imperativo de la hidalguía no condonaba la parsimonia y la buena administración, sino el elegante despendio; no la laboriosidad, sino el solaz; no la honradez en los negocios, sino el honor de clase. La sociedad española se distinguía por su carácter formalista, exalta los buenos modales, las costumbres ceremoniosas, la conversación cortés y abundante. Como todas

las sociedades aristocráticas, menosprecia el trabajo manual y mira por encima del hombro los negocios y actividades comerciales. Los hijos se alistaban en el ejército, entraban al servicio del gobierno o estudiaban para consagrarse al ejercicio de profesiones liberales, preferentemente la de abogado. Verdad es que el desarrollo económico del siglo XIX ha creado en la mayor parte de los países la nueva clase de negociantes, pero todavía su rango y prestigio social continúa siendo inferior al de los terratenientes y sus valores comerciales no han logrado imprimir su huella en la cultura de la nación.

Más importante que la comunidad de hombres son, a los efectos de modelar la cultura latinoamericana, la iglesia y el ejército, que encarnan los valores más caros al español: religión, honor y valor. Las sociedades aristocráticas del continente meridional conservan gran admiración por las ocupaciones puramente intelectuales, pero propendan a despreciar las científicas y técnicas en favor de los aspectos literario y artístico de la vida. Están muy difundido el gusto de la poesía, de la música, y hay una fina apreciación del estilo literario. El caballero español es extremadamente individualista, y ese tipo aristocrático del individualismo es el que todavía continúa dando color a la sociedad latinoamericana. Se diferencia bastante del individualismo anglosajón en que no nace a consecuencia de haber concebido que existen derechos individuales de que todos los hombres están, igualmente vestidos, ni contiene el sentido protestante de la responsabilidad social. El individualismo español es una predisposición a la anarquía. Reclama que el individuo, por razón de su singularidad, sea libre de hacer lo que más le plazca y guste, sin que haya de someterse a imperativos sociales. No son esas cualidades, en sí mismas admirables, las que hacen incomprensible para nosotros a la América latina, sino la exageración de las cualidades que transforma el individualismo en egoísmo, el gusto del recreo en gandulería, el don natural de la creación literaria en hueca palabrería. Es al enfrentarse con esas exageraciones cuando el sentido práctico de los yanquis desespera de llegar jamás a comprender a sus compañeros de allende el Río Grande.

Ha sido más bien Francia, que España la fuente de inspiración cultural durante el siglo que siguió a la independencia. Las clases superiores iban a completar su educación en Francia, se graduaban en universidades francesas y pasaban los inviernos en

París. La arquitectura francesa, desde la escuela de Bellas Artes a Corbusier, ha influido las construcciones modernas de la América latina y los proyectos de urbanización de sus ciudades; el romanticismo francés inspiró su literatura, y el postimpresionismo, su pintura. Mas estos rasgos europeos representan una cultura restringida, de clases superiores; las clases bajas siguen siendo indias y españolas, en la religión y en la manera de interpretar la vida.

La abundancia de población india acentúa en todas las naciones esa bifurcación social, producida de la manera que hemos dicho. Desde el punto de vista racial se manifiesta como lucha entre mestizos y blancos, y desde el cultural, como disputa entre los que creen que la futura vida nacional debe edificarse exclusivamente con elementos europeos y los que sienten que son los materiales extraídos de la cultura india los que han de enriquecer y vitalizar a la nación. Este tema de discusión ha desempeñado importante papel en la revolución de México y en el movimiento aprista del Perú y representa un conflicto latente en todo el litoral pacífico, desde el Río Grande hasta las costas chilenas.

Manifiéstanse en los diversos estados de la América latina importantes diferencias y matices culturales. Los hay considerables en el Brasil portugués y en el Haití de habla francesa, con respecto a las repúblicas hispánicas. De todas maneras, lo indiscutible es que se parecen entre sí unas y otras naciones mucho más de lo que ninguna de ellas pueda asemejarse a Norteamérica. La orientación instintiva ante la vida no se valora tradicionalmente desde el punto de vista de los beneficios comerciales o de los criterios morales, sino conforme a los principios del honor y del prestigio.

Las páginas precedentes han diseñado a vuelo de pluma el perfil de las dos Américas, la anglosajona y la latina. Coexisten ambas en el mismo hemisferio, pero representan dos mundos diferentes, en su composición étnica y racial, en sus contexturas social y económica, en su experiencia política, en sus valores morales y en la orientación de su cultura. Frente a la amenaza de la guerra psicológica y de la propaganda revolucionaria desplegada por Alemania, ¿qué oportunidad hay de ganar a los pueblos latinoamericanos para la colaboración y acción concertada con la América anglosajona? Puestas de relieve las tiraneces y rivalidades existentes en las sociedades na-

cionales del Nuevo Mundo ¿hasta qué punto es posible crear una defensa adecuada contra los ataques encaminados a desintegrarlas socialmente? ¿Cuál es el grado de predisposición de las naciones del Nuevo Mundo en favor, ora de la democracia anglosajona, ora de la dictadura totalitaria? ¿Hasta qué punto es posible crear un frente ideológico común encabezado por Estados Unidos?

INDICE

Prólogo	7
Ratzel, Federico: <i>Ubicación y espacio</i>	13
Kjellen, Rudolf: <i>Autarquía</i>	52
Mackinder, Halford J.: <i>El eje geográfico de la historia</i>	63
Haushofer, Karl: <i>Poder y espacio</i>	83
Haushofer, Karl: <i>Las fronteras como materia de la política mundial</i>	92
Hillion, André: <i>Los grandes espacios económicos</i>	98
Weigert, Hans W.: <i>El hemisferio occidental y el perímetro de defensa de los Estados Unidos</i>	133
Spykman, Nicholas J.: <i>Las dos Américas</i>	161